



## **TRAZOS Y RETAZOS DE EL VIGÍA Y SUR DEL LAGO...**

Jesús de Luzam

# **TRAZOS Y RETAZOS DE EL VIGÍA Y SUR DEL LAGO...**

**Jesús de Luzam**

---

**Título:** TRAZOS Y RETAZOS DE EL VIGÍA Y SUR DEL LAGO

**Autor:** Wilver Contreras Miranda (Jesús de Luzam)

Reservados todos los derechos

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra en cualquier medio de impresión electrónico o tipográfico, sin la autorización por escrito del autor

©2023. Wilver Contreras Miranda  
(Jesús de Luzam)  
jesusdeluzam@gmail.com  
wilvercontrerasmiranda@gmail.com

**Hecho el Depósito de Ley:**

**Depósito Legal N°- ME2022000102**

**ISBN: 978-980-11-1801-5**

**Diseño y maquetación:** Jesús de Luzam

**Imagen de portada:** Puente Chama de Jesús de Luzam.

**Revisión y corrección:** Lic. Edmundo José G. Romero Bermúdez

E-mail: [edmundojrb58@gmail.com](mailto:edmundojrb58@gmail.com)

## Contenido

	Página
<b>Contenido</b>	6
<b>Agradecimiento</b>	7
<b>Dedicatoria</b>	8
<b>Autor</b>	9
<b>Resumen</b>	10
<b>Presentación. <i>Un entramado de luz llamado Jesús de Luzam.</i></b>	11
Lic. Edmundo José Gregorio Romero Bermúdez (Mateo Luna)	
<b>Apertura espiritual. Trazos de fragua y de génesis...</b>	12
Entre tus arcos y diagonales vibrantes...	17
Ella, la joven del lunar negro	20
El Chama...	25
Avenida 3, traza de historia desde El Tamarindo...	26
Arcos con luces de forja...	28
Tejido de amistad traslucida y curtida de luces...	29
Vigiense forjador de Universidad...	31
Vigiense universitario con las luces de Pitágoras...	37
Hace más de treinta años...	41
Forja con olor a café del valle de Murmuquena...	45
Forja desde las altas montañas merideñas...	50
Forja desde las altas montañas tachirenses...	55
Forja marabina al son de gaita...	63
La salud vigiense se viste de modernidad	70
Apertura de mejores horizontes desde la España de mediados del siglo XX...	74
Forja con el sombrero terciado y vallenato...	80
Forja italiana con humedad del Mediterráneo...	84
Humedad atlántica en la alborada y añoranza de Cámara de Lobos...	90
A un sirio que sembró en El Vigía cimientos de vida...	99
Visión de mujer vigiense...	105
Vibración del puente en cuerpo de mujer vigiense...	106
Elegía de retinas por espejos	108
Elegía a Francisco «Pancho» Romero Bermúdez	110
Elegía a Dioban Márquez	112
La amistad, un largo patrimonio existencial...	114
La vida es una fortuna...	119
Por ti, quizás por mi...	120
Al amor vigiense en navidad...	121
La calle 9 vigiense...	122
Grupo Mauricio Encinoso, primer pilar del saber vigiense	123
Liceo Alberto Adriani, segundo pilar del saber vigiense	125
Largo cantar a mis referentes vigienses...	128
El Vigía, matrona urbana y espacio de vida de mis madres...	131
José Gregorio Hernández...	137
La aceras de mi ciudad	138
El Vigía, final desde la forja hasta las luces...	139

## Agradecimiento

A Dios, Nuestra Señora Perpetuo Socorro y José Gregorio Hernández, que brindan vigor, protección, trabajo y amor a todos los vigienses y habitantes del Sur del Lago de Maracaibo.

## **Dedicatoria**

A mis padres Atilio José Contreras Molina y Carmen Edicta Miranda Camacho, a mis amadas hermanas Doris Contreras Flores (†), Yulnara del Socorro Contreras Miranda (†), y mi hermanos Pedro Atilio, José Emil Amilkar, Ángel Atilio, Yoston Jaime y Josefita

## Autor



Profesor Titular de la Universidad de Los Andes (ULA). Arquitecto ULA (1994), MSc. ULA (1997); Especialista (2003), MSc.-DEA (2004). Doctor (2006) y Post Doctor (2013) por la Universidad Politécnica de Valencia (UPV), España. Miembro Correspondiente Estatal de la Academia de Mérida. Coordinador Interinstitucional del Laboratorio de Sostenibilidad y Ecodiseño de la ULA y UPV. Premio Nacional de Proyectos Agroindustriales CONICIT, 1987. Premio Nacional de Ciencia y Tecnología CONICIT, 1993. Premio Regional de Tecnología Fundacite, 1997. Premio SELCO de Ingeniería e Innovación SELCO, Valencia, España, 2006. 17 patentes ante SAPI Caracas, Venezuela. 44 libros y capítulos de libros publicados en autoría y coautoría; 75 artículos publicados en revistas indizadas y arbitradas. Conferencista nacional e internacional. Escritor y artista plástico seudónimo Jesús de Luzam, Patrimonio Cultural del Municipio Alberto Adriani. Reconocimientos regionales, nacionales e internacionales. E-mail: [wilvercontrerasmiranda@gmail.com](mailto:wilvercontrerasmiranda@gmail.com)

## Resumen

Emergí de un pequeño pueblo andino de montaña merideña, Mesa Bolívar, y El Vigía, era una aldea de éste; mientras que el valle del Mocotíes, con Tovar y Santa Cruz de Mora, el pueblo de mis ancestros, cobijaban, como ahora, mis sentidos espirituales y emocionales al abrigo de neblina y el aroma del café. Las primeras luces de la *Tierra Llana* las aprecié en 1967 y, El Vigía de ése entonces, hizo arder mi desencanto en contraposición a la serrana belleza cautivadora de la alta montaña de Los Andes; y todo cambio en la primera noche, en el horizonte refulgía intermitentemente el Relámpago del Catatumbo y quedé cautivado y, con ello, fui y he sido un vigiense que desempeño mi traza de vida en la ciudad de Mérida, la misma que me ha hecho suyo, renacido y feliz. Por ello, este manojo de palabras tituladas "Trazos y retazos de El Vigía y Sur del Lago", es mi canto integral de agradecimiento. Ciudad de mi infancia y adolescencia, de dichas y pesares, cuyo gentilicio de ser vigiense lo llevo en espíritu, alma y corazón. No sabía cómo describir tantas emociones existenciales, pero lo hice como acto mayor de amor a su territorio urbano y natural, a los ciudadanos zulianos, andinos y los venidos de otras latitudes que han hecho de El Vigía y el Sur del Lago de Maracaibo, su espacio para la fragua de sus ideales y sueños construidos. Fueron años de vivencias y entrevistas muy sentidas, plasmadas en imágenes y emociones, las cuales han permitido que sea bendecido el haber conjugado tantas historias. He plasmado una amalgama de sentires correspondidos con mi verbo y una manera de escribir muy *de Luzam*, que no pretende mayor reconocimiento que el amor, el cual trasciende con este documento teñido de espiritual; amor por mi gente, que aún tengo en el centro de este corazón que les admira y hago eco de mis sentimientos vigienses en cada página que estructuran "Trazos y retazos de El Vigía y Sur del Lago".

## **Presentación**

### **Un entramado de luz llamado Jesús de Luzam**

**Lic. Edmundo José Gregorio Romero Bermúdez**  
(Mateo Luna)

Estoy convencido de que vivir es un entramado de infinitos elementos que decisorios vamos construyendo en cada uno de los instantes en los cuales se alberga la eternidad; los tejidos de ese entramado se sustentan entre sí como viceversas de adioses y bienvenidas que trazan el testimonial impulso, enigmático y misterioso, que nos ofrenda la existencia. Hay seres en cuyo entramado sus tejidos de luz buscan incesantemente la vida perdurable y hacen de esa búsqueda una buena parte de su destino. Para ellos muchas de sus vivencias por estos divinos derroteros las usan como excusa para el lenguaje del alma, para el arte, para el amor.

Dicho esto, les cuento que en mi entramado hay tesoros que tienen el empeño de borrar el fin para prolongar la hermosa ocurrencia humana llamada Amistad y que uno de esos tesoros es mi amigo Jesús de Luzam que me concedió el honor de escribir sobre sus "Trazos y retazos de El Vigía". También les cuento que he sido testigo, tal vez desde sus inicios terrenales, de algunos de los entramados de luz de Jesús de Luzam y de la construcción de su destino de Amor por los senderos del Arte y también viceversa.

Estos "Trazos y retazos de El Vigía" son una manifestación del más genuino agradecimiento y tributo a la vida teniendo como excusa la exaltación de una porción de tierra del Sur del Lago de Maracaibo a través de la esencia fundamental de los seres que la conforman, la construyen, la aman y la erigen como la promisoría tierra de prosperidad y buena voluntad que hoy es.

El Vigía, encuentro de caminos y cruce de sueños, entramado variopinto de culturas que se tejieron con sacrificios y con hilos de esperanza y que algunas veces siguen tejiéndose con filamentos de luz, de Arte, de Amor, como estos "Trazos y retazos" de quien lo lleva como un estigma esencial de su espíritu.

## Apertura espiritual. Trazos de fragua y de génesis...

A los primeros españoles  
que abrieron el telón del Sur del Lago y El Vigía

Las aguas azuladas, con granos infinitos de sal diluida en el inmenso mar de Coquivacoa, desplazan navíos que traen tras sí, sueños de aventureros, de conquista, riqueza y grandeza. Son los pequeños españoles venidos de las amplias y ocres planicies de la España cristiana de castellanos y aragoneses. Sudorosos y excitados, gigantes en su capacidad de doblegar sus propias voluntades ante tanta naturaleza virgen, y donde sus espíritus deslizan esperanzas junto a los pequeños y frágiles navíos de madera oscura y curveada de fragua ante un destino incierto.

Desde el mismo mar de sueños de cada navío, sobre el entablado de su plataforma, emerge el mástil que dirige los derroteros por la *Tierra de Gracia* y, sus grandes velas de rustico algodón, hinchadas por el recio viento, los hace penetrar a una alargada costa de aridez amarillenta, de alargadas islas e islotes; y esbeltas palmeras se doblegan al paso arrasador de los primeros españoles que por el año 1499, acompañan el atrevimiento temerario de Alonso de Ojeda, un lugarteniente llamado Américo Vespucio y una tripulación ya encantada por la belleza e impresionante trópico. Los reciben en sus cielos limpios de pureza, un concierto de aves blancas y sobre aguas en calma. Las naves se emplazan a la inmensa masa de agua salobre, que sobre la cual, como navíos empotrados, desfilan los palafitos de la *Pequeña Venecia*. Ahí, donde el agua se duerme tras las raíces de los manglares rojos, se deshace la sal, la sal se difumina y lo dulce se torna en la calma de la Laguna de Sinamaica y su pueblo de agua, el pueblo Añú.

Con el primer y osado esfuerzo de Ojeda, se ven pasar chubascos, tiempos de conquista y fundación a la saga del Welser Ambrosio Alfinger (1529), y quizás en día de ardiente sol, tras los árboles de cují y ante los ojos impávidos de los Wayuú, emerge sobre la tierra suelta al viento de la mar, la rústica iglesia y las primeras rancherías de Maracaibo, en la entrada Oeste de un inmenso lago de agua dulce, y Los Puertos de Altigracia, en el lado Este de su angosta garganta, donde vislumbran los

débiles destellos de un gran relámpago que llama a su acercamiento en el Sur, tierra de incógnitos parajes por descubrir.

La calma y el sosiego encuentran distancias entre los hombres blancos, de blanquecinas barbas y brillantes cascos que a caballo, afilada espada, dogmática cruz y estridentes y fieros perros, se enfrentan a los aguerridos y fornidos hombres semi desnudos de ojos achinados, piel cobriza y plumaje sobre sus negras y lisas cabelleras, al intento de ser doblegados por la saga española. En fuga salen los españoles (1535); luego, en arremetida de fuerza los españoles vuelven a llegar y Alonso Pacheco funda (1569) Ciudad Rodrigo de Maracaibo. En fuga, nuevamente, vuelven a salir los españoles (1573), y luego, en clara estrategia militar de no salir jamás de esa planicie humedecida de lago, Pedro Maldonado funda (1574) la Nueva Zamora de la Laguna de Maracaibo. Es claro el rumbo de dominio para abrir los caminos del tiempo sobre el agua dulce del lago, donde los españoles dejan los surcos de sus quillas de madera en las espumas que hacen las olas sobre las blancas arenas de costa, al fundar a la población de Gibraltar (1592).

Para los españoles, les retumbaba en sus entrañas de la aventura, lo intrépido y la fuerza de la luz que venía tras el perfil de las palmeras y cocotales, la secuencia de un tejido abrumador de intenso follaje y verdor, ecos de fieras y alimañas, ríos y zancudos que frenaban los grises azulados de las altas montañas al amanecer y las sempiternas luces de un relámpago, más al Sur, que hacía su encanto y su llamado para seguir bajando y bordeando la húmeda y apacible costa del lago.

Agua Grande que de cuya refulgencia en todas las horas de vida de cada español y cada mestizo emergido de las tierras marabinas, se forma la imagen de la Virgen María en el tejido de algodón brillante de luz y vivos colores que surgió del granero donde la india Isabel (1586) es cautivada en devoción por Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá. Así, La Chinita emerge y flota como reina espiritual del lago (1709) en un minúsculo pedazo de madera, para converger en los cristianos marabinos como la eterna Chinita del ayer, del hoy y del mañana.

Si los españoles querían la conquista de las tierras inhóspitas, los piratas holandeses, españoles, ingleses y franceses, Enrique de Gerard (1614), William Jackson (1642), Jean David-Nau (1666) El Olonés, Miguel El

Vascongado (1667), Henry Morgan (1669) y Michel de Grandmont (1677), querían usufructuar lo que los españoles habían ya habían forjado con sudor guerrero de espada y cruz los puertos y pueblos consolidados en la alargada costa marabina y montañas imponentes. Humildes puertos y pueblos, prestos de poco oro y plata en los altares de sus capillas e iglesias, mucho ron, mujeres y esclavos, que llenan navíos acechantes y dejan en desasosiego y tristeza a Maracaibo, Gibraltar y Trujillo. Y tras cada ataque, los piratas salen como serpientes de agua a las profundidades más internas del inmenso lago, para insistir nuevamente en las costas plenas de cocoteros y elevar su mirada a pueblos ubicados más al Sur, y poder subir por sus ríos, las crestas de las altas montañas y procurar los valles productivos de Mérida.

Así dejan reposar sus navíos frente al delta del río Chama, caudaloso, vestido de manglares, canoas pasajeras de indios que a la distancia se espantan tras el enramaje de imponente árboles plenos de humedad e intensa plaga que asesina voluntades, de caimanes y cantos de aves multicolores.

Y los piratas bajan de sus naves reposadas a la espera de botín y suben en sus canoas; y los piratas suben en contracorriente y ya cansados de remar, dejan descansar sus pequeñas barcas en las orillas arenosas del río que impide su ascenso de asedio y sorpresa; y los piratas caminan mientras son vigilados desde la distancia, desde una colina que es vigía de los guardas de la alta montaña. Es tan fuerte su andar por la espesura y dura pendiente, que ante las dificultades de tierra suelta y arcillosa, infectada de alimañas, retornan por su ruta para no volver jamás.

Así, los españoles se encontraron con los diversos pueblos indígenas (1635) del sur del lago, siendo los Bubuquí, sus habitantes originarios asentados entre el río Chama y la quebrada de Onia, los mismos que cohabitaron con esclavos africanos para forjar haciendas ganaderas y cacaoteras, mientras sus dueños merideños habitaban los fértiles valles y montañas vestidas de neblina y nieves eternas.

Es el encuentro de vida productiva en la apertura del río Chama al lago y la despedida de las pendientes donde viene fusionado con las aguas del río Mocoties. Su cauce y sus caminos tortuosos, serán una ruta que llevarán los arrieros de mulas las querencias de los merideños de

cultivarse en la tierra labrada y productiva de café, caña de azúcar y diversos frutos, y cultivarse en espíritu y sabiduría, bajo la visión de Fray Juan Ramos de Lora (1789), con la venia del Rey Carlos IV, su Real Seminario Tridentino de San Buenaventura.

Es tiempo donde el río Chama está hermanado con el puesto vigía en el pasar del tiempo, en el pasar de los tiempos de independencia, en los tiempos de las diversas repúblicas que se suceden en Venezuela, en los tiempos donde Los Andes, pie de monte y la inmensa planicie aluvional merideña, es paso de voluntades y conquista de un territorio, y donde ya los españoles, han generado la gama de razas mestizas y abren a la venezolanidad, el gentilicio de andinos y zulianos, forjadores de caminos, potreros, variados cultivos y desarrollo de oportunidades que combate la plaga del zancudo y su fiebre amarilla, la picada a rabiarse de las serpientes, el rugir del tigre y el canto alocado de monos sobre las crestas de los inmensos árboles a la luz fatigante del sol que arrecia en los duros días de faena, y en las noches iluminadas del Relámpago del Catatumbo, luz que se graba en la oscuridad vestida de estrellas del Sur del Lago.

Y la conquista de esta rica, pero inhóspita tierra se abre a los rieles de un tren que acerca distancias, y tras sus rieles se acerca al río Escalante con su puerto de Santa Bárbara del Zulia, y tras sus rieles, se forjan caseríos que las inundaciones hacen difícil su trayecto de extracción de productos que alimentan sus acalorados vagones en los puestos de La Pedregosa y su estación final, El Vigía (1892), con su inmenso tamarindo centra bajo su sombra, el rancherío de palma y paredes de bahareque sin encalar.

Es el inicio de una aldea que ofrece futuro, El Vigía, que al dejar de expeler el humo de locomotora y al abrirse los caminos modernos del transporte por la carretera Panamericana (1954) y su imponente Puente Chama, el de los cuatro grandes arcos que saltan el caudaloso río y hace saltar espumas de agua, blancas y ocres arenas y piedras de montaña, con sus delgadas diagonales del progreso, es apertura a invitar ciudadanos foráneos de bien, que han venido a generar oportunidades, sacrificios y tejer el gentilicio vigiense.

Y con el tiempo, hombres y mujeres que habitaron sobre la antigua traza de los rieles del tren que transitaba por lo que sería la Avenida 16,

cambio y progreso arriba y debajo de la meseta aluvional donde se forman los barrios El Carmen, La Inmaculada, San Isidro, El Bosque y Sur América. Poblamiento que delineado por el Caño Bubuquí, el de los indígenas Bubuquí, permite el trazado casi paralelo a su curso débil de agua, la Avenida Bolívar, su eje de vida ciudadana, su Plaza Bolívar, la nueva iglesia dedicada a Nuestra Señora de Perpetuo Socorro, y alrededor del triángulo de la Alcabala del Iberia, La Cruz de la Misión y El Tamarindo, se tejen las modestas casas de bahareque, bloques de cemento, techos de paja y zinc, los nuevos comercios y pequeñas industrias con techos planos de concreto armado, y vigilante a la paz del espíritu, en la Calle 3 y sus adyacencias, la pequeña capilla blanca de tejas rojas, el matadero municipal y, más arriba, el dispensario de salud que recibiría a los nuevos hijos que formarían, junto con los venidos de tierras cercanas y muy distantes, el pueblo vigiense.

Así, de aquellos primeros viejos españoles del Reino de Castilla y la Corona de Aragón, aquellos pocos indios Bubuquí, menos negros africanos, muchos criollos, mestizos y mulatos zulianos y andinos, latinoamericanos, europeos, árabes y asiáticos, se entretejió la esencia de un pueblo que hoy se abre con mayor fuerza de progreso y apertura al siglo XXI, bajo la ya débil luz del Relámpago de Catatumbo que seguirá iluminando los prometedores espíritus de un futuro cierto y forjador de lo que es el Sur del Lago de Maracaibo, lo Panamericano, la esencia del espíritu adrianista y de la ciudad de El Vigía... Cautivado de su energía, su cobijo en trópico ardiente y dinámico, su amor de primeros tiempos, me hicieron suyo y ante tanto, mi agradecimiento.

## **Jesús de Luzam**

## Entre tus arcos y diagonales vibrantes...

A los fundadores y forjadores de la ciudad de El Vigía



Oh! Puente hermoso e imponente  
de cuatro inmensos arcos y diagonales  
vibrantes,  
que estas ubicado no de forma casual,  
justo en el límite en que las aguas del  
Chama  
dejan las espumas saltarinas y traen las piedras  
y las arenas sedimentarias  
de los altos Andes merideños,  
frías, redondas, blancas y cansadas de rodar,  
para reposar sobre la llanura aluvial  
del Sur del Lago de Maracaibo,  
bañándole, refrescándole y alimentándole  
su suelo de tierra madre que se abre  
al Relámpago del Catatumbo,  
con intermitentes ráfagas de luz  
que hace de las noches esperanzas  
y resaltan las pieles sudorosas  
de los amantes que con férrea lucha y trabajo  
han construido y hecho realidad a la ciudad de El Vigía  
y sus caseríos aledaños rodeados de potreros,  
platanales, cacaotales y las sombras de las inmensas  
laras, caobas y majumbas, aromatizadas  
de parchitas, guanábanas, lechosas y naranjales,  
a la posta de un horizonte siempre fecundo...

Oh! Puente hermoso e imponente  
de grandes cuatro arcos y diagonales vibrantes,  
donde cada arco soporta el paso de los años;

un arco donde los andinos bajaron con sus cargas de café  
 aromatizados de sapiencia, cauteloso  
 andar y hablar pausado por entre el triangulo urbano  
 de esa pequeña población que no traspasaba  
 los límites desde la alcabala, la Y y el Tamarindo,  
 origen de su proceso fundacional;  
 un arco, donde lo andino se fusionó en eslabones  
 de progreso con los marabinos y zulianos  
 que desplazaron sus fuerzas dinámicas socio productivas,  
 alegres con su cantar de gaita y salsa maracucha,  
 para ampliar los arrabales de selvas inhóspitas  
 para sembrar la fuerza de su futuro ganadero y agricultor;  
 un arco, donde los colombianos con su forja e inventiva,  
 sus sudores de pueblo desplazado  
 por el dolor y la guerra de guerrillas,  
 encontraron la esperanza de construir  
 sus sueños en *Tierra de Gracia*,  
 arrojándonos con el desgarre musical del vallenato  
 y son pilar vital de este suelo, al cual ya pertenecen;  
 un arco, donde los venidos de tierras muy distantes,  
 los italianos, los españoles, los portugueses, los sirios y los húngaros,  
 con otras razas y nacionalidades, venidas del lejano oriente,  
 japoneses y chinos, que en su fusión,  
 han repostado con su cultura milenaria,  
 su gastronomía y sus tradiciones,  
 sus esfuerzos y sensibilidad de trabajo creativo  
 industrial, comercial y obras edificadas,  
 para transformar, todos los arcos de la vida del trabajo,  
 el perfil de pueblo a una ciudad  
 que crece agigantada en su perfil urbano  
 que baja desde Buenos Aires hasta lo llano y perfilado  
 hacia Santa Bárbara del Zulia, busca al Escalante,  
 salta al doblegado Chama y crece hacia La Blanca y Caño Seco,  
 abriendo tierras naturales a la modernidad,  
 teñida de pobreza y anarquía del suelo urbanizable...

Oh! Puente hermoso e imponente  
 de cuatro arcos y diagonales vibrantes,

ese eslabonamiento de crisol de pieles,  
formas de hablar y actuaciones protagónicas,  
sobre la tierra humedecida de Chama, Bubuquí y Onia  
son los rieles del viejo ferrocarril  
que aún surca desde la Pedregosa hasta El Tamarindo  
un andar de progreso incontenible a un futuro  
que se hace grande y bello en la gama  
inmensa de los perfiles de sus bellas mujeres,  
que dejan sin hablar al hombre  
que no resiste a sus encantos,  
y juntos, en el éxtasis del amor y pasión acalorada,  
procrean los hijos del ayer, del presente y del mañana,  
que dejan su vibrante andar de vida  
por la estructura delicada y trasegada del puente Chama...

Oh! Puente hermoso e imponente  
de cuatro arcos y diagonales vibrantes,  
como mi piel de amante sudoroso en las noches dejadas atrás,  
bajo las hojas de los platanales al pasar del viento...  
sobre los pastizales que eran sabanas de pasión...  
apoyado sobre las colinas desnudas que se abrían  
a los más bellos crepúsculos de esperanza,  
no vistos por mí, jamás...

## Ella, la joven del lunar negro

A mi hermano **José Emil Amilkar Contreras Miranda**,  
y a los nacidos en El Vigía, en el Sur del Lago,  
todos génesis de lo vigiense, producto del amor...



Ella joven, con dotes más de niña que de mujer, apenas salida de su casa de pueblo blanco, cubierto con tocado de techos de tejas de arcilla roja, mohosas, siempre húmedas, siempre con hilos que fraccionan el cielo de neblinas blancas, de copos de novias que se escaparon por los cafetales bajo árboles de pardillo y enrejados de fibras de líquenes en bromelias tristes.

Ella, joven, muy joven y hermosa, de tez blanca como queso recién salido del encofrado húmedo, muy húmedo de madera, con puntos negros del moho que se generó en las noches en que los hongos y bacterias, luchaban para saciar de pasión las encolerizadas cadenas micrométricas que forman la leche, ya ácida, ya extraída del campo florido de Caramanchel adentro, la leche traída sobre cantaros de aluminio, sobre lomos de burras cansadas, sudorosas, explotadas a fuerza de látigo, y al latigazo, el grito de << i *arre mula, arre mula* i>>, y ese grito acechante y repetitivo que se pierde en cada curva de barro y piedra del camino que surca y ha dejado huella en la montaña; y la leche, que posteriormente se transforma en queso y los sudores se transforman en cuajada de tierra cruda por allá en un pueblo montañoso, llamado la Tala, por allá donde tocas el cielo y él se esfuma con las brisas que vienen de la Tierra Llana.

Ella, la joven hermosa, alta para su generación, delgada con formas escondidas en un traje de algodón con farolillos de seda, con una cinta roja que fraccionaba su cuerpo que apenas deja ver la pubertad, su cuerpo delgado que se apoya en unas zapatas de punta redonda y grueso tacón de color negro; su cuerpo, que se hacía más estilizado

sobre esa cabellera entretejida de dos colas largas que se apoyan sobre sus perfilados senos, rematados con unos lazos blancos y brillo de sal; mientras se despide de sus padres con su mano unida al movimiento lateral de su brazo derecho, es mano de dedos finos que taladran el adiós a su madre Doromilda que la mira desde la única ventana de su alargada casa de esquina.

Es casa blanquecina que tiene más puertas que santos en capilla de pueblo, es casa donde cada pared de tapia ha sido acariciada por la bella joven, la que con sus manos y sus dedos de uñas perfectas, hacen movimientos de despedida dolorosa de emigrante, como un barco en una tormenta, mientras que la otra mano solo soportaba el peso de una maleta de cuero marrón con correas de desesperanza y preocupación, dolor y tristeza al separarse de su padre Valentín, del cual, la joven aún lograba captar su aroma a chimo y jabón de tierra, aroma y silencio de bosque. Así la mañana abriga un pueblo que se torna melancólico a la despedida de Carmen Edicta, al cuidado de su esposo Atilio José.

Ella que tenía un lunar de musgo en su hermosa y blanca mejilla; ella era, como ahora, más hermosa que la luna traviesa que dejó de ser niña para transformarse en mujer una noche de septiembre, cuando de niña joven se transformó en esposa, y de esposa, en mujer.

Ella, aún sobresaltada y en silencio, se fue desplazando por los espacios de su propio pasado de niña, presente de adolescente y futuro de ser mujer y esposa, todo en unos vagones de tren del tiempo que se ha ido desplazando muy rápido, compartido de alegrías, de tristezas, de sus muñecas de trapo dejadas atrás y las melcochas dulces, que con su textura plástica y retorcida se resiste a ser comida; mientras que los cachetes de la que fuera una niña, entre saliva, polvo y melado, se pintaba con manchas de caramelo su rostro alargado y delicado bajo una pincelada rápida que deja una sonrisa de satisfacción.

Ella, que dejó las faenas hogareñas en la antigua finca de café en Caramanchel adentro, vía al Bordo y Casa de Zinc, cuya casa construida en madera fue robada a un bosque nublado que dio paso a

cafetales, verdes cafetos teñidos de puntos rojos en cada cosecha tapizada de esperanzas, en el cada día de los campesinos de las faldas tristes de los Andes.

Ella, la del lunar inmóvil en un rostro de niña, surca el silencio propio de su existencia, en la medida en que baja el pie de monte a esa tierra inhóspita que tanto celo y miedo han tenido los hombres de la montaña, esa tierra, la Tierra Llana, como su vientre que pronto deberá proyectar la vida misma...

Amor que aparece y se hace a la fuerza, preocupación de un padre y una madre pobre por asegurar, aunque sea incierta en tiempos sin dote, la manutención de su hija, y es que entre pobres, el amor se hace cubierto de sabanas de esperanzas de la supervivencia y, en los Andes, se presenta con olor a tierra mojada, negra, roja, amarilla, suelta y arcillosa a la espera de la tormenta imprevista; de los rayos que se hacen hilos de fuego en el cielo oscuro, de los truenos que se hacen eco en los temores de la vida y que retumban, aparecen y se hacen reiterativos cuando menos se esperan.

Amor universal que desmayas y haces que corra sobre las calles solitarias de un caserío con proyección de pueblo llamado El Vigía...

Pueblo que es una suma de casas alargadas de bahareque frisado con la fuerza del trabajo promisor, pueblo que apareces y deja mudo al visitante porque contrasta en su pecho la brisa ardiente y húmeda que sale de esa espesura de árboles que adornan, cuesta abajo, al río Chama, y ese amor no esperado, no programado que a una mujer sola, entregada al viento recio de la vida, bajo la protección y el cuidado de la fuerza corporal de un hombre con más años, más alto, más recio que cualquiera, más enamorado que cualquiera, con más pasión que cualquiera, era conquistado por ese lunar negro que hace juego con esos ojos negros en una sonrisa de melcocha, de labios muy dulces a melaza y miel, que de sus entrañas, brota a cascadas una voz melodiosa que se ahoga en un solo silencio, el de ella misma, el de cafetos en diciembre que esconden los juegos de escondite con su hermano pequeño Salvador, el de traviesas correrías entre faldas de montaña y entre faldas de su madre; el silencio de un beso en la

mejilla de un padre, como nadie, alto, blanco, buen mozo y ágil, que la arroja de tantos abrazos, mimos y te quiero, mientras que una lata de zinc, de la humilde casa en la calle 12, cercana a la Avenida Bolívar, surca los aires con olor a tormenta.

La calle, angosta, ardiente de sol, con piedras de cantos rodados brillantes, despojados de temores porque se entregan sueltos de alegría al paso del caminante, unos descalzos, otros con cotizas de cuero y fique, aquellos con zapatos de tacón y esos, con zapatos de caucho traídos del norte, un país poderoso que solo se ve en un libro de las primeras letras, mal dibujado, de trazos gruesos de una tipografía desgastada de tantos tirajes, con un héroe cuya sonrisa es de madera teñida de blanco; mientras que los héroes de esta tierra tejida a trazos de batallas libertarias e intestinas entre caudillos de pueblo y un montón de hombres semidesnudos, de confrontaciones repetitivas, agobiantes, destructivas, que desparraman los más bajos instintos del ser humano, y que pasaron en algún momento por esa calle, cuya perspectiva visual choca a la vista por su falta de atractivo, aunque tenga sus encajes de pasto alto, verde claro como espigas que pinchan al ardiente sol.

En esa calle, la de ese pueblo en crecimiento, con formas paralelepípedos bajas, que simulan casas aisladas, casi similares, con una puerta y una ventana de madera, pintadas de cal, todas las tardes dejaba escuchar los últimos pitos de un ferrocarril que finaliza su recorrido en ese pobre caserío que es como la tarde, amarilla, anaranjada, roja, acechante de crepúsculo que viene del Norte donde los dioses batallan de furia y pasión, todos los días sobre las noches largas del río Catatumbo.

Ella, con la tarde, y la tarde, esa tarde espesa con esa calle sin aceras que le acerca las horas oscuras de la noche, a la palma de sus manos frágiles y delicadas; mientras él, su esposo, que no deja esperar que la noche interfiera con la pasión y el amor. Ambos se fundieron y se hizo vida, la vida fuerza y la fuerza sudores con energía de amantes en el calor de los cuerpos ardientes, y ella con la noche, se transformó en mujer. En ese tejido de pasión indetenible, desconocida y agobiante, se engendró el hijo amado José Emil Amilkar, el más cautivador e

inspirador de sus sueños futuros, el único vigíense de *los cinco diamantes*, arropado siempre de calor, luz multicolor e intensa energía arrolladora de que se deviene sólo del Sur del Lago...

Así los hijos de esta grande tierra, que no tiene punto de fuga en su inmensidad de hilos de luz, plenos de fuego y vitalidad de progreso arrasador; de viento que viene del lago al atardecer y despeina los grandes samanes; de pastizales productivos que fungen de sábanas de pasión para que los amantes las aplasten cuando sus cuerpos alocados y dedos estirados aran la tierra húmeda para que nazcan los hijos bajo la sombra de los platanales; y el puente del río Chama, es el tejido de acero que hace de telón de fondo donde el progreso se hará indetenible en el tiempo para el pueblo de El Vigía...

Ella, la del lunar negro, nació en formas, en escrúpulos escondidos bajo las sabanas de algodón, blanco ya de amanecer, ya de un nuevo día y que al abrir la pequeña ventana de dos hojas de madera que daba al frente de la Avenida 12, entró el frescor de la mañana surlaguense, tras las paredes encaladas cubiertas de sol; es sendero de poco tráfico y poca gente, es inerte, ardiente con la resolana del mediodía donde el sol funde los granos de arena; es avenida que al poco tiempo es sustituida por la Calle 9, la de la casa grande, donde los sueños de felicidad de la joven se truncarían para vestirse de tristeza y dolor.

Ella, aún con su lunar negro, permanecía oculto con el pelo negro suelto, liso, brillante que aún dibujaba las formas onduladas de las trenzas que se fueron con el último suspiro de la noche, suelto, libre, extasiado y lleno de color. Ella, ya mujer, se entregó, amo, vivió y casi muere en el sobresalto de lo que significó el amor...

## **El Chama...**

El Chama,  
a veces sumiso,  
debilitado porque limpiaron sus raíces  
y sombras de vida...  
cuando arrecia,  
será siempre indomable  
como el hombre sur lacustre,  
pero respetuoso de mantener  
las filigranas  
de esperanzas del puente...  
Chama.

## **Avenida 3, traza de historia desde El Tamarindo...**

Avenida 3,  
columna vertebral de la vida de una aldea hecha pueblo  
sembrada a la sombra de El Tamarindo,  
aldea hecha pueblo  
pueblo transformado en una ciudad arropada de luz ardiente...  
Avenida 3, que te acordonas a la Avenida 16,  
génesis ferroviaria de los sudores dejados atrás de rieles desvanecidos;  
Avenida 3, que te fusionas en Y a la Avenida Bolívar,  
brazo izquierdo de la dinámica transformadora que penetra las lomas  
frías que se visten de neblina andina...

Avenida 3, la que antes bajaba tragándose  
las luces refulgentes que alumbran  
el camino de recuas de mulas sudorosas y jadeantes  
que dejan aroma de café en sacos  
que alimentan el cansado tren  
que se aposta en la Estación de El Vigía...  
Avenida 3, camino de tierra ardiente y polvorienta  
que salta por los aires sofocados de calor  
para pintar la ermita "El Carmen"  
y cada hoja del esplendoroso Tamarindo  
que se agobia con las barracas bahareque, tablas y zinc  
que abren paso a las techumbres de teja y platabanda,  
las paredes vestidas de baratijas, ropa y zapatos  
de los almacenes Argentina, Renny, Elio, bicicletas El Pinta  
Zapatería La Colonial, Joyería Suiza,  
Supermercado Patria, Arepera Pancho Villa  
el guarapo de piña y la Chicha El Negro,  
la bomba y el terminal,  
el Liceo Alberto Adriani y el dispensario municipal,  
donde llegan los ecos de el vallenato del kiosko El Tamarindo...

Avenida 3, donde se han fraguaron tantos sudores  
de la constancia y perseverancia plena de trabajo  
entre muchos amaneceres luminosos de esperanza y progreso,

sueños bajo el perfil del Relámpago  
que abría espacio a las noches calurosas y estrelladas  
para engendrar los hijos  
que abrirán los brazos a nuevos amaneceres,  
hijos que han sido la cosecha presente de una ciudad  
que no deja de extenderse a la planicie plena de verdes,  
hijos que no dejan de bajar y subir rejas de *santa marías*  
para las gangas y ofertas adquiridas por la fragua del trabajo,  
son los hijos del provenir  
los hijos del hoy y el mañana  
que tallan el tiempo hecho prosperidad  
hijos que desde sus cajas registradoras  
son imbuidos en el desorden de vendedores  
que ya no dejan aceras  
y no olvidan las maletas que en otrora les trajo el destino  
para dar cosecha fructificadora y pujante a El Vigía...

Avenida 3, que agradecida entre acera y acera  
donde se abrazan los hijos con linaje andino, zuliano,  
griego, árabe, español, italiano y colombiano,  
donde cada local se abre al inmenso horizonte,  
donde el transeúnte siente la esencia de ser vigíense,  
y donde los que han mancillado el gentilicio,  
son que muchos conocen y son innombrables ...

Avenida 3, recorrerla me devuelve el tiempo  
donde entretejí entre tantos anaqueles  
el escenario de ilusiones de prosperidad compartidas...

## Arcos con luces de forja...

A mi eterno admirado Prof. Delibrando Valera,  
cronista de la ciudad de El Vigía  
y todos los hombres y mujeres de bien del Sur del Lago



Inicio del invierno fecundo  
y la neblina de la alta montaña andina  
se marcha espantada  
por los vientos ardientes del Sur del Lago,  
allá donde era inhóspita la vida  
y con férrea voluntad doblegaron las fieras,  
los recios torrenciales de lluvias,  
las serpientes guayacanes dominantes  
que dormitan bajo los grandes samanes  
y el zancudo de la fiebre amarilla  
se espantó con la modernidad hecha ferrocarril...  
inicio de los cambios,  
inicio de El Vigía, ciudad de emporio,  
ciudad que se hace bella  
bajo la luz del Relámpago del Catatumbo  
y bañada por el Río Chama,  
el que se vistió de estructura reticulada de acero  
y forjaron el hoy,  
el delicado puente,  
al cual unido estamos los que sabemos arroparnos  
al sol del atardecer vestido de platanales,  
frutales y olor de bosta de vaca...  
y el puente, es pasar a una parte de mi historia de vida...

## Tejido de amistad traslucida y curtida de luces...

A Eudes José Blanco Prieto, cronista de El Vigía,  
amigo y hermano por quién aún lloro su pronta partida

¡Hermano, cómo estás!

¡Venga un abrazo que los hombres,  
no sólo lloran, sino que también se quieren...!



Y es que el tejido de sentimientos entre los seres humanos  
es como los primeros días del mes de Abril,  
mes por donde los caminos de la vida  
pasa el peregrino sobre la tierra seca del verano tropical  
y sus huellas son afianzadas  
por la plasticidad del primer aguacero,  
y dejan brotar la semilla de la espiga de pasto  
que el viento del Sur del Lago no dobllega,  
sino que se fructifica para ser fértil la noble tierra...

Hemos sido caminantes de una vida trasiega de sacrificios;  
hemos sido caminantes desde que la adolescencia  
te trajo del juego interminable de lomas y lomeríos  
de La Palmita, el pueblo que resiste  
cada vez el embate de la arcilla que se mueve en desosiego,  
que se mueve sobre las ansias por bañarse del fuego ardiente  
del sol que brilla y abre horizontes en esta Tierra Llana  
que ha sido dobllegada desde lo inhópito  
para plegarse en la providencia  
del esfuerzo del trabajo de sus hombres y mujeres;  
hemos sido caminantes que emergimos  
de la sapiencia del Liceo Alberto Adriani  
y tu voz te delataba como un ser sensible e inteligente  
y la Universidad de Los Andes te inscribe en su historia,  
esa historia que como pocos saben resaltarla en su dignidad,  
y tu andar convidaba a seguirte en tus manuscritos

que arrastraban las páginas de tus crónicas cultivadas  
y tu sonrisa es más sonora que el andar del río Chama  
y tu mirada es tan transparente y sincera  
como el primer rayo de amanecer  
que dibuja entrega ciudadana y lucha por la justicia  
en tiempos desdibujados y de incertidumbre patria,  
que has proyectado tu achocolatada piel de gran padre  
sobre tus dos amadas hijas Mariana y Joanna,  
que has fusionado tus poros de pasión y amor en Juanita,  
que caminas con tu guayabera por las calles de El Vigía  
y vas recopilando cada esfuerzo y tradición  
de un caserío que fue pueblo y ahora es ciudad de esperanza,  
ciudad Panamericana, bisagra entre la montaña y la planicie,  
ciudad que aquilatas al futuro promisor  
al recoger las mejores obras de sus más notables hijos,  
que has sido un amantísimo hijo y hermano,  
que aún llevas el dolor de la pérdida de tu padre,  
y aunque sonrías, el vuelo del pájaro negro del dolor  
nubla tu mirada que te reafirma como hombre de bien,  
y como Amigo, eres mi hermano en la distancia,  
siempre presente en las horas taciturnas  
cuando el atardecer entre montañas,  
tras la luz de luna llena,  
me trae a la memoria las personas que amo,  
que Carmen Edicta, te ama como un hijo,  
y mis hermanos, que son tus hermanos, te aman...

Eudes, hoy que es primer día de Abril,  
el río Chama que recibe su primera lluvia  
no olvida humedecer el alma  
para agradecer tu ejemplo que entreteje orgullo  
y tus escritos se fusionan como trazos  
en el acero del gran Puente Chama...

¡Venga un abrazo que los hombres,  
no sólo lloran, sino que también se quieren...!

## Vigiense forjador de Universidad...

A **Alejandro Antonio Gutiérrez Socorro**,

amigo y eximio hijo de El Vigía,

Premio Nacional de Nutrición, mención Ciencias Agroalimentarias (1994);

Premio Regional Fundacite - Mérida en Ciencias Sociales (1993, 2000);

Miembro de Número de la Academia Nacional de Ciencias Económicas (2016).



Hombre de caminar pausado,  
sonrisa franca y mirada sincera  
que delata un intenso sol acechante en su alma teñida de lucha,  
como el alma trajinada de similares esfuerzos  
de los renacidos en la ciudad emeritense de Mariano Picón Salas,  
quien cantó, *Mérida es una universidad  
con una ciudad por dentro...*

Hombre que ejemplifica en los vigienses,  
el seguir la ruta a trascender tras sus huellas de Maestro,  
subir las crestas de las imponentes montañas  
para construir el muro de mampostería del conocimiento,  
forjar cimientos de futuro  
y labrar *universitas* de inconmensurable destino  
comprometida con la esperanza patria de un cambio promisor,  
siguiéndole en su silente, pero significativo andar de vida,  
lo modesto de un universitario  
que ha aumentado en su claustro  
la intensidad de la luz del conocimiento  
de las ciencias económicas,  
abierto a la siembra de alimentar la soberanía  
del buen saber de una universidad de altura, en las alturas...

Hombre que en su caminar pausado,  
retoma en su mirada melancólica de pasado  
el abstraer la ciudad de El Vigía, su niñez y adolescencia,  
espacio de vida que se funde aún

en la línea de fachadas de casas humildes del Barrio El Carmen,  
las que aún persisten al avance  
de los tiempos avasallantes modernos;  
casas de bloque de cemento frisados  
de trabajo y perseverancia,  
casas de colores vivos de alegría y fusión de ciudadanías,  
casas con bloques de ventilación con dibujos de pétalos de flor  
que expulsan los sudores de la desesperanza,  
casas de zinc que silencian los fuertes torrenciales  
ante el profuso dinamismo de una ciudad que se desdibuja  
y lleva las aguas del progreso urbano  
por las canaletas del emprendimiento,  
raudo pendiente debajo de la Avenida 10  
a 50 metros del otrora espacio  
de la antigua Plaza de Los Plataneros,  
la de los sudores verdes,  
la de los gritos ofertantes del mejor fruto verde,  
la de las carruchas plenas de racimos de plátanos,  
la de los hombres de espaldas anchas,  
la del barro que se secó ante el ardiente sol,  
la del suelo agrietado como los esfuerzos conquistadores  
de los hombres rudos, valientes y trabajadores  
que se visten de sudores bajo los techos movibles y frescos  
de las alargadas hojas de plátano,  
entre plantaciones de plátano...

Es la Plaza por donde deambulaba el niño Alejandro,  
el que se paraba como conquistador  
sobre el filo del barranco que mira al río Chama  
para atrapar con sus dedos cada rayo de luz  
de amplio horizonte del Sur del Lago de Maracaibo,  
ahí donde su gente batalla el día a día  
sudando hilos de oro en esperanzas labriegas,  
y el niño, danzante por el atardecer con el Relámpago,  
soñaba con ese fascinante mundo agropecuario,  
sumergiendo sus ilusiones bajo la tierra húmeda,  
tierra húmeda y oscura de plataneras,  
tierra fértil de cultivos de frutas diversas,

tierra tejida de pastizales de ganado promisorio  
que en su conjunto alimentaban un pueblo  
y alimentaban de fortaleza la humanidad  
de un niño huérfano ante la falta  
de su amado padre,  
D. Antonio Pausalino Gutiérrez,  
la responsabilidad de un niño que en la noche  
se transforma en adolescente,  
para que en cada amanecer  
procure apoyo y sustento a su madre viuda,  
D<sup>a</sup> Rita Victoria Socorro Briñez,  
ser ejemplo, protección y guía a su única hermana menor  
Alfa Marina Gutiérrez Socorro,  
sin dejar de entretejer amor  
con sus otros hermanos por parte de padre;  
son tiempos de contracción de posibilidades económicas,  
tiempos de mirar más allá de la desgracia  
y ensamblar el cimiento espiritual  
para que los días se hagan cortos  
y así procrear esfuerzos que asciendan la escalera,  
que crea un futuro mejor ...

Es el Barrio El Carmen,  
adosado al perfil ondulante del río Chama,  
con miradores naturales que en medio de espesa vegetación  
teje en el paisaje al Puente Chama,  
como Alejandro tejía sus pasos de conocimiento  
en el Grupo Escolar *Rafael Antonio González*,  
traza su Ciclo Básico en el Liceo *Alberto Adriani*  
en cuyos muros del saber se abrigan  
con las antiguas homilías  
grabadas en la techumbre de la antigua  
ermita blanca de la Calle 3...

Es el Barrio El Carmen, donde el adolescente  
bajaba las crestas empinadas del barranco  
y caminaba por los verdes pastizales para capturar iguanas,  
llegando a ser todo un gourmet en el sancocho de iguana,

que en su andar, salían espantadas  
a las gradas para verlo jugar futbol en Los Criollitos de El Vigía  
y saltar, al triunfo de Los Tiburones de La Guaira,  
mientras Alejandro abrigaba ilusiones,  
ahogaba sus dolores, disipaba sus temores de joven  
y con sacrificio, tomó su mochila de sueños,  
se despidió de su barrio, su madre y hermana,  
y sin dejar jamás de ser vigíense,  
escaló las alturas emeritenses,  
bañadas del frío Albarregas y Chama,  
para abrir con ímpetu y creencias verdes,  
los portones del Ciclo Profesional del Liceo Libertador,  
siempre arropado de sonrisa como chubasco del Sur del Lago,  
andar y desandar por cada vereda de Santa Juana,  
y finalmente, abrir el umbral del Alma Mater,  
la Universidad de Los Andes,  
la gran casa forjadora de sus logros académicos y profesionales  
en las ciencias económicas,  
la gran casa que lo absorbe para ser Maestro,  
ya con pensamiento anaranjado de esperanza  
en las juventudes constructoras de una mejor Venezuela,  
mientras que la ciudad de Mérida es toda su nueva casa,  
sin dejar en su piel morena teñida de calor y sol, la *tierra llana...*

Y el joven vigíense,  
amantísimo de Eddita Esperanza Rivera de Gutiérrez,  
su amor existencial,  
hermosa taribera, dama tachireense,  
madre de sus proles Alberto y Carmen Beatriz  
que los transformaron en unos entregados y celosos abuelos  
es ahora Alejandro, hombre de mundo,  
el Maestro, que desde el claustro universitario  
reflexiona y propone,  
el que Venezuela consulta en sus buenos consejos  
y la Fundación Polar reconoce y hace meritorio su pensamiento  
en la agricultura como fundamento  
del sistema alimentario venezolano,  
es el mismo espíritu emprendedor del niño

que hacia pistolas  
con plátanos verdes y conquistaba atardeceres,  
es quien amplió horizontes más allá del Barrio El Carmen,  
más allá de los límites de la Tierra de Gracia,  
es Alejandro, un hombre sencillo y sabio,  
ciudadano que da frutos en su propia esencia  
y tiene aroma a la tierra cultivada e inmensa  
en dinamismo y verdor,  
que en su pausado andar deja semillas  
que se fructifican, ramifican y dan frutos...

Y el hombre de andar pausado y franca sonrisa,  
absorbe cada reflejo del ardiente sol  
en las paredes acaloradas de su alma  
que se adosa al cultivo pastoril,  
al paisaje cultivado y florido  
a las raíces de un gran samán que soporta chubascos,  
que se hace traslucido a la luz  
de un amanecer de la tierra inmensa,  
porque a Alejandro el día nunca se le hizo corto,  
la hizo inmensa en la suma de sus días,  
saltando obstáculos con férrea persistencia e inteligencia,  
y las hace inmensas como la sonrisa satisfecha  
de aquel niño que trasegaba la Plaza de los Plataneros  
para ser el hombre sabio que aún traza  
y amplía su huella positiva  
bajo el sol de todos los días  
amalgamando ladrillos de sapiencia  
en una Universidad y Venezuela,  
que en tiempos de oscuridad,  
espera de muchos  
para no perder la batalla de un porvenir mejor...  
fluyendo como el viento fresco de porvenir  
que viene desde el Orinoco...



El *Dr. Alejandro Antonio Gutiérrez Socorro* en tiempo de navidad y amor de familia, entrelazado de dicha con su Señora *Da. Eddita Esperanza Rivera de Gutiérrez* y sus hijos *Alberto y Carmen Beatriz*

## Vigiense universitario con las luces de Pitágoras...

A **Neptalí Jesús Romero Bermúdez**,  
amigo, hermano y eximio hijo de El Vigía,  
Premio Nacional de Matemáticas (1996)  
y Premio en Matemáticas Eugenio Mendoza Fleury (2022)



Hombre de caminar pausado,  
hombre que cuenta los pasos de sus galaxias universales  
transformadas en complejas y enigmáticas formulas  
que derivan en una sonrisa franca, sencilla y solidaria,  
que humaniza las matemáticas  
vestida del temor y exaltación  
que infunde como ciencia milenaria de lógica y deducción;  
que están grabadas las piedras de las catedrales  
con sus símbolos cultos que sustentan  
el avance de la humanidad  
por tantas deducciones e inferencias  
de axiomas, postulados y reglas  
definidas con el polvo del desierto  
que cubrió la civilización de los genios  
vestidos de toga y birrete  
emulando a Leonhard Euler,  
Euclides, Pitágoras, René Descartes,  
Isaac Newton, Wilhelm Leibniz...  
Neptalí,  
quién está tallado  
en la escala de los pocos elegidos  
por el matemático supremo, Dios.

Neptalí,  
es el delgado hombre que remató el balón de voleibol  
hacia las galaxias de lo abstracto

por los espacios del barquisimetano y crepuscular  
Instituto Pedagógico de Barquisimeto  
y el reconocido IMPA de Río de Janeiro,  
y lo proyectó con todo su amor que se posó  
en Coromoto Cuevas Atencio  
y dinamizó flujogramas de energía paternal  
en sus dos hijos Connie, Camilo y su preciosa nieta Carlota,  
que fluyen en su espacio interior  
entrelazados a los modelos de sistemas dinámicos  
que describen el comportamiento de un sistema en el tiempo,  
el tiempo que nos hace feliz o que nos complica la existencia,  
el tiempo que no disminuirá al matemático,  
que jamás doblegara su rodilla a la injusticia  
porque su mente creativa tiene conexión con lo elevado...

Neptalí,  
el Doctor y emérito matemático,  
nos hace sentir vigienses de honor y orgullo  
quien no gusta de a mucho del formalismo y alabanza  
que abraza nobleza y puede ser chubasco;  
es el vigiense que añora su génesis marabina  
que ama en el espacio maternal  
a Da. Dolores Virginia Bermúdez Omaña,  
que es orgullo eterno de D. Edmundo Romero Silva,  
sus sensibles hermanos que dejan huella en suelo vigiense,  
mis hermanos de tiempo y humedad que viste el río Chama  
y todos quienes admiran  
su fuero sencillo, sabio y alegre en el porche de casa  
del primer estacionamiento de la Carabobo,  
donde el rock y la salsa, hacen eco con Felipe Pírela,  
que entona boleros y gaita marabina,  
que abraza al amigo y enseña  
con luces del Catatumbo reflejadas en la inmensidad del Lago...

*Neptario,*  
es mi amigo y hermano,  
quien no descansa mientras el mundo gire,  
ejemplo de virtudes

y quien quizás tenga como próximo proyecto  
el modelo de sistemas dinámicos  
que permita encauzar hacia mejores horizontes,  
la Venezuela que aún busca en su esencia,  
un mejor y trascendental destino de prosperidad en el siglo XXI...



Los jóvenes padres del *Dr. Neptalí Jesús Romero Bermúdez*  
y momentos familiares con su esposa la Lic. Coromoto Cuevas Atencio, hijos y nieta

## Hace más de treinta años...

Elegía a mi amigo y hermano Esteban Demeter,  
en sus treinta años de partida



El tiempo es el testigo más fiel de la memoria...

Más cuando los recuerdos  
en un niño solitario abre los telones de la adolescencia,  
más, cuando los tiempos son dramáticos y desesperanzadores,  
más, cuando se siente la soledad y el drama,  
más, cuando te miras ante el inclemente sol  
de casas en veredas que no conducen a nada,  
más, cuando parten tus dos hermanos mayores, Amilkar y Lito,  
y estas desorientado en esa casa larga  
como un tapial donde la tempestad hace grietas...

Más, cuando una madre tiene que  
abrir horizontes en los haces de luz del Relámpago  
que alumbraba las noches tristes y oscuras del Sur del Lago  
que entran a plena luz titilante  
por las veredas de la Urbanización Carabobo...

Más cuando eres emigrante del Barrio La Inmaculada,  
y ese pedazo de tierra, La Carabobo, era otra parte de El Vigía,  
y tú requerías de un espacio para abrigar tus inquietudes,  
porque de joven, la inquietud intelectual,  
abrumaba tus noches estrelladas por una esquina de la calle 10,  
y sus otros hermanos  
El Caucho, Omaira, Tulito, Neptario, Pancho, Miguelín, Jesúsín,  
Brando, Nubis, Jesús Alí, el Gordo Leal y Roger Enrique,  
que a todos los llevaba a cuestras de mochilero  
cuando la Jawa era tu refugio para volar  
por la inmensidad del paisaje siempre verde  
en medio de un escenario que no llegaste a absorberlo como tuyo,

el que batallaba con tu Hungría  
y por eso, eras catire de ojos azules  
y sobre tu pecho y hombros,  
llevabas las grietas del drama  
y el agreste incendio que te hacía de fuerte carácter,  
pero siempre sabio y de noble corazón...

El tiempo es el testigo más fiel para reposar la memoria...

Más en un niño solitario que recibe la fuerza de un joven  
que arrastra pasiones e incertidumbre en su propio andar,  
para abrirle las notas de música clásica  
y del rock sinfónico o las baladas de Cat Stevens  
que tanto se fundieron en las piedras de tiempo,  
mientras las lecturas de grandes autores clásicos  
espantaban a Bohemia y al Grahma cubano...

Más el niño, recibía los libros  
del Círculo de Lectores prestados por  
D<sup>a</sup> Dolores Bermúdez de Romero, la dama de luz,  
y que luego departía en tertulias atardecidas  
acompañados de sonidos de armónica que tocaba al atardecer...

El tiempo de más de treinta años  
es el testigo más fiel del revivir la fuerza de la memoria...

Y así llegaba el estruendo de la Jawa por angosta Vereda 12,  
y la casa Número 07, abría sus puertas al hijo extraviado  
y se llenaba de rica humanidad  
cuando el calor era disipado  
por el ventilador del techo ardiente  
mientras el paternal europeo  
ayudaba a las tareas del *chamo*,  
mientras la neblina de su dinamismo abstracto  
inundaba las notas de Beethoven, Pink Floyd o Shubert,  
que se iban con las pequeñas letras de Kafka y Mi lucha...

Y es que el tiempo de más de treinta años

es el testigo más fiel de la memoria...

Y pasaron los meses hasta que un buen día  
la Jawa quedo en el Puente T de la Variante de Mérida  
y el hermano húngaro, se monto en un caballo alado  
para partir a las tierras tachirenses...

Y el hermano muy blanco y delgado europeo  
dejó al *chamo* sin las enseñanzas que sus hermanos,  
que eran a su vez, sus otros hermanos latinos,  
de quien hablaba siempre con devoción,  
mientras el humo del cigarro  
tomaba la sala de la pequeña casa,  
de que su hogar había partido a tierras tachirenses  
con su idolatrado padre el Doctor Luis Demeter,  
el veterinario y artista plástico en sus horas libres,  
el hermético, recto y amantísimo hombre  
de sombrero ocre claro y botas a las rodillas,  
su bondadosa madre D<sup>a</sup> María,  
y sus hermosas hermanas Georgina y su pequeña Piri...

Así quedaba otra vez solo el *chamo*  
de la Vereda 12 con las montañas de libros rojos  
del segundo cuarto de la casa de la Urbanización Carabobo...

Más de treinta años  
son los años testigos más fieles de la memoria...

Y así partiste a pie para retornar en tu camioneta Ford  
donde conquistabas espacios  
desde Caja Seca hasta San Cristóbal,  
y una tarde apareciste con dos cuadros al oleo,  
pintados por el padre amado,  
uno que la memoria borra,  
otro de tu amada y adolescente Piroška...

Y así partiste como un bólido,

para no verlo jamás  
con la pasión y el amor que te dio una hija  
y la fuerza del arrebató,  
te arrebató drásticamente de este mundo...

Más de treinta años,  
son los años testigos que me traen  
a la memoria tu agradecido recuerdo...

Aún guardo lo firme de tu elegante semblante  
con una inteligencia cultivada,  
a la cual sembraste en esas horas  
de largas tertulias en la casa alargada y triste  
de la Vereda 12 de la Urbanización Carabobo...

Más de treinta años  
son los años testigos de que la soledad  
da frutos en el silencio atropellado...  
del Sur del Lago...

## Forja con olor a café del valle de Murmuquena...

A Don **Jesús Manuel "Chucho" Sandia Molina**,  
las familias Ramírez, Mora, Guerrero, Morales, Chacón  
y todos los andinos forjadores  
de la ciudad de El Vigía y del Sur del Lago



La noticia de la pronta partida de Don Jesús Manuel Sandia Molina plató el murmurar de la bella y florida plaza de Zea, que en su elegante caminar, pregúntenle sus paisanos:

*¿Chucho, disque te vas pa' la Tierra Llana?*

Y las recomendaciones de amigos no tardan en exclamar:

*Cuidado con la fiebre amarilla, el guayacán y el calor infernal que hace por allá. Mira que aquí te queremos mucho...*



Y en la misa de domingo, el Padre Ángulo lo abraza y bendice a la puerta de la hermosa iglesia del pueblo, al decirle:

*...Bueno Don Chucho, el buen hijo siempre vuelve a casa, porque Zea será siempre tu amado pueblo...vaya con Dios y nuestra Santísima Virgen de Las Mercedes te bendiga, junto a tu familia. Te esperamos el próximo año, el 6 de enero, día del Santo Niño de la Cuchilla.*

Al otro día, un lunes en tierras del pie de monte andino, de esos donde la llovizna está entristecida por la partida de los mejores hijos, Don Chucho junto a su señora, Doña María José Rondón de Sandia y sus amados hijos, encendió el vehículo, abarrotado de ilusiones y proyectos a la buena de Dios. Lunes de frío amanecer, cuya fecha incierta se perdió en el tiempo de la memoria y, una paleta de pinceles, es pintura de luces amarillas y anaranjadas, que realzan el

perfil del valle de Murmuquena reverdecido de plantas de café y humedecido del turbio caudal del Escalante y Guaruríes.

El lento recorrido realza la neblina que se torna opaca y talla la tierna figura del Santo Niño de La Cuchilla y un canto de aves en vuelo rasante, anuncia precaución en la curva de La Roca, cuyo desfiladero define la ruta, en el sentido de la comunidad de El Vigía; lugar de cruce de caminos y esperanzas inciertas, donde la brega es arrojo, el carácter dominante de decisiones firmes al abrazo de un ardiente espacio urbano con perfil de pueblo; donde el calor hierve pasiones y oportunidades al emprendimiento comercial y de servicios.

Por la pequeña explanada de Caño Tigre, Don Chucho se enfrenta al imponente paisaje de la Tierra Llana en medio de una sonrisa que imprime melancolía en su pensamiento. Ya lo abraza el viento fresco con vapores que empañan el pasado dejado atrás, su Zea, terruño natal, de sus correrías infantiles y amores juveniles, que con la energía del amor, esculpió el tierno y hermoso rostro de Doña María José, que en el desplazamiento del carro, fluía su cabellera con los verdes pastos de los potreros que empezaban a brotar blancas cabezas de ganado vacuno; bonanza de los conquistadores de las tupidas selvas del piedemonte.

El auto avanza, baja la fuerte cuesta del río Guaruríes que en su curvilíneo fluir confluye después en el río Escalante; luego pasa el horizontal paisaje del km 15, y Don Chucho, se entretiene al ver la fuerte estructura de acero del puente Onia, y entre el subir y bajar de la topografía de la carretera Panamericana, entre un intenso tejido de follaje de grandes samanes, se ve en el horizonte, el difuminado trazado de volúmenes que en la distancia localiza su destino, El Vigía, pueblo en quién procurará descubrir el eco de voces que exclamaban su inmenso potencial comercial, agrícola, comunicacional y humano.

Desde finales de los años cincuenta, Don Chucho, será coautor de la fragua de trabajo, constancia, responsabilidad y ética ciudadana zedeña en El Vigía; contribuyendo a que este pueblo que proyectaba sus líneas horizontales de zinc brillantes y ardientes al sol tropical, por la modernidad de las dinámicas líneas horizontales de concreto armado sobre un juego de bajos volúmenes, que se van extendiendo

en el tiempo de los años sesenta hasta la actualidad, sobre la anarquizada trama urbana, donde lo vigiense lo atrapa y lo hace suyo.

Largos días en el fértil suelo de El Vigía y sur lacustre, tejieron en sus horas calurosas y de poco descanso, un feliz hogar edificado cerca de las líneas del ferrocarril proveniente de Santa Bárbara del Zulia y, a su paso, se llevaba la humedad del caño Bubuquí hasta la estación de El Tamarindo.

Don Chucho y Doña María José, en tierra fértil, cosecharán su siembra del amor en frondosos árboles transfigurados en hijos vigienseszedeños, cuyas robustas ramas, se extienden en éxitos de inteligencia, perseverancia y el buen hacer de sus padres, que en la labor cumplida, recogieron los frutos en excelsos profesionales de la medicina, odontología, administración, economía, contaduría, derecho y distintas ramas de la ingeniería y la geografía; donde todos, hijos con su recto y ciudadano proceder, encumbran su destino a derroteros inconmensurables para contribuir con su saber, el reconstruir una Venezuela que hombres y mujeres como ellos, sabrán redimensionarla en lo virtuoso y ejemplo de lo trascendental.

El devenir existencial de los Sandía Rondón, encontró su ejemplo en la sombra de solidez humana, religiosa y civil de sus padres; y en la escolaridad de ejemplares maestros de Zea en el grupo escolar que honra la memoria del gran maestro Feliz Román Duque y, en El Vigía, en el Grupo Escolar Libertador Bolívar, siendo el Liceo Alberto Adriani, su epónimo paisano, quien les influyó que lo vigiense se funde en lo zedeño en armónico compás. Todo ello les ofrece a los 12 hijos de Chucho y María José, las bases para conquistar con éxito la vida universitaria y profesional. Desde esos pilares que curten la fuerza de la vida tanto como las fibras más sentidas que sostienen el puente Chama en tiempos de bienaventuranza se fragua una reciedumbre y una fortaleza para conquistar espacios en Los Andes, en el resto del país y más allá de las fronteras patrias a donde han llegado los vástagos de ese hogar zedeño vigiense, y que hoy ensancha sus ramas frondosas por el mundo a través de nietos y bisnietos.

Y es que desde esta tierra de amplios horizontes, abierta al sol y a sus infinitos crepúsculos, se prodiga el buen accionar de una familia que no conoce de mengua, sino que se esparce como las alargadas hojas

de plátano que se expande por la llanura aluvial surlacustre alentadas por fértiles suelos, bañados por ríos y caños que fluyen desde la montaña y por la tempestuosa lluvia que humedece la fina tierra con la cual se esculpen las alas de la victoria y los nuevos florecimientos de la vida.

Nunca Don Chucho y Doña María José, olvidaron aquel lunes de melancólica llovizna y breve despedida de su rinconcito natal y de plácido encuentro con las vastas llanuras de progreso y vida que significó esta tierra para sus realizaciones. Entre el devenir de avances, de prosperidad y de éxitos, se vivió con pasión los avatares de la fuerte lucha de vida diaria y del encuentro sereno con los atardeceres como remanso de la existencia, siempre junto a sus hijos y en el amor filial que recompensa el largo vivir; una obra reconocida en el trabajo, que perfiló el exitoso proyecto de la vida familiar junto a otros en el campo agrícola platanero, ganadero y comercial.

Con los años fructíferos de tiempos no tan distantes, el alma de Don Chucho se regocijaba cada 6 de enero, donde pleno de gozo, caminaba en oración agradecida, la escarpada montaña para ser bendecido por el Santo Niño de La Cuchilla. A su encuentro, en la pequeña y blanca capilla, lo vestía de frutas, de racimos de plátanos, del resplandor del relámpago del Catatumbo; y del amor y pasión por la Tierra Llana, relleno la pequeña almohada, donde descansa el cuerpecito del niño bendito.

Hoy, la profunda mirada que proyectan los descendientes de Chucho y María José, no solo refleja al Santo Niño de La Cuchilla al abrigo y cuidado de la Santísima Virgen de Perpetuo Socorro, patrona de la dinámica y próspera ciudad de El Vigía; sino que proyecta con inmenso orgullo, la energía de sus amados padres, quienes les legaron, ese amor agradecido por esas inmensidades de progreso y prosperidad que siempre ha sido y será la extensa y bendecida región del Sur del Lago de Maracaibo.

Aún se escuchan las voces de sus paisanos zedeños:

*¿Chucho, disque te vas pa' la tierra llana?*

Desde la dimensión de la presencia espiritual siempre viva y presente en sus hijos y descendientes, Don Chucho responde:

*He regresado a Zea, irradiando la herencia del mejor fruto que la vida y el amor de María José me dio, mis hijos...*

*Bendiciones paisanos.*

## Forja desde las altas montañas merideñas...

A la **Familia Noguera Contreras**  
y todos los andinos forjadores  
de la ciudad de El Vigía y del Sur del Lago

*iWilver... Wilver, dónde estás!*  
Dime Mamá, estaba jugando con un corcel de luz.  
*Tú siempre con tus cosas,*  
*ve donde Doña Rosa y pídale prestado tres bolívares...*

Salí de esa sala grande montado en mis ilusiones de niño triste,  
la rampa del gran portón de madera de la casa, no resistía,  
ni podía retener la alegría de caminar la Calle 9,  
tomar la acera y su pavimento apenas lustrado  
que inauguraba la modernidad de La Inmaculada,  
caminaba rápido mientras deslizaba la mano  
sobre la reja orgánica con planos multicolores irregulares  
de la bella casa de Doña Libia y Don Manolo Guerrero,  
esa casa, que era mi casa, como todas las casas de la Calle 9,  
que adosaba la majestuosidad del Grupo Mauricio Encinoso...

Han pasado los años,  
más de cuarenta,  
y aún está pintado el paisaje de brillo de sol  
que reflejaba con mayor intensidad los ojos claros  
de ese noble señor de eterna sonrisa,  
Don José Ambrosio Noguera M.,  
que abrigaba con su ternura paternal  
a todos los niños que le admirábamos y queríamos,  
porque su alma era pura, abierta, fresca,  
plena de emporio y perseverancia teñida de emprendedor,  
quien hacía de su esfuerzo, alegría y ejemplo,  
dando amor y regocijo a cada encuentro,  
dando siempre a todos los niños  
sus bambis y ese trueno de cotufas coloreadas  
que degustábamos hasta saciar... siempre gratis,  
y gratis de amor y solidaridad,  
Wilver subía los escalones de esa casa hermosa y alargada,

donde el porche, era el Olimpo de puertas abiertas  
para los admiradores de sus bien amadas hijas,  
Yradny, Sara, Nelda, Ilse, Milaris, Betsy y Carmelsy,  
porche de proyectos para los juegos matutinos  
de Boris, Miguel, Alexander y Gustavo...

Y el tiempo no puede esconder, ni desteñir,  
tanto amor agrupado en el recuerdo de momentos  
que guardo con recelo en mi cofre de vida agradecida;  
y no saben que de tanto ofertar sonrisas,  
están cada uno de los que ya han partido al plano de luz  
y de los que habitan tallando ciudadanía vigíense,  
con trabajo, honradez y principios  
engrandeciendo un pueblo ya vestido de ciudad de futuro...

Ya en el porche, con su piso de granito teñido de ocre,  
el niño con los ojos del adulto de ahora,  
aún se dibuja en su lustre del tiempo presente  
para encontrarme con Doña Ana Rosa Contreras de Noguera,  
la *Maestra Rosa*, como mi Mamá y todos le conocen,  
y mi Papá le decía *prima*,  
por ser de Guaraque y por ser Contreras,  
y yo, el niño, era recibido con sonrisa de amor  
tras sus ojos profundos de sabiduría y solidaridad,  
tejiendo siempre su saludo con un "*venga hijo qué quieres*"  
y a la solicitud,  
que era continua en pedimentos maternales,  
no dudaba de darme el préstamo de tres bolívares,  
otras de dos bolívares, algunas de cuatro,  
siempre acompañadas de un abrazo abierto de paz maternal...

¿Cómo olvidar lo que de tan poco, siempre significo esa ayuda?  
¿Cómo dejar de lado que esos bolívares darían tanto bien?

Ese niño, de esos tiempos pasados,  
salió de la casa Número 8-75,  
como sale en su transfiguración de presente,  
del porche que engalana aún la Avenida 12;

Ese niño corrió siempre pleno de dicha e inocencia  
para sus nuevos encuentros  
donde era arropado de alegría  
y sin estar presente,  
despidió el infortunio ante la pérdida de Sarita y Nelda  
por quienes profeso el mejor recuerdo bienaventurado;  
es dolor que perdura todos los días  
en lo más profundo del alma de los Noguera Contreras,  
cuando la luz sur lacustre se hace oscura  
y sus ojos hermosos brillan como dos estrellas  
cuando se oculta el Relámpago del Catatumbo...

Todo es una historia de amor  
que viene de la alta montaña andina de los Pueblos del Sur,  
ahí donde la neblina cubre sudores de labranza  
para cultivar hombres y mujeres de bien,  
y que apostaron en el año 1961 construir futuro en El Vigía,  
desde la Avenida 16 hasta la Avenida 12,  
donde la casa grande ha tejido historia  
en la calma incansable de perseverancia de Don José,  
el comerciante, el inquieto labrador de cosechas fértiles,  
heredado su ímpetu por Yradny,  
reina y forjadora eterna de comunidad,  
de gentilicio vigiense que se extiende  
más allá de todos los tiempos,  
desde el Ateneo  
hasta su diario trajinar por sembrar y recoger la mejor cosecha,  
su don de mujer ejemplar que trasciende con mayor forja,  
arropado del ejemplo  
de grandes valores y moral de Doña Rosa...

Así aquel niño atravesaba  
la Avenida 12 para penetrar la Calle 9,  
y en la esquina, esa esquina de tan pocas navidades  
disfrutaba el espectáculo de la magia y filigranas  
del hermoso patinar de Ilse,  
la protección de Boris,  
los traki trakis que Miguelito regalaba,

el pasar de Yradny, Sara, Nelda y Milaris  
que enamoraban y dejaban mudo al Barrio La Inmaculada...

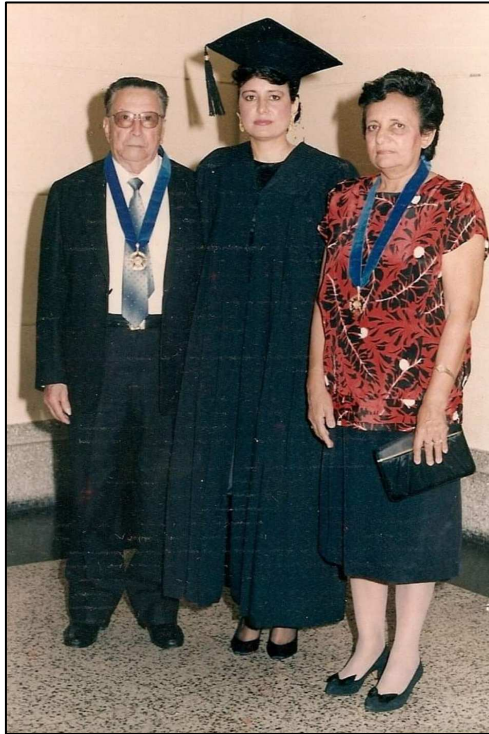
Así el niño entraba a su casa  
y era me atrapado nuevamente por la rampa de entrada,  
que había que escalar y dejar recuerdos  
que quedaban tras el amplio portón de madera,  
que a las nueve cerraba con una tranca  
para evitar la fuga de la alegría y el amor importado  
de la casa de los Noguera Contreras,  
y todas las casas, que eran sus casas, mis casas,  
y que el tiempo aún no ha desdibujado...

Toma Mamá los tres bolívares que envió Doña Rosa  
*¡Dios le pague Doña Rosa, por siempre!*  
Decía Mamá con su mirada de esperanza  
en medio de un trajinar de tiempos oscuros...

Y la esperanza ha quedado cultivada,  
y el hombre de ahora exclama:

*¡Dios le pague Doña Rosa, por siempre!*  
Dios te bendiga por siempre...

*¡Dios le pague Don José, por siempre!*  
Dios te bendiga por siempre...



*Da. Rosa Contreras de Noguera y Don José Ambrosio Noguera M., en tiempo de celebración y orgullo de uno de los logros académicos en la Universidad de Los Andes de su amplia prole; y los hermanos Noguera Contreras, plenos de felicidad vigiense.*

## Forja desde las altas montañas tachirenses...

A **D. Pedro Urrea** y todos los andinos tachirenses forjadores  
de la ciudad de El Vigía y del Sur del Lago

La casa 07 Vereda 12  
de la Urbanización Carabobo  
ardía de fuego en los agostos,  
albergaba la protección de una gran madre maestra,  
era escenario de mundos imaginarios  
de un joven soñador  
y absorbía en sus paredes,  
la sonrisa ingenua  
de un niño que no percibía tanta desesperanza...



Abrir la puerta de metal color caoba  
permitía ver la perspectiva angosta de la vereda  
y su paisaje de casas adosadas de similar humildad,  
de familias que luchaban por sobrellevar  
la superación de tiempos plenos de sol  
y cuando las noches eran frescas,  
ese largo pasillo con algunos pequeños escalones  
era el patio de todos, de la sonrisa y solidaridad...

Si caminaba a la derecha,  
estaban sentados Don Alirio, Doña Eyglé y Doña Josefa,  
si caminaba a la izquierda,  
miraba hacia donde Don Armando y Doña Yolanda Urdaneta,  
Doña Felipa y Rosita, y en medio de todo,  
la algarabía del loco Armando,  
muchachos y muchachas de la cuadra engalanada por Omaira,  
el caminante y la luna llena vestida de estrellas...

Caminaba hacia la izquierda,  
como mi pensamiento de una sociedad distinta  
y justo en el lindero de la Avenida 16,  
donde aún vibraba el paso de la locomotora  
que dio origen a El Vigía dejando huella por el Caño Bubuquí,

me sentaba a conversar con Luz Marina,  
miraba los bellos ojos de Marisol,  
la sonrisa fresca de Pedrito, las travesuras de Freddy  
y el coche inquieto al movimiento de Olguita  
al momento en que salía Doña Lucia  
con su eterna y maternal sonrisa,  
justo cuando la camioneta de Don Pedro Urrea  
emergía de la noche pintada de la travesía del día,  
y el escenario se volvía marcial  
vestido de verde oliva  
de su impecable uniforme de Guardia Nacional...

*Bendición Papá, ¡Dios les bendiga hijos!*  
y recibía esa bendición con la misma emoción de un hijo  
que siempre tuvo su afecto, aún en la distancia,  
de un hombre alto, fuerte y de recio carácter  
que era disminuido con su paternal sonrisa,  
eran tiempos donde la casa Urrea Salcedo  
y todas las casas de la Carabobo  
eran prolongación de mi alargada casa  
de profundas limitaciones y marcada tristeza...

Y es que la mirada de Don Pedro arrastra en sus pupilas  
que vieron por vez primera los cielos azules en 1932,  
mientras la neblina va pintando de blanco  
el paisaje teñido de verdes y altas montañas  
de la aldea tachirense de Sábana Grande,  
más arriba de La Grita,  
entretejido de casas dispersas en calma y belleza,  
donde Dios baja a dormir sus siestas al mediodía...

*¡Pedrito! ¡Pedrito!*  
*¡Ven a comer, ya deja esos bueyes*  
*que la siembra espera y la cosecha será buena,*  
*pero el estomago vacío no aguanta porque ataca la debilidad!*  
gritaba desde la pequeña casa de tapia y teja  
Doña Juana Urrea, su eterna Mamita,  
y sonreía con dulzura Don Cosmen Urrea, su abuelo,

a la mirada firme e increpante de su hermano mayor...

Tiempos maltrechos y limitantes del campo empobrecido  
donde el olor a café, caña de azúcar y las hortalizas  
visten la piel del escenario tachirenses de Juan Vicente Gómez,  
dueño y señor, jefe y gobernante de una Venezuela rural  
que ya teñía su futuro vestido de traje del negro petróleo...

Tierra tachirenses, tierra escarpada,  
húmeda en alta montaña,  
semi seca hacia la frontera colombiana,  
tierra de sudores de hombres y mujeres  
fuertes e indomables en su carácter,  
que sólo ven al frente y nunca dan un paso atrás,  
herederos de los andinos que ya gobernaban Caracas  
con sus sombreros de paja, liqui liqui de blanco algodón,  
cotizas, fusil y ancha correa apostada de peinilla,  
época donde la recluta desheredaba a la fuerza  
los jóvenes que corrían espantados a su presencia...

Don Pedro Urrea, en sus caminos de vida  
jamás dejó de pensar en su pequeño terruño  
dominado por el río,  
su sonido de caída surcando pendientes,  
potreros y cultivos humedecidos de esperanzas  
por cosechas prósperas,  
aún cuando corrió vestido de desventura  
dolió mucho dejar el abrazo de su bien amada *Mamita*  
para partir y esconderse en las calles empinadas de La Grita;  
es Pedro el adolescente,  
el que lleva la rabia en su coraza de alma  
y en silencio carga su amargo dolor del infortunio  
hasta que en medio del agitado pueblo de calles  
llenas de recuas de mulas cargadas de café  
que buscan el Ferrocarril del Táchira,  
es socorrido en abrigo y bendición maternal  
por la protección cristiana  
de Doña María Dolores Montoya,

a quien Pedro profesará su amor de hijo  
que es raptado por la recluta  
para hacerlo atravesar las montaneras y lomeríos  
que lo llevan hasta el Cuartel de San Cristóbal...

Pedro, el joven de la pequeña Sabana Grande  
ha sido vestido de los temidos chacharos andinos,  
y así sobre lleva los turbulentos tiempos  
desde Carlos Delgado Chalbaud hasta Marcos Pérez Jiménez,  
época que exige mayor dureza de mando,  
y en 1952, Pedro es recibido desorientado en la Caracas  
cargada de grandes construcciones y modernismo  
hasta llegar a las Quebraditas  
para graduarse de Guardia Nacional,  
siendo el honor su divisa  
que a mucho orgullo no mancilla nunca,  
realzando su uniforme verde oliva,  
con pistola y abrazadera de Policía Militar  
y donde sólo andinos y corianos  
son los primeros elegidos por su fortaleza y carácter  
de una Venezuela que apenas viste de democracia en 1959...

Pedro, el joven de la pequeña Sabana Grande,  
es apostado en Maiquetía en el Destacamento 99,  
en medio de la humedad y sol caribeño  
viendo las gaviotas blancas en vuelo libre  
y las enormes águilas de aluminio que surcan continentes...

La región central cautiva a Pedro,  
pero Pedro no puede estar separado de su amada madre,  
que sólo en su voz se extiende el amor para endulzarla  
con el nombre de su eterna *Mamita*  
y retorna a sus Andes al llamado de la sangre  
y el abrazo cálido de viento pasajero, fértil y maternal,  
grande como El Tama, dinámico como el río Torbes  
y florido como las montañas que bordean El Cobre y Tariba...

Así Pedro, abraza y pide la bendición a *Mamita*

y baja a su nuevo puesto de guarnición en Coloncito,  
pueblo panamericano arropado de tiernos pastizales,  
humedad y recio calor de Sur del Lago  
al paso de frescos vientos de pie de monte andino,  
siendo este lugar plano y arbolado de samanes,  
la población que cautivaría su corazón en el año 1960  
al ofertarle el amor de su eterna y bella esposa,  
Doña Lucia Salcedo,  
su remanso de vida, madre abnegada  
e infatigable trabajadora...

Pedro en su entrega al cuerpo vigilante de la Patria,  
es infatigable en su traza,  
anda y desanda todo el territorio  
respetando y haciendo cumplir órdenes  
de los superiores a subalternos,  
que exigían, y ellos daban más de sí  
con espíritu de trabajo y mística de servicio;  
y así deja sus huellas con carácter de la misión cumplida  
en su recorrer de tiempo de servicio  
por Campo Barinas, Guasualito,  
es escolta presidencial de Rómulo Betancourt  
y vigía en La Casona en plena época de guerrilla  
para retornar al Táchira,  
y viajar al Oriente,  
donde la gente es un don de sonrisas a algarabía,  
de paisaje verde esculpido de frondosas montañas  
y playas donde humedece sus ansias y temores,  
territorio continental agreste  
donde jóvenes soñadores hacen la guerra entre matorrales  
y Pedro siente las ráfagas de ametralladora  
en el Cerro El Bachiller  
y se asienta a responder férreamente con su amigo  
el sargento Pedro Bolívar de Valle La Pascua,  
y Pedro camina por Clarines en medio de montañas  
llevando a cuestas su ametralladora,  
vestido de hambre,  
comiendo enlatados fríos y sin hablar de política,

son saciados de alimento campesino  
 por una señora salvadora  
 de quien siempre estará agradecido  
 en medio de la tortuosa noche acechante de muerte;  
 y ya pleno de vida,  
 sale de la vegetación espinosa y tierra seca  
 para caminar por Caracas  
 y realizar un curso en Caricuao  
 que lo lleva a comandante,  
 y de ahí, jefe del Comando de Tovar en 1988,  
 lugar de divergencias con los mandos superiores del lugar,  
 para finalmente, encontrarse con El Vigía,  
 y su puesto de comandante de la guarnición,  
 que en sus cercanías, escucha el ruido estrepitoso  
 del pasar del progreso por el Puente Chama...

Es tiempo donde el Sargento Pedro Urrea,  
 ya en el umbral de ser jubilado,  
 lo trasladan a ser comandante del puesto de Mucurubá,  
 el frío y paisaje es reminiscencia de su pueblo añorado  
 hasta que en el año 1981 deja su traje de batalla por la Patria  
 deja de ser el guardia nacional,  
 la del *honor es su divisa*,  
 reservándose la reflexión de los tiempos actuales  
 en su mirada perdida más profunda y silente  
 con la tarde que brota fuego de sus entrañas...

La gracia del tiempo me ha permitido  
 retornar por el buen café de la familia Urrea Salcedo,  
 se de sus esfuerzos de emprendedor de Don Pedro  
 donde todos sus hijos han seguido ejemplo fiel,  
 llegando a ser trabajador de campo en El Cobre,  
 de su imposibilidad por sacar fruto a la noble tierra  
 que lo hace retornar a su Sabana Grande,  
 y después, mirar al Sur del Lago  
 procurando conseguir porvenir con la ganadería  
 en la ya consolidada Finca Ultimo Tiro  
 a orillas del Catatumbo,

donde finalmente abrió montañas vírgenes y baldías  
arrancando árboles y espantado guayacanes  
con sus fuertes manos y deseos de sobrevivir,  
defendiéndose de hombres perversos y ambiciosos  
que llegaron a quemar su rancho y pastizales;  
y así Don Pedro con encono vence dificultades  
en la Tierra Llana,  
tierra inhóspita y recia de hombres rudos,  
pero es tierra que goza del bien de Dios,  
su ganadería, sus cultivos de plátanos y frutales  
en medio del andar dinámico de su gente trabajadora...

He retornado a esa casa, que es como mía,  
la casa de Los Urreas de la Vereda 12 de la Carabobo,  
porque siento que los años permanecen estancados  
recibiendo el abrazo paternal de Don Pedro Urrea,  
que al verlo sentado recordar meditabundo  
en voz baja y dibujando el paisaje pasado  
que la Guardia Nacional quedaba en El Tamarindo  
y que El Vigía ha sido una aldea  
que se transformó en ciudad  
fruto del comercio, empresas y servicios  
por los "*hijos de las 20 mil madres del mundo*"...

Me reclino y lo observo,  
tomo el último café en medio del sopor  
caluroso de una tarde hermosa  
que ha permitido encontrarme conmigo mismo,  
sin dejar atrás los tiempos fracturados  
por días pasados de supervivencia,  
donde Don Pedro Urrea,  
sin saber que le profeso un amor paternal,  
me invita un nuevo café del hasta luego,  
y dejando que el último hilo de viento del recuerdo  
nos abrace con luz muy cálida de verano  
me va despidiendo con su voz grave  
que expele toda una vida transitada del buen hacer  
y ejemplo de todo lo bueno que un hombre debe ser,

que ama sin igual a cada uno de sus hijos y nietos,  
que ama en entrega total a Doña Lucia  
y con el rayo atardecido de la noche incipiente,  
se levanta del sillón,  
para decirme en medio de un infinito  
trago de café y reflexión:

*"Este país no puede perder la esperanza,  
aunque sea esperanza tardía, muy tardía..."*

Así ya en la vereda,  
mi vereda de tiempo atrás  
cuya acera de cemento gris vetusto  
se fusiona a mi piel como corteza de tiempo,  
cierra la tarde que se abre a la noche refulgente de Catatumbo,  
para despedirme con un abrazo agradecido  
y pedirte la bendición, Don Pedro...

## Forja marabina al son de gaita...

**A Da. Carmen Cristina Pérez Barboza**  
y las Familias Barboza, Rojas, Romero Bermúdez, Pulido,  
Urdaneta, Atencio, Finol, Morán, Pérez, Bracho  
y todas las nobles familias marabinas y zulianas  
forjadoras de la ciudad de El Vigía y del Sur del Lago.



La gran piragua de madera "La Preciosa", con blancas y triangulares velas, flota sobre las aguas del Lago de Maracaibo por el año 1895, al reflejo de texturas onduladas de aguas, escamas dulces salarinas por el viento que viene anunciando tormenta. Tormenta que transfigura a lo lejos la boca del río Escalante, tormenta que acrecienta en tamaño y densidad las gotas que caen sobre la superficie del techo de la nave, apuntillando con fuerza los maderos que parecieran fraccionarse por el repentino ataque lacustre que exige mayor fortaleza al bambolearse en las direcciones que el agua quiere a cada embestida.

Si la noche era oscura, más densa se tiñó de negro cuando llegó el momento de una comparsa furtiva de vientos huracanados, truenos y destellos refulgentes del Relámpago del Catatumbo. La gran piragua salta sobre las onduladas y encrespadas aguas, que como nunca se había comportando y pareciera buscar fondo del lago quien reclama a la nave, capitán y tripulación, los cuales estaban cansados de transitar y marcar con el timón sus trazos imaginarios sobre la gran piel de marisma por el continuo ir y venir desde Maracaibo y La Cañada, hasta Santa Bárbara del Zulia.

La piragua cruje mientras avanza hacia la nada, mientras el Capitán Emiro Barboza, con valentía y arrojo, se aferra al timón sin perder el rumbo entre el tejido infinito de gotas de lluvia que arrecian y atacan sus ojos que apenas vislumbran horizonte bajo la luz intermitente del rayo. Emiro es hombre de genio fuerte, piragüero que no se amilana ante nada, sólo a su Chinita por quien se arrodilla, y al asma, quien lo

doble que en ciertos momentos al intentar quitarle el aliento, como el gran bongo que se ahoga ahora de agua.

Emiro grita en medio de la turbulencia y gritos desencajados de su tripulación que al unísono hacen eco de ruegos:

- ¡Santísima Virgen de la Chinita no nos abandone!
- ¡Chinita! ¡Chinita mía!

Se inclina la piragua y en su investida, un marinero cae al agua embravecida y enturbia aún más la situación y los ecos desesperados:

- ¡Cayó Rafucho, rápido el salvavidas con cuerda! ¡Coño Julio moveeeteee y lanza esa vergaaaa...!
- Ya lo tienes arrástrenlo y súbanlo, apúrense...

Replica con profunda fe Emiro nuevamente:

- ¡Santísima Virgen de la Chinita no nos abandone!

Es plegaria escuchada en el cielo que se abre como el manto divino, pleno de brillo a la calma total en un escenario que expelía muerte absorbida por la fuerza sobrenatural del lago embravecido.

A la calma de la tormenta, los nervios acompasados de rezos y promesas por cumplir, mientras la piragua se explaya dilatando sus maderos cansados sobre las aguas por igual extenuadas de un lago que se va uniendo al río Escalante en su boca que perfila un túnel de espeso follaje de la selva tropical, inhóspita y entretejida de lianas, palmeras, mangles que dejan dormitar caimanes y boas adosadas a los grandes troncos húmedos que se clavan a la tierra fértil de los humedales sur lacustre teñidos de zancudos acechantes que ofertan fiebre amarilla, los monos cantores de miedo a las fieras que rugen al indio aún como pacífico transeúnte rivereño, mientras las guacamayas y loros anuncian las guayacanes y cuatro narices que con sus mordeduras espantaban toda intención de conquista de territorios donde los demonios de la naturaleza impiden que tomen a la fuerza su virginidad, y que en su fondo de dureza, se abre una extensa y bella

tierra que espera por amantes que la dobleguen a la luz del Relámpago del Catatumbo.

Espectáculo de hermoso e intrigante atractivo natural que con nuevo y esperanzador amanecer multicolor, es absorbido por la retina de Emiro que desde su maniobrar de timón, enrumba su piragua al marginal y desordenado puerto de Santa Bárbara. La piragua se coloca paralela a la "Santa Teresita" y la "Viena", que con sus líneas de flotación en el límite, anuncian que sus bodegas van llenas de sacos de café y cacao de Los Andes merideños y tachirenses, plátanos y frutas diversas, que con sus sabores y aromas plena el ambiente de muchedumbre con sus voceríos, gritos, mulas liberadas de cargas y mugir de vacas, que se niegan a subir las piraguas prestas a dar la bienvenida a tiempos de esperanzas de un futuro por venir.

Segura en el puerto "La Virgencita", Don Emiro Barboza, el capitán, el hombre vestido de ruana roja y verde con sombrero terciado, baja la rampa de madera y deja la huella firme de sus botas de cuero en la húmeda arcilla del puerto, ya seguro añora su Cañada de Urdaneta, estado Zulia, anhela su amor e inspiración de vida Doña María Dolores Boscán Bohorques, que tanto costó pedirla como esposa a Don Emiliano Boscán "El Ratón" y Doña Carlota Bohorques de Boscán, ya que por amor, hasta movía las nubes del azulado cielo con el viento que expelían sus agigantados pulmones y corazón enamorado.

Mira el cielo y en el concierto de luces brillantadas pareciera ver a su "Chinita", su virgen que le ha traído a puerto seguro y agradecido piensa en sus hijos Adelzo, Trinidad, Sara, Cesar, Cira, Rebeca, Emiro José, Simona, Vitelio y Josefina. Su gran prole por la cual el sacrificio era entrega de padre, eslabones devenidos de un amor que se magnifica en su pensamiento.

Emiro, enrumba su caminar por el pueblo de Santa Bárbara, sus casas de madera y palma, sus calles embarradas por el reciente vendaval y aún con los músculos tensos de su recién terminada travesía, premonición de buscar un cambio a la ruta de vida que trasiega sobre las aguas del lago. Así, cada paso sobre la tierra húmeda que el sol comienza a reseca, entre el pasar de hombres y mujeres sudorosos

que hacen brillar sus pieles grasosas y sus olores de trabajo que guían pasos de mulas y caballos, Emiro descubre al final de la calle enfilada al inmenso escenario de una llanura entre selva y arrabales, y sobre estos, el tejido de nubes de la alta montaña de los Andes merideños.

En esa dirección, la perspectiva de rieles ferrocarrileros se hace infinita hacia El Vigía, dejando ver el hilo tenue de humo de la chimenea del tren que penetra la selva y va surcando el escenario natural de la planicie sur lacustre. Fluye en Emiro ideas sobrevenidas de la tormenta que casi le roba la vida, siente la premonición y el llamado a la conquista de los territorios agrestes y salvajes.

Es la estación de Santa Bárbara, fiel testigo de una decisión que cambiara el destino de la Familia Barboza Boscán, siendo el timonero Don Emiro, el capitán de la piragua "La Virgencita", uno de los conquistadores que a finales del siglo XIX, con luces del siglo XX, decide enfrentar con arrojo y valentía, poseer de amor, trabajo y desarrollo, la inhóspita y selvática llanura aluvional.

Asentados los Barboza Boscán en el Kilómetro 15, cercano a la traza de la ruta del tren, consolidan la finca "La Chiquinquirá" con casa de tablas levantada de pilotes, corredor y paredes de dura madera aserrada de laras y techumbre de zinc, vecina de otra de bahareque y palma de culata. Emiro con su fuerza e ímpetu conquistador de territorio es doblegado por el asma devenida de los contrastes climáticos de intensas lluvias, sol y alta humedad. Aún así, con obreros guajiros y colombianos los salvadores del desarrollo y de la labor agropecuaria, logrará hacer espacio a la selva con cada brazada donde el machete y el fuego forjan potreros vestidos de verdosos pastos y blanquecino ganado cebú. Cada día es un avance a la oscuridad de la selva, y la finca lega a ser hacienda y la hacienda en futuro de desarrollo y prosperidad. Pobre de los incautos y envidiosos que al pasar por las estepas productivas generadoras de riqueza, donde el pasto deja ver los puntos blancos del ganado pastoreando, no reconocen la fragua del sudor, el sacrificio y la valentía de miles de hombres y mujeres que han fructificado en tierra fértil, los dones y la oportunidad que el Dios les ofreció. Merecido su reconocimiento ante la perturbación que genera el temor a la apropiación indebida.

Las fuerzas minadas por el asma de Don Emiro, hacen que Doña María Dolores asuma el rol de llevar los destinos de "La Chiquinquirá", y bajo su dominio, cual Doña Bárbara, es la vigilante y protectora de todos sus hijos, algunos ya adolescentes, enamorados desde La Cañada de Urdaneta. Es oportunidad de alianzas, oportunidad de extender ámbitos de acción estratégica devenidas del amor, generándose un entrelazado con los Barboza Boscán, apellidos de nobles familias como los Pérez, González, Morán, Parra, Contreras, Rubio, Rodríguez y Carroz.

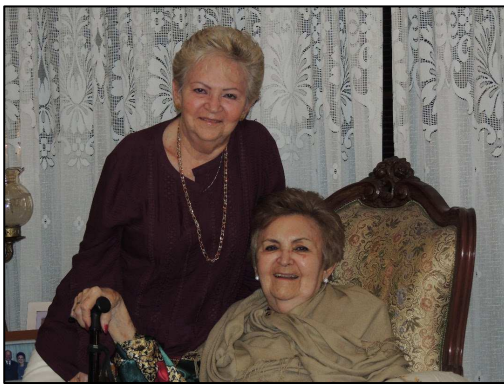
De el tejido de amor zuliano bajo el manto de La Chinita, surge entre muchos nietos de Don Emiro y Doña María Dolores, Doña Carmen Pérez Barboza, quien plena de sur del lago, esculpe las montañas andinas en el año 1945 para sobrellevar el paludismo contraído y dejar que el valle del río Chama, en la Mérida de otrora techos rojos, y eternamente culta y universitaria, la recibiera junto a su fe plena en la Virgen de la Chinita. Devota como toda la familia zuliana, su tío José Trinidad, mentor de profesionales de la familia, hacen de cada 18 de noviembre un día de plegarias y agradecimiento por los dones recibidos de una virgen fusionada en sus espíritus cristianos zulianos extendido por los cielos del mundo.

Son las calles del sector El Sagrario en El Espejo y el centro de la ciudad emeritense, espacio para que el "flechazo de Cupido" hiciera la fusión por matrimonio en el año de 1952 de dos almas, Doña Carmen y Don Melecio Rojas Torres. Amor cautivado de las alturas de Aricagua en los Pueblos del Sur por el amor luminoso del sur del lago; amor redimido, fiel y bendecido que dio respuesta al "ver qué van a hacer" que duró 57 años de felicidad bajo los designios de los maduros horneados y amarillos sabor a tierra fértil; amor que dio frutos en Nilda Cristina, Luz Marina y José Rafael. Amor que entrega sus días y noches en el "Supermercado Rojas" entre la 2 y la 3 de la ciudad de Mérida, y la responsabilidad asumida en "La Chiquinquirá", donde José Rafael, casado con Beatriz Gil, lleva la responsabilidad heredada de historia y ejemplo de familia que espera ser recaída en Ricardo José, tataranieta de Emiro, el piragüero, el visionario que creyó en la tierra fértil y grande del sur del lago, que de tanto creer, dejó su alma y cuerpo sembrado en su suelo arenoso y húmedo.

Ahí, bajo la luz del Relámpago del Catatumbo, Doña Carmen en su piel histórica zuliana, la de la familia Barboza Boscán, en representación de todas las familias zulianas, es testigo de los días duros bajo el intenso sol, las noches alumbradas de esperanza que a cada amanecer dieron el fruto bendecido por La Chinita, su Chinita, nuestra Chinita, como lo decía Emiro:

- ¡Chinita! ¡Chinita mía!...

Bendecida seas por siempre, entre la gaita marabina y el espíritu emprendedor de tu majestuoso pueblo zuliano.



*Da. Carmen Cristina Pérez Barboza en el entorno familiar devenido del amor con su esposo D Melecio Rojas, su hermana Yolanda Pérez Barboza, su hijo Ricardo Rojas Pérez, yerna Dra. Beatriz Gil de Rojas, hijas y nietos.*

## La salud vigiense se viste de modernidad

Al **Dr. Luís Enrique Arellano Moreno**  
y todos los médicos forjadores de la medicina en El Vigía

Vestido de blanco,  
el hombre de bata emana  
la sapiencia de un hombre sensible,  
que procuraba dar vida y garantizar salud a los  
vigienses  
que viven, aman, sueñan y trabajan  
formando luces de futuro de un pueblo  
donde el vibrante puente Chama  
será testigo olvidado de una ciudad  
que crece despeinada frente al espejo de la anarquía...



Vestido de blanco,  
el hombre de bata abraza espiritualmente  
la esperanza de retornar la buena salud  
a quienes pasan a ser sus pacientes  
en el antiguo dispensario de salud de la calle 3,  
grande casa azulada, con corredores y techos de teja  
que absorbe dolores, recibe los niños vigienses,  
alberga alegrías y espanta tristezas  
que vienen de los campos, las pozas,  
las plataneras y potreros inundados  
donde el anófeles inyecta la ardiente fiebre amarilla,  
los parásitos inflan los estómagos para elevar niños al cielo,  
las venéreas reinan en los prostíbulos del Tamarino o El Cariño,  
la gripe que emergía  
después de los torrenciales aguaceros sur lacustres,  
la desnutrición exponía los huesos vestidos de pieles,  
las balas que surcaron los horizontes de la afianzada violencia,  
o las cortadas por choque de machetes de hombres recios  
que no se doblagan

a ser débiles ante las adversidades o la ofensa indebida...

El dispensario olía a mastranto, quesos, plátanos y frutas,  
el consultorio exponía dulces multicolores en frascos de mayonesa  
y la imagen de José Gregorio Hernández  
inspiraba la buena receta que el bachiller Ramírez sabía interpretar,  
la compasión vencía la impotencia de la emergencia médica  
y la solidaridad es gentil ante los más desposeídos vigienses  
y los agitados campesinos sudorosos  
que no pudieron advertir el ataque imprevisto del "guayacán"...

El Dr. Arellano Moreno, cultivado de medicina  
heredada en la Universidad de Valladolid, España,  
sembró su amor en Da. Ana Clotilde Gámez de Arellano  
para cosechar una brillante estela de amantísimos hijos  
cuya fragua de éxitos cívicos, universitarios y agropecuarios,  
tienen profundos cimientos vigienses...

Admirado, emprende por dejar la antigua casa dispensario  
para forjar el proyecto de un mejor servicio sanitario  
exigido por una población deprimida  
y juntando querer y hacer  
logró inaugurar el Hospital de El Vigía,  
y vestir de modernidad el sistema sanitario de la Tierra Llana  
y dar más amor a los necesitados,  
anhelo y ejemplo por sus desvelos con que abrazaba a sus pacientes  
brindando fraternidad, sapiencia médica y solidaridad  
al pago de la mejor sonrisa de un niño,  
la mirada perdida y taciturna del anciano,  
la madre que lo bendecía  
y el humilde campesino cuya moneda  
expresaba agradecido un "Dios te pague"...

Vestido de alas blancas,  
el Dr. Arellano Moreno camina por el espacio infinito,  
donde las nubes lo cubren como inmensa blanca bata  
que se arropan de tejidos de luz tropical  
proyectadas en cada una de las habitaciones

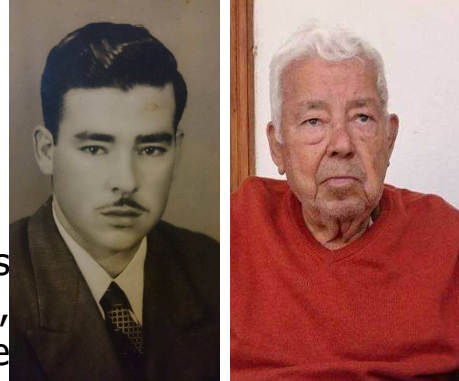
donde los enfermos solicitan médicos  
que tengan la estatura del saber y la fraternidad  
que tanto se requiere en tiempos dramáticos y pandemia,  
la oscuridad opaca la pureza de las batas blancas...



Dr. Luís Enrique Arellano Moreno en la inauguración del hospital de El Vigía por parte del Presidente Raúl Leoni y Da. Menca de Leoni; y en compañía de Da. Ana Clotilde Gámez de Arellano, una de sus hijas y nietas.

## Apertura de mejores horizontes desde la España de mediados del siglo XX...

A *D. Marcos Ventosa Cano, D. Carlos Fumero* (Fotografía)  
y todos los españoles forjadores  
de la ciudad de El Vigía y del Sur del Lago



Te canto oh! Madre Patria, a los españoles peninsulares y canarios, a tu Velázquez, que es del mundo, quien pintó el alma de una corte e Imperio Español venido a menos, con un Cristo que sufría con los clavos de la incomprensión, mientras ampliabas tus horizontes de dominio sobre el inmenso Nuevo Mundo; te canto oh! Madre Patria, la que aún esta adolorida por el millón de muertos de una guerra sin cuartel que aún tiene heridas imborrables; Te canto oh! Madre Patria, con el canto desgarrado de Lorca que a las cinco de la tarde, lloraba como se cierra una tarde de toros, vestida de negro y profundo dolor; Te canto oh! Madre Patria, la de los años cincuenta, que desde tus puertos viste partir a tus bien amados hijos, a las tierras distantes donde el sol es más esperanzador...

Te canto oh! Madre Patria, la que has sentido el reposado andar de un hombre joven, como muchos, en las fibras más profundas de su alma, que sobre cada paso en el granito milenario se escucha el intenso eco sobre el suelo humedecido y fértil de los ríos Eresma y Clamores, ahí en el mismo corazón de la España profunda; sobre el Ebro que aún está teñido de rojo sangre y viste de tristeza al Mediterráneo; el Duero que va a plegarse de humedad por tierras lusitanas y dejar en el Atlántico, los dolores españoles sobre un suelo árido y empobrecido; el Turia que arrastra la dulzura de los naranjales; a las aguas que bajan de las nieves del Teide para sembrar alegría en los espíritus de los canarios; el Guadalquivir, que humedece olivares y viñedos, donde salió la fuerza y explotación que a su retorno navegaron los lingotes

fundidos de oro y plata traídos de ultramar; y a tanta riqueza, entre guerras y tratados de mala navegación por mejores horizontes, el brillo de sus altares se perdió en la misma pobreza de un pueblo que se torno emigrante sobre los tiempos tristes de mitad del siglo XX.

Te canto oh! Madre Patria, donde el caminar lento de un hombre joven español, se posa en la plaza Azoguejo, donde la pantalla de altos arcos del Acueducto de Segovia acredita la imponencia en altura e ingenio de la ingeniería romana. Es pararse y sentir los olores que de los mesones y casonas que le circunscriben por cada calle del casco antiguo de la vetusta ciudad, y que desde la misma Plaza Mayor, sale el olor a pan de trigo que emerge de los sudores de la inmensa meseta de Castilla y León, el queso fresco, ahumado y el cochinitillo tierno que nubla las calles curvas que surcan hacia el Alcázar de Segovia, y tras de sí, un hombre segoviano, que en medio de los años cincuenta, va sintiendo profundamente en el desgarrado corazón el tener que decir adiós a su familia, a su amor de mujer, a sus piedras de vida que se funden en la alta muralla circundante de la montaña donde reposa la ciudad con el silencio de los muros que han absorbido eternamente la expulsión de los judíos; y así, entrar silencioso para mimetizarse al perfil imponente de la Catedral de Santa María, atravesar las arcadas del Monasterio de Santa María del Parral, sentir con sus manos la textura del paredón frontal de la casa de los Picos, y pararse a contemplar desde lo alto del campanario, el tejido de techos de una ciudad que se desvanecerá en su memoria que abstrae su meseta vestida de los hermosos textiles de paños medievales, del trigo y la cebada, de los blancos cortijos y los tiempos de rezos y cofradías de Semana Santa, la festividad de San Frutos, su patrón y patrón de Segovia... es su terruño, *tierra segoviana, es la misma España, donde la mayoría de españoles pobres, deshacen en sus manos los terruños de la Madre Patria y partir en cientos a buscar lo que su tierra fecunda y fresca no puede cubrir en el alma de un hijo adolorido...* que tiene que difuminarse en un lienzo del dolor mayor ya plasmado por Goya.

Así, el segoviano, que representa a los miles de españoles que dejan con grande nostalgia su España semiderruida y sobrevenida en más de un millón de muertos, sobre la conciencia histórica de un pueblo fraccionado, uno callado y otro victorioso, es la patria del Generalísimo

y la Madre Patria, que en ese momento de su historia, no encontraba oportunidades para darle lugar de progreso a sus jóvenes, a sus hijos que tienen que partir como emigrantes en lontananza a tierras promisorias muy distantes, mientras España se fortalece y emerge de sus propias ruinas... ¿Dónde ir? ¿Dónde trazar el rumbo de un mejor horizonte? Y el destino marca en la brújula de ese joven, a la Tierra de Gracia, donde no abra conquista a espada y fuego, sino sacrificio de perseverar y trabajar y donde la cruz cristiana, se acrecienta en el sudor de la esperanza por un mejor vivir.

Y el segoviano partió, cimentado en su fortaleza de hombre de bien, dejando atrás, el fluir de su sangre por los canales de las piedras milenarias de los sillares de granito del majestuoso acueducto, para partir a tierras desconocidas de la América inmensa e indómita; y sobre el buque de la esperanza cruzó la Mar Atlántico del Gran Almirante, incognito, acechante, tormentoso e indomable, como el alma de navegante sobre las espumas de procurar construir sus sueños de vida.

Solo tomó el tren, solo tomó el buque, y con él, su maleta tradicional de emigrante, la de cuero que a cada esquina lleva las oraciones y bendiciones de su madre y padre, su mujer y de toda Segovia. Era una apuesta de bien y sueño por abrazarse en la nueva tierra por descubrir. Solo se enfrentó al bamboleo infinito del Océano Atlántico y las gaviotas blancas del Nuevo Mundo lo abrazaron con su plumaje en el puerto La Guaira; avanzó por tierra firme y entró a Caracas y fue el Barrio de La Candelaria quien le abrazó entre paisanos para afinar su brújula de trazarse su propio destino.

Un paisano le dijo: segoviano, camina y deja huella, navega y deja trazos de espuma, móntate en el autobús y grábate el sendero para no retornar, pero mira hacia el occidente y cruza el verde, imponente e inclemente paisaje de Venezuela y si te encuentras un puente de acero que surca el recio río Chama para. *¿Y porque he de para?* Porque en esa tierra agreste, hay algo en una aldea que se llama El Vigía, que tiene provisión de labrar futuro y tiene potencial.

Y el hombre español, solo, cruzó el territorio virgen y, solo, encontró el puente tembloroso donde se percibía futuro, cruzó sus filigranas y diagonales, sus cuatro arcos, se humedeció del Chama y el follaje intenso de amplio horizonte y oportunidades del Sur del Lago. Y solo bajó del autobús en la alcabala, cercana a la Bomba Iberia y Bomba Cañón, que abría el paisaje de rancherías que surcaba una terrosa calle hacia la planicie donde El Tamarindo era el centro ciudadano de la pequeña aldea. Y solo con su maleta, descubrió a El Vigía donde el sol era potencial a una mejor vida entre las limitaciones de una tierra agreste que se abría a un mejor mañana. Y solo caminó por las calles de tierra y las humildes casas de bahareque y zinc, de muchas puertas y altas ventanas que daban paso al zancudo y la fiebre amarilla. Y solo, por años supo secar sus sudores del intenso calor y humedad, para establecerse cerca a la pequeña ermita de la aldea, con los arrieros de café, plátanos, frutas y olor a ganadería en expansión que veía pasar todos los días en que abría las puertas de su prospero negocio.

Y el español sería referencia de los buenos pasos de la historia vigíense, de la calidad de sus productos ofertados, de la amabilidad y su educación, de una eterna sonrisa que satisfacía de gozo en la compra a sus clientes, cada día más, como más era su prosperidad, fruto de su trabajo y su tesón. Hombre fuerte en espíritu, inmensa su alma de entrega forjadora, profundo y sincero su amor que mantiene presente a su Segovia y su familia en medio de un espacio rural de imponente naturaleza de vida en el Sur del Lago de Maracaibo, bajo la luz refulgente del Relámpago del Catatumbo.

Rica tierra, donde la aldea ya transformada en pueblo pujante, sorprende con la humildad edificada contrastante con su Segovia histórica, sembrada en la amplia meseta, ya dejada atrás. Tierra esperanzadora bajo la guía del santo que descansa en la pequeña capilla de la Calle 3, la cercana capilla que bendecía cada apertura de venta de todos los días, transformándose en la catedral de sus buenas esperanzas, donde ese larga calle unifica la España peninsular y las Islas Canarias, desde Zapatería La Colonial hasta la plaza Alberto Adriani con su Arepera Pancho Villa y su eslogan, *si no te hace sudar la has de pagar...*

Y el español, como todos los españoles ya vigienses, que unidos a sus mujeres e hijos, son demostración de familias ejemplares, sencillas y de noble corazón; que unidos hacen que el sacrificio tenga recompensas en el labrar del tiempo, del sudor trabajado desde el amanecer hasta el anochecer de la vasta planicie surlaguense y de fervor ciudadano compenetrado con la noble tierra que les cobijó.

Y los años pasaban y el segoviano transformó a su gran Segovia, como el valenciano a su histórica Valencia, el madrileño a su capitalina Madrid, cada uno con su tierra española en el alma que se entretejía plena de amor y agradecimiento, a su nuevo terruño transformado ya en ciudad, la ciudad de El Vigía.

Bebieron agua fresca de la mina y no retornaron a sus suelos natales en la prosperidad, aunque el histórico granito y sus muros de sillería de sus majestuosas catedrales, los reconocieran, ya en sus tierras españolas se sentían extranjeros.

Y es que los españoles cayeron bajo el embrujo del intenso sol, se fundieron en la dinámica de la creciente y otrora aldea, ahora ciudad que conquista espacios a la planicie aluvional, que con sus frescos amaneceres y calurosos atardeceres ya esplendorosos, lograron transformar sus negocios de comercios diversos, en recintos de confort, gusto, clase, cultura y estilo, a los continuos visitantes que les apertura futuro en los amaneceres de todos los días. Donde el trabajo ha sido su única insignia, que en los días presentes, es tomada por sus hijos que han heredado el buen ejemplo de ser ciudadanos de bien.

Españoles hechizados por la eterna luz radiante donde ahora se encuentran habitando, contemplando atardeceres o donde sus cuerpos están sembrados y fundidos ya en la noble y agradecida tierra que hoy les cobija, siempre con el brillo y ejemplo naciente de mejor esperanza y prosperidad que se funde entre los ríos Chama, Onia y Catatumbo.

En su memoria, abrazamos los vigienses agradecidos a todos los españoles que creyeron encontrar en esa antigua aldea, que tenía algo en su esencia de tierra que abraza al visitante y que llamaba a

quedarse, la ciudad de El Vigía que desde lo alto de la planicie de Las Colinas se transfigura con la hermosa meseta de Castilla y León, con el perfil de Tenerife y su imponente Teide desde las profundidades del Atlántico, con los sembradíos de naranja de la Valencia del Cid, los humedales del Ebro, las montañas revestidas de neblina de Galicia y el País Vasco, o las ardientes planicies tejidas de olivos de Andalucía, que desde la tierra misma de la España profunda, sus buenos hijos han dejado sus miradas talladas en El Vigía y delineadas de brillo en Venezuela, en la misma trama del Barrio El Carmen, Barrio La Inmaculada, Barrio San Isidro, El Tamarindo y la imponente planicie del Sur del Lago, una ciudad transformada, desorganizada, fuerte e indómita en su carácter.

Ha sido y es El Vigía, la ciudad de su eterno amor, su terruño, el suelo surlaguense que cobija a sus hijos y nietos en su seno, los españoles que se fundieron en esta tierra de querencia, donde transitan sus calles orgullosos y vuelan sus espíritus como ángeles inspiradores que pintan hermosos atardeceres dibujados en las líneas delgadas del reticulado puente y la eterna ermita, que albergó sus primeras plegarias donde la Virgen del Perpetuo Socorro los cobijó, sintiéndose ahora, un ejemplo de vigienses y venezolanos...

## Forja con el sombrero terciado y vallenato...

A D<sup>a</sup> Carmen de Villamizar,  
las Familias Sánchez, Diegó, Montilla, Suárez  
y todos los ciudadanos colombianos forjadores  
de la ciudad de El Vigía y del Sur del Lago de Maracaibo



Mamá Carmen,  
eres pequeña en tu estatura física  
todo un inmenso universo de grandeza de mujer,  
como las mujeres que dan el alma por su familia,  
su credo, su país añorado, su entrega por el nuevo,  
y dejar atrás, todo lo anhelado de la patria grande  
la eterna y magnánima Colombia  
que se transfiguró por la pica de la frontera,  
el puente amargo en Boca Del Grita,  
las frías montañas tristes por Ureña o San Antonio  
a su paso por Cúcuta,  
en medio de una aridez humedecida  
por el dolor de los desplazados de la guerra de guerrillas  
y la pobreza tejida sobre tierras hermosas y fértiles  
perteneciente a muy pocos y trabajada por muchos;  
esquivando el maltrato de los cuerpos de seguridad  
y la prepotencia del nativo,  
donde muy pocos entendían el sentido de solidaridad  
por la desesperanza de un gran pueblo hermano,  
donde el salvar la vida y escapar a la acentuada pobreza  
los traería a esta próspera tierra nueva  
que vislumbraba calma y oportunidad  
para cosechar la forja de la vida digna de sudor y trabajo,  
bajo el calor y luz agotadora de ardiente sol  
del Sur del Lago de Maracaibo...

Mamá Carmen,  
eres todo un inmenso universo de grandeza de mujer,  
y como todos tus paisanos son una excelsa cosecha  
con olor a papa de los altos páramos de Pamplona,  
con color y dinamismo al viento de las flores de Medellín,  
con la alegría del vallenato del Magdalena Grande,

con el amor de un bambuco por la sierra de Santander,  
con el brillo único de esmeraldas de Muzo y Concuez,  
con el aromático café y frescor de bambú del Valle del Cauca,  
con el aroma a mastranto de los llanos por Villavicencio y Meta,  
con el rostro negro, mestizo y blanco desde Cartagena a Bogotá  
ahí mismo, donde la educación y cultura tiene oro y esmeralda,  
con el rostro sudoroso de la laboriosidad de sus hombres  
de carácter indomable a la desdicha bajo el sombrero terciado,  
con el rostro hermoso de sus bellas y sensuales mujeres  
y la bendición de su eterna mirada... Mamá Carmen,  
así llegaste con Don Jesús Villamizar Castro  
a la Calle 9 del Barrio La Inmaculada  
y solo una cerca de alambre divisó el amor,  
éste que sería indivisible en el tiempo...

Mamá Carmen,  
eres todo un inmenso universo de grandeza de mujer,  
y me tienes aún prometido que  
*"más allá del sol, tengo un hogar, bello hogar, más allá del sol"*,  
que entre churro y churro de harina y azúcar,  
tengo presente que fui niño artista,  
ayudante en tu humilde patio,  
siempre pleno de alegría y esperanza,  
de la forja de marcos de cuadros con carbón  
que escondieron tu dolor a la partida de Don Jesús,  
del desencofrado y pintura de marcos de yeso  
que absorbieron tu dolor mayor a la despedida  
de tu ángel vigíense, Marlene y Chuchin,  
y te hiciste grande ante la penuria donde Jehová te fortaleció,  
y fuiste un fuerte samán  
ante el ventisquero y a los amaneceres tristes,  
y siendo ave debilitada, nos diste tanto amor  
que lo he tallado como flor de luna y sol todos los días...

Mamá Carmen,  
eres todo un inmenso universo de grandeza de mujer,  
y bajo tus inquebrantables alas de madre  
Gerardo, Chavela, Edgar y Cherry

son gigantes de espíritu noble, trabajador y solidario  
en medio de la cultura gastronómica vegetariana,  
ejemplos vigienses, teñidos del gentilicio colombiano,  
como la fragua constructora de Don Carlos Diegó,  
lo emprendedor de Don Alberto Montilla y su Súper Tamarindo,  
la forja metalúrgica de Don Jesús Suárez y su Industria Micron,  
el dinamismo y belleza de la eterna Doña Marina Sánchez  
y la entrega laboriosa de miles de colombianos anónimos  
que con sus brazadas abrieron brecha de futuro en el Sur del Lago  
en medio de muchas injusticias y pocas alegrías  
en medio de potreros preñados de guayacanes  
en medio de plataneras humedecidas de esperanzas  
en medio de pequeñas y medianas industrias  
que en el tiempo son el vivo ejemplo de lo que es hoy El Vigía,  
y sus pueblos circunvecinos aún son puertas abiertas  
al amor y entrega dinámica del pueblo colombiano,  
ahora amantes más que nadie de la planicie sur lacustre,  
porque sus hijos son el vivo ejemplo  
de lo que sus padres labraron en el tiempo  
a costa de sacrificio, rectitud y entrega, por demás,  
bajo el amparo del Relámpago del Catatumbo,  
y tú Mamá Carmen,  
que eres todo un inmenso universo de grandeza de mujer,  
me abrazo a tu cuerpo de Madre, porque Yoston Jaime,  
te ama como igual te amo,  
agradecidos de ser pilar en el desastre,  
madero en las aguas turbulentas del río Chama,  
y más, por convencerme que hay un Dios Supremo,  
llámese Jehová o Jahweh, Alá o Buda,  
y fuiste un ángel que nos encaminó  
con sabio consejo inspirador a ser lo que hoy sabemos ser  
desde tu casa grande de la Calle 9 que fue mi hogar,  
extensión de lo han sido todas las casas  
de mis hermanos colombianos  
de La Inmaculada, San Isidro, El Carmen y La Carabobo...

Mamá Carmen,  
eres todo un inmenso universo de grandeza de mujer,

eres siempre mi otra galaxia de amor en el tiempo,  
y te bendigo desde lo más profundo de mi alma,  
eres... Mamá Carmen,  
Mamá Carmen...en la espera segura que me guiarás  
*"más allá del sol, tengo un hogar, bello hogar, más allá del sol"...*

## Forja italiana con humedad del Mediterráneo...

A **D. Vincenzo Bucci Nacaroma**,  
las familias Ciarriochi, Orfanelli, Di Vito  
y todos los italianos forjadores  
de la ciudad de El Vigía y del Sur del Lago



El sol abraza y forja las manos laboriosas que construyen esperanzas en tierra fértil sur lacustre, espacio ardiente donde el Chama ama y agita los brazos de luz transformados en el Relámpago que cobija a la ciudad de El Vigía; y energiza el extenso territorio aluvial, donde dormitan las plantaciones de plátano y se despierta con olor a mastranto y frutas, mientras su gente a cada amanecer, van dejando huellas en su andar para crecer día a día y tejer porvenir a base de emprendimiento, dinamismo, carácter y cálidas voluntades de futuro...

La esperanza tiene arraigo, más cuando hay necesidad con estómagos vacíos, infértiles y áridos campos con derruidas ciudades donde los vientos huelen a pólvora y cadáveres andantes. Inmigrante es símbolo de dolor y valentía, arrojo que afronta la cruda realidad de la vida para sobrevivir o fenecer.

Fue una fuerte decisión de millones, el partir a lo desconocido y ser navegante de un destino incierto en los tiempos de post guerra cuando Europa estaba exaltada de dolor y drama, teñida de sangre por la eternidad en las almas que fueron presas del inmerecido odio, y la maldad sobrevenida por ángeles del mal, vestidos de esvásticas y camisas negras que hicieron posible el superior dolor en millones de seres humanos cuyos nombres son inmemorial en campos de concentración y de guerra. Sus cargos de conciencia los coronan con hilos de alambres de púas, ciudades arrasadas, campos incendiados y más de cincuenta y cinco millones de muertos. Un muerto representa a millones y cincuenta y cinco son la cumbre de la deshumanización

envolvente de seis millones de existencias vestidas de trajes raídos de rayas grisáceas que en Varsovia, Auschwitz, Terezín, calles o muros de París o Roma, fueron rejas donde estuvo recluido Dios con Moisés, y el Jesús y María de Miguel Ángel; la impotencia de San Pedro Alejandrino. Cada piedra de la tectónica de Italia sucumbía sobre su misma historia del frustrado y prometido imperio fascista...

Multiplicada la obra de *El Infierno* de Dante Alighieri, emergen como brazos y bocas abiertas que gritan los ecos de drama desesperados que rebotan por murallas que entretejen la historia milenaria del territorio adolorido y mancillado de Italia; es el documental que dirigió la ambición de un solo hombre transformado en títere del dictador mayor de Alemania. Cada amanecer, eran sol rojo de pizzas secas que escondían la luna desvanecida sobre el cielo negro de desalientos...

Desde las Américas llegaban las resonancias y cartas desesperadas de amor a la gran madre Italia, donde sus hijos transformados en familiares y paisanos de la península y sicilianos, invitaban a redescubrir lejanas naciones donde tenían los brazos abiertos para aperturas de horizontes de forja y prosperidad tropical en México, Argentina, Chile, Brasil o Venezuela, país donde el petróleo perfila horizontes de riqueza y hacer lo nuevo de una venezolanidad que está ansiosa por cambiar y renovar sangre, fundir razas y hacer crisol de genes.

Venezuela, ha sido y es tierra franca de amor, cobijo, oportunidades y progreso; lugar donde las guacamayas multicolores emergían de las montañas costeras que arropaban al puerto de La Guaira, cantaban con algarabía las bienvenidas tributadas a los cansados viajeros que se deslizaron sobre el Océano Atlántico en barcos de cuero y madera, una maleta de sueños y una larga lista de proyectos de esperanzas, donde el melódico acordeón italiano, se vino a fundir con el arpa llanera...

A los primeros rayos del sol sobre el horizonte de la costa venezolana, los inmigrantes quedan impresionados por la conquistadora riqueza de colores y texturas matizadas de verdes, amarillo, azules, rojos, anaranjados que se funden con las sonrisas y miradas de color castaño de los morenos nativos entrelazados pintaban el primer cuadro visual

de Venezuela pincelada en el cerro El Ávila. No será la Casa Guipuzcoana, la que registre la exportación del café y cacao colonial, sino el puerto de la Guaira, la que redactara la nueva página de la historia de Venezuela y la bienvenida grata y prometedora en cada uno de los inmigrantes que han venido a *venezolanizarse* y hacer suya la nueva patria.

Españoles, portugueses, alemanes e italianos, entre otras nacionalidades adoloridas, traerán Vincenzo Bucci Nacaroma, atractivo joven italiano, pequeño y delgado, blanco y elegante que proyecta su verde mirada en el natural y fresco verdor del paisaje de Venezuela.

La mente de Vincenzo Bucci Nacaroma se disipa en la perspectiva de melancolía del Mar Caribe, deja caer una lágrima y reflexiona que hasta no edificar un futuro de bien no abra retorno a su pequeño pueblo de Contacto, provincia de Bari en Italia.

Así Vincenzo, con agilidad de gladiador italiano salta la imponente montaña, se viste del gentilicio caraqueño y corre al yaracuyano San Felipe. Bajo sombras frondosos de imponente samanes y palmeras de chaguaramos, ejerce de barbero y con su trato gentil y educado, cosecha amistades con olor a caña de azúcar y flores tropicales mientras el paso de manadas de verdes loros, con un paisano, en un atardecer de proyectos suben el autobús del destino en búsqueda de la *tierra llana* del sur del lago de Maracaibo. Tierra donde todo está por hacerse con las proyecciones de desarrollo que brinda la Panamericana y donde quedará cautivado por un recio pero hermoso paisaje que se entrecruza con las filigranas del puente Chama, el canto de monos en la espesura de las selvas, los zancudos y guayacanes que persiguen a incautos y las chalanas que flotan sobre el río Escalante para llevar la carga de sudores andinos con olor a café y traen vientos de modernidad desde Maracaibo.

El amanecer es frío, pero al mediodía hierve el metal del autobús que busca lo zuliano por la polvorienta carretera El Vigía a Santa Bárbara del Zulia. No resiste la dureza del maltrato pero se enamora de lo que la naturaleza le regala en sus verdes y soñadoras retinas; y mientras gana distancia, recibe las resonancias del mugir del ganado empotrado

en las espigas de pasto, el jinete que busca sombra bajo las laras y jornaleros que cosechan los nuevos potreros que ganan espacio a las inhóspitas selvas que se hidratan del río Escalante y humedecen de riqueza de esa inmensa planicie sur lacustre.

Santa Bárbara es apenas un rancherío. Vincenzo ha llegado a su destino y junto a su paisano se despide en una inundada camisa de algodón que le esconde sus propios temores. Recorre el desordenado y alborotado puerto rivereño donde las curiaras de madera se hinchan de café, plátanos, ganado y frutas; se visten de coloridas telas de las guajiras que embellecen el recio espacio donde la hombría y la falta de educación florece entre hombres y mujeres que batallan el día a día contra adversidades de lo natural, donde predomina lo zuliano y disminuye su presencia lo andino.

Vincenzo camina por una polvorienta calle que forma como muralla una fila de casas paralelas de paredes de bahareque con techumbres de paja, algunas de zinc y muy pocas de teja; y al final la vetusta estación de ferrocarril, de la cual aún dejaba la herencia de una estela de humo imaginario, le perfiló un llamado indirecto de más oportunidades en el pueblo de El Vigía.

Santa Bárbara lo atrapa con su fiera forma de vida del sur del lago; deja transcurrir seis años, y se mimetiza musió, mezcla el italiano con el maracucho, come patacones con fresca carne y mana manas que saltaban en su plato; mientras extasiado queda pregnado de amor por la venezolanidad de la hermosa Ana Rita Márquez. Enérgica dama nacida en Palmita merideña, pueblo posado sobre lomas y colinas, y quién será testigo de su buena y trabajadora hija enamorada, atrapada por el delgado galante italiano que queda hipnotizado y apasionado al rítmico andar de su musa.

El amor envuelve, el amor florece, el amor se hace realidad, es futuro y es vida de dos en uno hasta la muerte; el amor es la mejor arma de Dios, la unión de dos seres que forman una familia y engendran los hijos de bien. Así Vincenzo y Ana Rita se casan y se transforman en un solo amor que perfila eternidad.

Tomados de las manos con corazones enamorados, felices corren por sobre los rieles por donde circulan ruedas cubiertas de rosas rojas y vagones hechos de vástago y plataforma de hojas de plátano del tren que va desde Santa Bárbara hasta la estación final ferroviaria de El Vigía.

Al establecerse en El Vigía, los amantes no escapan al calor, el cual es sofocado por las brisas frescas del piedemonte andino que les da bríos de juventud para consolidar un restaurante tras el Iberia, donde anuncia a voces la pizza, el calzón, el pan siciliano, el pabellón criollo y la energía de enamorados que proyectan prosperidad.

Luego, los jóvenes que son dos en uno, emprenden el oficio de hoteleros en el Hotel Troya frente a la plaza Bolívar, y desde la cercana iglesia vigiense, la patrona Nuestra Señora de Perpetuo Socorro bendecirá el hogar de los Bucci Márquez con hijos que resumen dos tierras, dos culturas, dos formas de vida y las unifican en los variados tonos de verdes, azules y castaños de los ojos de José Vicente, Sergio, Miguelino, Ítalo y María Ana.

Miguelino, amigo que en el pasar del tiempo y distancia, abriga de felicidad mi alma de hermano que se sembró en la infancia y juventud; donde el estudio, ajedrez y fútbol eran la triada de nuestras existencias del gentilicio vigiense. Mucho que agradecer...

Frente a bullicio del tráfico de la Avenida Bolívar, el sonido de las ambulancias del hospital en el barrio San Isidro y teniendo como fondo el cementerio Municipal de El Vigía, la vida transcurre en él para bien de sueños y proyectos que se hicieron realidad en la forja del Hotel Vespucci, donde D. Vincenzo Bucci Nacaroma y Da. Ana Rita Márquez, irradiaron felicidad y ejemplo como representación de parte de los cimientos de la modernidad y progreso de la ciudad que se transformó en emporio urbano y servicios del Sur del Lago.

*O sole mio* aún suena y se canta por los predios de la alargada avenida en la voz de D. Vincenzo, que para despedir sus mejores días de fragua, al darle la bendición a mi amigo Miguelino, lo despedía con "me voy a tomar un whisky y me voy a dormir".

El tiempo transcurrió y el ciclo de la vida cumplió su designio, los hijos crecieron en el trabajo y prosperidad, entre tejieron sus vidas y fructificaron el amor en los nietos que dieron dicha a D. Vincenzo y Da Ana Rita, hasta la hora en que el Relámpago del Catatumbo los atrapó en uno de sus rayos para que todas las noches iluminen los cielos de esperanza del municipio adrianista.

D. Vincenzo retornó hecho ángel blanco de mármol de Carrara tallado por el mismo cincel de Bernini y pintado por Leonardo da Vinci al histórico y hermoso paisaje de Bari, quién lo recibió como hijo del Sur del Lago de Maracaibo para que retorne a cada amanecer y abra junto a sus paisanos eméritos D. Hilario Ciarriochi, D. Antonii Orfanelli y D. Anibale Di Vito, el popular Nino, todas las Santa María de trabajo, progreso y arraigo del patrimonio de la universal italianidad en El Vigía y Sur del Lago.

Miguelino Bucci Márquez, Francisco Aníbal Ciarriochi, Antonio Orfanelli, Franco y Piero Di Vito, herederos de tanta labranza de desarrollo en los tiempos modernos de los italianos entrelazados en lo vigiense, son mis eternos amigos que la distancia no podrá olvidar en la memoria agradecida de tanta ventura.

Hoy me arropo con la sonrisa franca y solidaria de cada uno de los hermanos italianos que disiparon alegrías de infancia y juventud entre los vibrantes y calurosos salones del Grupo Mauricio Encinoso y Liceo Alberto Adriani. Testigos son de la bendición de sus frutos, una saga de amigos que se reconocen florecientes en su haber y ejemplo de vida y ciudadanía de prosperidad...el silencio reflexivo, atrapa y teje recuerdos que quisiera volver a recorrer flotando sobre la alforja tejida de hilos de vástago de plátano sobre el inmenso lar del Sur del Lago de Maracaibo. D. Vincenzo, y por Miguelino que está al abrigo del amor de sus hijos en Madrid, me tomaré un whisky y escribo este canto in memoriam, y que la mirada de tus ojos verdes, proyecten tus sudores de tiempo infinito, para transformarlo en la lluvia que refresca el soliloquio de esperanza de un trovador que navega sobre las aguas del mismo Chama y camino reflexivo por las calles de El Vigía entonando O sole mio, Ti amo, Sara perche ti amo...L'italiano...

## **Humedad atlántica en la alborada y añoranza de Cámara de Lobos...**

**A D. Joao Norberto Figueira Dos Santos**  
y todos los portugueses forjadores  
de la ciudad de El Vigía y del Sur del Lago



Las olas marinas llegan en calma a la extasiada y hermosa bahía que penetra al Océano Atlántico en aguda lanza de tierra volcánica, lavada de viento, oscurecida de fuego y lava. Olas que hacen danzar las barcas artesanales de madera, vestidas de vivos y variados colores que realzan el calor tropical y se funden en la alegría, nostalgia y fragua de los pescadores de Cámara de Lobos que se abstraen en cada alborada bañada por el inmenso e incógnito espacio de agua y sal. Aguas entibiecidas de sol, salobres y azuladas en lo más profundo de un archipiélago en medio de la nada donde emerge la Isla de Madeira, antigua tierra endurecida de lava petrificada que se vestía de perfilados troncos de madera de los bosques de Laurisilva que suben cansados a los pies de la empinada cuesta del Pico Ruivo, y en cada atardecer, con el sol dormitando al final de la tarde, emerge imponente como seno de mujer amada.

Los portugueses peninsulares medievales con sus naves frágiles de madera, con velas tensadas por el viento de ilusiones y valentía por buscar otros horizontes de conquista por la costa africana y las sempiternas Indias, allende en la inmensa mar; tras los pasos de los romanos, en uno de esos días de 1418, una corriente marina acompañada de belicosos "lobo marinho" y acechantes pez espada sable negro, los acercaron a esa recóndita Isla de Madeira para posar sus delicados barcos frente a la pequeña bahía de Cámara de Lobos.

Bahía donde el tiempo parece petrificarse, inmóvil y cauto al dominio de los pequeños cubos de casas blanquecinas que van entretejiendo el paisaje empinado de la rocosa y volcánica montaña que se arropa de viñedos, se refresca de limoneros, y con el sonar del zumbido de abejas que endulzan el paisaje de miel, se mezclan con el licor que embriaga con “la poncha” las penas de los pescadores y agricultores con largos tragos de amargura en soledad y distancia; licor que talla ligeras sonrisas y dibuja alegrías en las horas taciturnas después de la ardua faena de extender las redes y labrar la piedra tallada de campo enverdecido, y mirar desde la bahía con temor ahogado de sal, la distancia que se pierde con la oscuridad de la noche y la inmensidad del mar que dormita abriendo los brazos al nuevo día por la esperanza de sumergirse cada uno de los aldeanos en sus extensas aguas, donde los sueños ha trasladado a cada pescador a los mundos distantes de fantasía.

Es correr silente de cabeza gacha y voluntad reprimida en cada madeirense y portugués peninsular, porque son tiempos acechantes de pobreza, opresión y terror; tiempos de dictadura del Estado Novo o Segunda República (1933 – 1974), quien contribuía en cada mundo interior ciudadano el construir la barca de los sueños de la partida, la barca de madera que ahoga el sentir de las almas de sus bien amados hijos jóvenes que procuran fluir sus reprimidos espíritus con la libertad danzante de los vientos de ultramar, que los llevan a volar como gaviotas blancas y transparentes de sueños, tras la forja de un destino que debe procurar esperanza...

Y los días se van entre tejiendo en las redes frágiles de pesca como todos los días, y el 06 de junio de 1933 es un día de amanecer rutinario, de empujar las pequeñas barcas para que se humedezcan y profundicen la maniobra de la pesca tras los peces que deben alimentar la ingesta limitada de las familias de Cámara de Lobos. Reunidos los pescadores, miran como los brillos de cada haz de luz, su entretejido de líneas y texturas sobre las nubes alegres que se espantan al anuncio de la radio que expele con amargura la consolidación por muchos años del régimen dictatorial de Antonio de Oliveira Salazar, mientras que Don Eloy Joaquím Dos Santos, carpintero de peñeros, de muebles, de techumbres de casas y de vida

familiar, comunicaba a los vecinos bajando la cuesta con extasiada alegría que su esposa Doña Joana Rodrigues Figueira, le había esculpido en su alma de forjador de madera, un hijo a quien llamó Joao Norberto Figueira Dos Santos. Desde la mar, hasta los pequeños barcos sonreían y los viñedos regalaban su mejor vino para celebrar tanta buena ventura, porque el viento pasa tan agitado en Madeira que el recién nacido se hizo niño y, de niño, un dinámico, alegre y emprendedor adolescente.

*¿Joao, qué tanto miras en la mar?* Decía su Padre. *¿Joao, muchacho vas a abrir una grieta de tanto dibujar rayas en el Atlántico a cada paso de los barcos de vapor?* Decía su Madre. *¿Joao, que ya no eres niño y debes ayudar a trabajar?* Decían sus amigos.

Respondía Joao en su calma marina: ¡Padre, miro para ver si puedo meter las manos y llenar mis redes con peces dorados de riqueza! ¡Madre, trazo la ruta de las estrellas que me llaman a descubrir su luz tras la línea donde el mundo se hace fantasía y esperanza! Y a los amigos les decía: ¡Trabajaré y trabajaré sin descanso, pero debo partir antes de que se me parta el alma de impotencia con grabar esfuerzos sobre la sal que se derrite en cada ilusión truncada de poder prosperar en esta isla!

Desde la distancia, desde los paisanos que ya se han ido en fuga, llegan noticias buenas de un país rico petrolero llamado Venezuela, receptor de voluntades para el trabajo y la construcción de modernismo y progreso. País que adopta como hijo al visitante foráneo para no soltarlos jamás...

Esas voces de ultramar hacen que llegara el día en que la alforja de Joao Norberto con 17 años, se lanzara al inmenso mar. Salió de la pequeña bahía cubierto del salitre infinito de las lagrimas de una madre desgarrada que hasta silenció con su dolor el sonido tenue del campanario de la distante capilla; de un padre que clavo el formón en la quilla de madera de un peñero de desesperanza enmudecida; del abrazo y mirada confusa de su hermano menor Antonino Herculano, quien dejó caer su barquito de madera en el mar del naufragio de la humedad y tristeza; de sus amigos de correrías por las empinadas

veredas de tierra y piedras negras, como oscuras los temores de una partida tan joven, atrevida y frágil a un destino que por igual les llamaría a partir. Es repetir el abrazo de la despedida, dejar atrás el calor del pecho tierno y amoroso de sus amados seres de vida, perderse con el último haz del atardecer y dejar en reiterativa incógnita de preocupación el *¿Cómo le irá?*

Es el Puerto de la Guaira el espacio receptor de ilusiones de Joao Norberto cuando un 16 de Junio del año 1950 da el primer paso sobre una tierra firme que le será infinita para un habitante de una distante isla Atlántica. Recorrería la curvilínea y peligrosa carretera la Guaira - Caracas, que luego en 1953, sería atravesada las entrañas del Cerro El Ávila, entre túneles e imponentes viaductos, por la autopista Caracas – La Guaira. La ciudad capital, en otrora, es todo un territorio de urbanismo en proceso de transformación que abre sus espacios a la modernidad arquitectónica e ingeniería, en medio de sus imponentes árboles y gentilicio caraqueño. Será cobijo de un caldero de nacionalidades que encontrarán libertad, gentilicio venezolano y condiciones para su desarrollo y prosperidad.

Es Caracas la ciudad por donde Joao Norberto trasiega por tres años en una lucha de supervivencia, de variados y sacrificados trabajos donde la forja ennoblece para vislumbrar mejor futuro sobre una prosperidad que aunque este aún distante, será sólo fruto de su entrega ciudadana, como el pescador que siembra esperanzas sobre la mar de sol a sol. Dicen los caraqueños y paisanos: ¡Epa, portugués dame una barra de pan! ¡Mira portugués, donde está la mayonesa y la salsa de tomate que haremos unos perros calientes en la playa! ¡Joao, dame dos kilos de carne, uno de morcilla y medio de chorizos! ¡Joao, ve rápido en la bicicleta al correo de El Silencio y envíame esta carta para Lisboa!

Así, el joven madeirense se compenetra con el paisaje de una ciudad que lo absorbe en su pedalear por avenidas y calles aún arboladas, haciendo del trabajo su eslogan, que ni tiempo tuvo para disfrutar de los majestuosos carnavales del General Marcos Pérez Jiménez. Es Caracas el centro urbano y administrativo más importante de la Venezuela rica, donde todo se sabe, donde todo se proyecta y donde

otros horizontes del país petrolero, se transforman en llamada, curiosidad y arrojo para aventurar otros destinos.

Y Joao Norberto escucha con otros paisanos portugueses que existe la ciudad de los vientos a orilla del Mar Caribe llamada Punto Fijo, en la árida Península de Paraguaná; es un poblamiento petrolero que se encuentra distante en un estado llamado Falcón, que tiene refinerías y los americanos viven para los americanos en sus campos de Judibana y Campo Norte. El mar lo llama, quiere humedecer su alma y transportar por osmosis su amor a su distante familia dejada en su alejada isla atlántica.

Arriba del autobús la bicicleta de esperanzas, arriba del autobús las maletas con las faenas mentales que le prodigaran un futuro que solo el destino sabe, arriba del autobús Joao Norberto y otros paisanos en los rígidos asientos se van consumiendo los paisajes de la larga e incómoda travesía que se va perdiendo entre los sueños absorbido por el cansancio de la noche. El autobús para, el autobús llega pintado de polvo amarillento y frente a la ventana, Joao Norberto se encuentra con su mar que lo atrapa y un poblado de casuchas tras el pliegue de una gran estructura entrecruzada de tubos negros que expele humo por sus chimeneas.

Da su primer paso sobre la polvareda suelta del centro de Punto Fijo; da varios pasos y los portugueses juntos compran un abasto; da más pasos un poco más allá, y entre dar pasos por las calles ventiladas de viento continuo, el amor y la pasión entra por sus retinas ante el encuentro en su perspectiva visual de joven enamorado, cuando una bella adolescente, hermosa como amanecer a orilla del mar en calma, le atrapa su agitado andar para hacerla su esposa por el tiempo de los tiempos de su vida, D<sup>a</sup> Petra Edilia Petit Ulacio.

Joao Norberto y Petra Edilia, Petra Edilia y Joao Norberto, se funden en un solo cuerpo bajo las pieles de jóvenes que hacen del amor la única manera de vivir para vivir feliz; nacen sus bien amadas hijas, nacen sus máximos tesoros y en el cofre del hogar Figueira Petit, Carmen Teresa, Elia Marina y Rita Edilia, ríen, juegan abrazan, besan, aman y son amadas, abrazadas en una sola esencia.

Hogar que dará fugaz cobijo en el año 1956 a uno de los hermanos menores de Joao Norberto, que con apenas dieciocho años Antonino Herculano Figueira Dos Santos, entra y sale rápidamente de Punto Fijo en el año 1960 inspirado, motivado y seguro de la buena ventura, y con espíritu aventurero, toma su maleta de cuero para enrumbarse y adentrarse en el Sur del Lago de Maracaibo, donde hay una pequeña aldea denominada El Vigía que ofrece ya perspectivas de progreso y unos italianos ofrecen en venta un supermercado. Concreta la negociación, y como hechizado por el escenario humilde de la comunidad y la mirada cautiva ante el recio Puente Chama, trasmite el embrujo a Joao Norberto quien un 28 de Octubre del año 1961 se muda con toda su estirpe para no retornar tras las ráfagas de viento entre cujíos y mirada al mar, porque el Relámpago del Catatumbo los magnetizó de tal manera que esa meseta donde trabajan y viven los vigienses, que se abre a la amplia planicie vestida de inhóspito verdor y ardiente luz tropical, se transforme en su eterno terruño sin dejar de tener la mirada dispuesta en su memoria sobre el perfil de su amada Isla de Madeira y el eterno llamado de su aldea de pescadores, Cámara de Lobos.

Establecidos los dos hermanos Figueira Dos Santos y asociados con su paisano Don Joao Teixeira, consolidan el Supermercado Patria, teniendo a la Plaza Alberto Adriani como la sempiterna referencia y que unidos por la Avenida 3, calle abajo el Tamarindo, las raíces de El Vigía encuentran su razón de historia y génesis.

Es el Supermercado Patria lugar de suministro de los más variados víveres, productos domésticos y licores, donde los ciudadanos se encontraban en medio de una atención cordial, precios solidarios y productos de calidad. Es una entrega entre socios que los une en cada amanecer caluroso de Tierra Llana a cada noche estrellada aún más ardiente en la fragua del progreso y la prosperidad familiar. Es "*el Patria*" ícono que aún persiste en las generaciones que visitaron sus anaqueles abarrotados de productos nacionales y foráneos; es "*el Patria*" tan reconocido y afianzado en la memoria vigiense que hasta las bellas y cautivadoras hijas de Joao Norberto, se les conocía en el Colegio Santa Teresita y Liceo Alberto Adriani como las "*Patria*, sin

distinción". Tanta dicha encontró Joao Norberto en la patria pequeña de El Vigía, en la patria grande de Venezuela, que el amor de D<sup>a</sup> Petra Edilia por cincuenta y seis años lo mimetizo con el paisaje sur lacustre y como un nativo más con el acento portugués, se transformo en el portugués vigiense que era fanático del beisbol y su equipo Magallanes, quien al ganar en el año 1979 el Segundo Campeonato de la Serie del Caribe, le hizo correr de dicha plena con familia y todos los empleados del Patria a celebrar en el Restaurante Troya de D. Giuseppe Vergamini, frente a la Plaza Bolívar.

Así Joao Norberto se hace más venezolano de corazón y alma que cuando se nacionalizó el día 21 de Marzo del año 1967, y su fusión nacional era tan sincera y determinante, que deleitaba su paladar con la conquista del amor de su amada esposa con arepas, sancochos, parrillas, plátano en diversas formas, empanadas y muchacho relleno hasta que aparecían las luces de navidad y, la hallaca, hacia la entrada triunfal en su degustación gastronómica. Alegría de gaitas, de luces sobre las estanterías del Patria, mientras que en sus pasillos el jolgorio de voces maracuchas, el andar pausado andino y la mezcla de ciudadanías extranjeras esperaban el amanecer del año de 1977. Año nuevo, dolor imprevisto en los días sucesivos que se aglutinan en lo más profundo del sentimiento de padre cuando el paso de la muerte le arranca del seno de sus genes a su hija mayor Carmen Teresa, es dolor insuperable en la distancia del tiempo para una buena madre y para sus hermanas, que aún ven las estrellas danzando en la oscuridad de las noches tristes a la estrella solitaria de Carmen Teresa, que aún brilla en sus almas.

Tiempos donde la Universidad de Los Andes centra y cobija la educación en medicina psiquiátrica de Elia Marina y en arquitectura de Rita Edilia, que egresadas con honores, han hecho de Joao Norberto un orgulloso padre con misión cumplida, abuelo consentidor y complaciente de su único nieto Juan Carlos; y que en esa época trabaja aún más por procurarles confort y seguridad en la ciudad de Mérida, haciendo ritual el viaje dominguero desde la ya ciudad de El Vigía, a la ciudad emeritense para el almuerzo en familia y el ritual católico de la Santa misa.

Hombre viajero que retorno cuatro veces a Madeira, que se enamoró del Centro Espacial Kennedy y lo cautivo la astronomía, que escaló las pirámides de Sol y la Luna de Teotihuacán, y que ya al pasar las semanas por Europa fuera de Venezuela, al llegar decía: "*Gracias a Dios ya estoy en mi país y pronto en casa*".

Ya entrado el umbral del siglo XX Don Joao o Señor Juan, como gustaba que le nombraran, son años de madurez, calma y dura entrega por sobre llevar la crisis de un país que derramaba la desesperanza teñida de color rojo sobre todos los que entregaron sus sudores, alma y corazón para ser venezolanos, creer en Venezuela y donde Joao Norberto, limitado de tanta fragua de bien, ya no es parte del Supermercado Patria, y se entrega a la venta al mayor de alimentos a través de su Distribuidora de Alimentos Patria, cerca de Pancho Villa en la Avenida 10.

Es hombre que se acrecienta ante las tempestades y exclamaba cuando preguntaba cómo estaba "*gracias a Dios, perfectamente bien*", es hombre que aún disminuido por las dolencias de la edad, es su corazón, el mismo con el cual dejó su Isla de Madeira, la que estuvo cerca de abrazarlo en su último viaje truncado en plena bahía de Cámara de Lobos; corazón que el devenir de una vida ardua de laborar con perseverancia, honradez y disciplina, se fortaleció con la luz de un trópico que lo atrapó y lo hizo suyo; corazón que entregó su piel volcánica vitrificada de poros tiernos y amor a Petra Edilia; corazón que abrazó con la energía de amantísimo y entregado padre a sus tres hijas y nieto; corazón que se entrelazó para ser parte del desarrollo de la otrora pequeña aldea de El Vigía y al momento de su partida, siendo vigiense portugués, el 25 de Julio del año 2012 paraliza su andar humedecido de la mar atlántica en calma, para subir sobre la barca de madera construida por su padre Don Eloy Joaquín Dos Santos, y guiado su timón, por su madre Doña Joana Rodríguez Figueira que acompañados de Carmen Teresa, navegan juntos al infinito por sobre el perfil de la montaña andina merideña para bajar a la planicie sur lacustre y fusionarse con la luz noctámbula del eterno Relámpago del Catatumbo...



*D. Joao Norberto y Da. Petra Edilia, fundidos en un solo amor Figueira Petit y sus bien amadas hijas, Carmen Teresa, Elia Marina y Rita Edilia.*

## A un sirio que sembró en El Vigía cimientos de vida...

A **Don Salim Nakad Hudefi**

y a todos los miembros de la comunidad Siria y árabe,  
que con sus trazos de fragua abrieron  
el telón de progreso del Sur del Lago y de la ciudad de El Vigía



¡Salim!

¡Salim!

¿Qué haces mirando el horizonte?...

Salim no mira el horizonte atardecido de las luces tenues del Relámpago del Catatumbo, mira el duro andar que hacen los hombres para procurar destino.

Salim es pensamiento tejido de recuerdos en sus ojos ocres de arena como la antiquísima tierra fértil de la bíblica Aram, de los Asirios donde postraron los carros del antiguo Egipto, por donde los Asirios abrieron paso a Babilonia y se hizo grande Persia. Tierra que se dobló ante la fuerza de Alejandro Magno. Tierra donde los romanos con Bizantino se volvieron cristianos por sus paisajes áridos y húmedos del Éufrates. Tierra donde Alá se hermana con Jesús en la estrella de fe infinita, que siempre ha iluminado la profundidad de un suelo sagrado y desdibujado por escenarios que el tiempo ha marcado por la distancia del credo.

Salim es de la tierra horizontal y bajas montañas de entre valles productivos y de las antiquísimas carpas tribales pastoriles y de cultivos del trigo, rábanos, peras, manzanas, duraznos y ciruelas, acompañadas en la distancia del eco de cabras y ovejos que campean en su suelo árido vestido del viento de una historia ejemplar, y bajo su suelo, el petróleo que emana con las querencias turbias de las grandes naciones.

Salim con su poblado bigote es representación de grandes ciudades con pilares de tiempo, piedra y tierra seca al sol agreste que brilla sobre Damasco y Palmira, la que fue afectada por la irracionalidad de los hombres que hieren su propia historia y forjan la diáspora de seis millones de sirios que mueren en el Mediterráneo, que buscan los suelos de Europa y abren sus brazos para encontrar la solidaridad de un mundo que tiende a darles la espalda, mientras Salim y todos los sirios del mundo, impávidos lloran tan magna desgracia humanitaria.

Salim, reposado en su recio trajinar, expele en el brillo de sus grandes y profundos ojos, de mirada que abraza el Sur del Lago y de su Siria que ama, su Al-Jumhuriya al- Arabiya as-Suriya, como la aman las almas distantes de todos los sirios. Tierra que se ha formado en cada piel de sus hombres y mujeres que supieron sobrevivir y resistir a los sarracenos, selyúcidas y los turcos, los otomanos, que dejaron atrocidades en su suelo, y que fueron expulsados bajo la tutela de Lawrence de Arabia, que con sus ingleses y los franceses han hecho de su historia, un andar y desandar entre guerra y paz, entre lo cristiano y lo musulmán, sin poder olvidar la sabiduría filosófica y vida de los drusos, *Ahl al-Tawhid*, gente de un solo Dios. Es Siria, tierra árabe que a mitad del siglo XX, como nación se une a Egipto y sus faraones de apostolado moderno con raíces que miran y aún siguen mirando a las estepas rusas. Tierra de discordia, de intereses económicos que sobre cada grano de tierra polvorienta de la guerra actual, pide devolverle sus fueros perdidos de grandeza...

Salim, es ejemplo de la gallardía de un pueblo grande que no se arrodilla a las dificultades, es hombre que ha andado por el Mediterráneo antiguo de civilizaciones y dibujó sueños al cruzar el Atlántico, para sumergirse en las luces de atardecer del Sur del Lago, las luces abrazadoras de emprender camino y dejar las raíces de una vida transitada...

Salim, desde el sillón reposado de una vida transitada, sentado y reflexivo en su descanso batallador de abrir oportunidades mira desde lo alto a la ciudad de El Vigía, su calor, su juventud formada de un crisol de amores nativos y foráneos, su dinámico y anarquizado crecer, de una comunidad que se pierde en sus horizontes de futuro y

prosperidad, mientras las retinas de su mirada sabia, se dilatan con el rayo de luz que hace ver en su memoria a su amado padre, el buen pastor de Al Kafer que le dice ven hijo, dame un abrazo como el trigo que despeina la brisa del desierto, de su amada madre, y corre a sus brazos fértiles como los parrales que se tejen en la misma historia de su alma, al encuentro de sus hermanos Jazmín y Yahia, que como él, llevan las enseñanzas de cultivar la tierra fértil con el amor presente de sus antepasados vestidos de thawb, túnicas de algodón y lana que bailan con la fuerza del viento venido desde el desierto...

Y venido desde las tierras primogénitas de la civilización, Salim, un 5 de diciembre de 1955, ante la dureza e inclemencia económica de la familia Nakad Hudefi, de no poder aportar los frutos producidos en la pequeña aldea de Al Kafer al mercado nacional e internacional, abraza a su padre, madre y hermanos, deja atrás sus arraigadas querencias para lanzarse a la mar de las esperanzas sobre el Mediterráneo y el Atlántico, tras la bonanza de un país distante donde el petróleo hacia fortuna para abrazar a sus hijos por renacer en su suelo, Venezuela.

Salim irrumpe con dos paisanos que van a la conquista de su propio destino y se aferra a los vapores navegantes que dejan la estela en el agua salobre del inmenso paisaje desolado de la mar que tras 29 días es una travesía donde es aprendiz de solo 100 palabras del castellano, puente comunicador con el nuevo mundo tropical de la América que se abre un 3 de enero de 1956, al escenario de su recibimiento en el puerto de La Guaira. Pequeño puerto de llegada, gran puerto de esperanzas por trasegar futuro, trabajo y prosperidad. Puerto donde una o dos maletas llevan el fruto de su propia forja y destino que de una pasada agitada cruzan el valle del Guaire para llegar a Maracaibo, el del Saladillo, el de los maracuchos alegres y de brazos abiertos, como su paisano sirio que le apertura su primera noche de descanso seguro, como sus paisanos sirios que le aportaron la primera mercancía de telas, pantalones y camisas... como todas las puertas que tocó para ofertar sus esperanzas, con paso seguro por las barriadas populares de la ciudad petrolera humedecida de lago y bendiciones de la Chinita, con pasos que ardían en sus pies del ardiente calor, sus sudores y su mirada que ante tanta riqueza petrolera, era un espejismo la miseria de sus pobladores, las

rancherías, la flacura de sus cantares de gaita, en espíritus desesperanzados... como todas las puertas donde ofertó aliento en las vestimentas vendidas que le procuraron comprar, con el sudor de sus propios sudores de esfuerzos, adquiere su primer carro, ampliar su clientela y fortalecerse ante el desánimo generado por los contrastes acuciados de una sociedad de la opulencia que mira de espaldas a los más débiles, los que no encontraban oportunidades o los que querían vivir de los regalos ofertados de un poderoso gobierno... ese gobierno que cae un 23 de Enero de 1958 y Salim, como la gran mayoría de inmigrantes, sufren la distancia que arrojaba sobre los extranjeros el justo proceder de oportunidades ofrecidas por el General Marcos Pérez Jiménez...

Salim y Maracaibo, la petrolera y rica ciudad, ven disminuidos sus esfuerzos y recompensas, las dudas y los temores de inestabilidad persisten, pero su espíritu de lucha heredada en sus genes lo conducen a buscar nuevos horizontes para encontrarse, por vez primera con el Relámpago de Catatumbo, y bajo él, Santa Bárbara del Zulia donde lo espantan las faltas de oportunidades, y sube a la cordillerana Mérida, luego baja a la calurosa Barinas y posteriormente se acerca a la histórica Guanare, para subir nuevamente a la montaña y encontrar refugio en Boconó, localidad de paz, benigno paisaje a su alma inquieta entre paisaje de flores, y entre flores de mujer es hechizado de amor por Salwa El Aissami unido en matrimonio en Mérida y volver a Boconó para germinar como labriego del amor a su primer bien amado hijo Fayz, y todos juntos bajan nuevamente al amplio llano de una ciudad de perspectivas, Acarigua donde siembra en la calma del hogar a sus hijos Adnan, Sanaá, Bayan y Wafa, que tantas alegrías y orgullo de profesionales cultivados hinchan su buen proceder de padre...

Es época donde la estabilidad y la fortuna procurada de muchos amaneceres, muchas caminatas de puerta a puerta, de un hogar establecido le permite vislumbrar su retorno a su tierra no olvidada, que le reclama, que no le quiere dejar como buen hijo que partió en diáspora por el mundo, por Venezuela. Y Salim, pleno de familia que debía engranarse a la histórica tierra, partió abrazado a su nuevo destino en tierra madre en 1972, para forjar su aposento fértil, para

abrirse camino prospero, pero el hechizo del trópico lo devuelve a su fuero dejado atrás y el Sur del Lago y la pujante ciudad de El Vigía un 12 de noviembre de 1974, lo recibe entre abrazos de sus suegros y la forja por delante. Apostaba a esta ciudad, su gente, sus oportunidades y lo vigíense lo absorbe en el camino que no volverá a desandar entre la Calle 3, la Plaza Alberto Adriani y definitivamente es la Avenida Bolívar donde *La Casa del Mueble*, se transforma en ícono de comercio pujante, dilatado centro de operaciones que ampliaba fronteras a través de su camioneta que se paraba de puerta en puerta, de casas humildes a otras casas humildes, como la casa humilde número 07 de la vereda 12 en la Urbanización Carabobo, que gracias a los sirios perseverantes de trabajo de sol a sol, encontraron confort... como la infinidad de casas humildes del eje panamericano tachirenses de La Tendida, Hernández, San Simón, Boconó, Caño Amarillo o La Palmita, como las casas humildes del eje panamericano merideño de La Blanca, 12 de Octubre, Mucujepe, Caño Amarillo, Guayabones, Caño Zancudo y El Pinar encontraron dicha a cambio de un pago dilatado de cuotas solidarias y siempre agradecidas... Es tiempo ya en el año 1980, cuando Salim gerencia desde el local de la Avenida Bolívar, su pequeño emporio que abre oportunidad a vendedores y ofertantes de artículos domésticos para palear la dura lucha de abrir futuro en el Sur del Lago...

Y Salim no descansa, sigue amando la tierra y la ciudad que le dió oportunidades y construye el Edificio Los Andes en la sempiterna Avenida Bolívar, trabaja sin descanso y el amor en tiempo de madurez le permite edificar su nuevo hogar que embriagado de profundo amor lo encuentra en la bella María Iride Contreras Escalona que le ofrece su abrigo, entrega espiritual y pasión de mujer del Sur del Lago para que nazcan sus dos preciadas joyas de hijos amados, Said y Saúl, vigíenses que lo hacen aún más vigíense, aún más orgulloso de su estirpe y su herencia devenida de allá donde la civilización occidental tiene sus raíces... hijos que ya se perfilan a la altura de sus propios genes... al unísono de perfilar el horizonte de contribuir a la fundación del Club Árabe y aportar su sabiduría en la prestigiosa Asociación de Comerciantes e Industriales de El Vigía...

Así van pasando los amaneceres y atardeceres de Salim, mirando su pasado de duro trajinar bajo el sol de una ciudad que ama, que ha sido producto del trabajo de los vigienses nacidos y venidos desde tierras cercanas y distantes, que espera mucho de sus actores dirigentes que a luces se han quedado empequeñecidos a las oportunidades de esta tierra del Sur del Lago, y de los que siempre han focalizado la vista al desarrollo de la ciudad de Mérida...

Es Salim que a sus años fusiona con su ejemplo el amor de muchos sirios, que supieron entender que del trabajo y la honradez, de la limitación y la creencia de su propio sudor y sapiencia, fructifica su propia prosperidad y se fructifica el futuro esperanzador de una mejor ciudad de El Vigía, se fructifica la tierra fértil que ofrece oportunidades bajo el radiante sol y cruda humedad calurosa que se refresca con la brisa del lago, que encuentra eco en el retumbar del río Chama y abre su futuro promisorio a la luz del relámpago eterno en una Venezuela, donde los gobernantes limitan su grandeza y potencialidades... mientras Salim desde su mirar reflexivo, ya de vigiense, sufre ante la inclemente acción militar de una coalición internacional contra una pequeña vertiente oscura de dogma radical que empaña a todo el pueblo sirio, el que habita suelo patrio y el que deambula en diáspora por el mundo y que tiene derecho a decidir su propio destino...

¡Salim!

¡Salim!

¿Qué haces mirando el horizonte?...

Salim no mira el horizonte atardecido de las luces tenues del Relámpago del Catatumbo, mira ya que su destino cierto en El Vigía y en el Sur del Lago...

## Visión de mujer vigiense...

A **Luisana Méndez Escalante**  
y a la belleza de mujer de El Vigía

Esos ojos están teñidos de verde  
con paletas alargadas  
de millones de hojas de plátano,  
son ojos que refulgen a la luz infinita  
intensa y ardiente  
donde la pasión infinita  
aflora texturas de parchitas  
que tejen tu alma  
y se dinamizan tus delgadas cejas perfiladas  
sobre las crestas de Los Andes,  
que se entreteje en tus trenzas ondulantes,  
cambiantes, deslizantes y brillantes  
de tu larga cabellera  
cual chubasco humedecido de ese Río Chama,  
que es reflejo de tu fuerza  
y dinamismo de mujer bella vigiense...  
eres manantial de la Mina,  
de la cual emana inteligencia...



## **Vibración del puente en cuerpo de mujer vigiense...**

A la belleza de mujer de El Vigía:  
a un amor santificado

Antes,  
de adolescente,  
atravesé el Puente del amor imaginado  
que se abría a la inmensidad del paisaje  
donde el Chama se hacía rey  
en su desandar por la planicie y tallaba con libertad  
ondulaciones, colores y texturas blanquecinas,  
plenas de pasión y fuego  
que ardían en mi piel, pura de sueños e ilusiones...

Me introduje en el regio Puente,  
en su túnel de acero que conforma su alargado vientre,  
y de un extremo a otro,  
en el andar de su flotación,  
vibraba y soñaba que hacía el amor  
en noches calurosas, estrelladas y de Relámpago,  
mientras arriba pasaba el progreso y el desarrollo  
de pesados camiones plenos de plátano y variedad de frutas,  
que aumentaban la intensidad de una vibración  
que hacía penetrar mis delgados dedos  
entre la malla acerada y transparente  
que dejaba ver las aguas turbulentas bajo tus arcos,  
bajo tus delicadas telas transparentes,  
bajo tus eternos lentes oscuros de aviador  
que ocultaban tus intensas retinas azuladas  
apostadas en la siembra  
de mañanas de progreso y cambio...

Crucé el Puente  
y temblaba atravesando su frágil y delicada filigrana,  
fuerte ante el acecho del tiempo,  
ante el paso de las desesperanzas y el olvido;  
Puente que se hizo adolescente

entre cruzando sus largas diagonales  
desde todas las calles y aceras de El Vigía,  
desde el Mauricio Encinoso hasta donde los Nicolielles,  
desde la Plaza Bolívar hasta el Liceo Alberto Adriani,  
desde el Cinelandia hasta la Heladería Internacional,  
desde La Tizana hasta el Cine Luna,  
desde la Carabobo hasta la Calle 9,  
donde dejaba mis miedos marcados sobre las aceras  
que guardaban la voz muda de un amor más que silente,  
silencio que era mío y mis sueños, no compartidos,  
ya que no tenía tiempo de compartir,  
eran mis tiempos de dolor y mundo desdibujado,  
donde solo mi amor de voz muda,  
sabía agradecer tanto silencio  
y tanta fuerza que desconocías,  
como el amor contenido del Chama a las arenas blancas,  
que humedecían santificando el saltar de sus aguas  
que se hacían transparentes  
ante la visión de una mujer blanca,  
muy blanca,  
muy bella,  
más que bella en su andar pausado  
y que en mi interior existía en entrega total,  
y temblaba cuando atravesaba  
por donde su caminar  
dejaba las huellas de sus delicados pasos,  
y el paisaje lo pintaba de azul,  
como sus intensas retinas...

Crucé el Puente para no volver a cruzarlo,  
lo abandoné y aún está grabado con tinta de acero  
en un paisaje que permanece más desvanecido,  
pero imponente ante el mirar del recuerdo...

## Elegía de retinas por espejos

Dedicatoria a mis amigos hermanos, que habitan en otra dimensión...

Cuando les recuerdo  
corro al espejo para verlos en mis retinas...

Cuando se aparecen entre las blancas nubes,  
abro los brazos como las hojas de plátano al chubasco marabino...

Cuando estoy en la soledad inmensa de mi pensamiento,  
formo espejos por retinas cada vez que miro un espejo de cristal  
y construyo un hermoso collage de rostros de hermanos,  
por quienes canto elegías atardecidas  
arropadas de la tristeza de hoy,  
transformados en abrazos de tiempo y viento,  
de flores blancas frescas y aves de diamantes al sol de los venados,  
cuyo brillo refulgente ciegan la mirada  
que dibuja recuerdos en el infinito del universo,  
y emerge pleno de algarabía Oswaldo Zambrano  
buscando mamones en una otrora Semana Santa,  
en el tierno abrazo de Marlene Villamizar  
que desde los inicios de los tiempos ha estado en mí,  
en el eco grave de voz del pana super star Francisco "Pancho" Romero  
Bermúdez,  
de la calma y sapiencia del inquieto Esteban Demeter,  
en las sonrisas hermanadas de Carlos y José Suarez Chourio  
endulzadas por cocadas flotantes en Luna hecha de balón de  
basketball,  
en el fuerte y protector abrazo de Manuel "Manile" Pérez Chacón  
quién eternamente tomado de las manos enamoradas de la dulce  
Adelaida Ribeiro  
danzan sobre la fina y húmeda arena de las nubes de estrellas  
plataneras  
y Maxel Elías "Chelo" Uzcátegui Montilla  
les dedica su "doble paso" basquetero, silenciado en el río Chama...

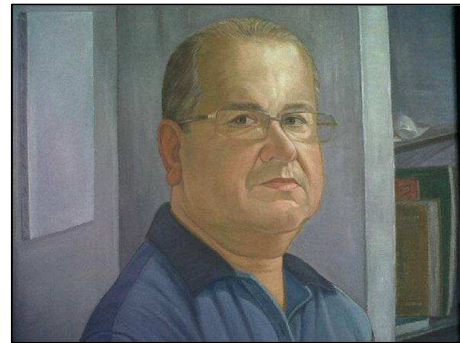
Hoy mis retinas no ven los rostros de mis eternos Panas,  
porque la eternidad los tejió en mi alma vigiense  
y mi silencio adolorido, canta para dirigir la barca hacia el puerto  
celestial  
donde mi amor los tiene presentes...  
en mis retinas que tengo por espejos...

## **Elegía a Francisco «Pancho» Romero Bermúdez**

La luz del Relámpago  
hoy, en tarde nostálgica,  
reluciente de intensa luz de dolor,  
la gaita zuliana  
se ahoga en su tamboreo  
y el lago Coquivacoa está en calma,  
como alfombra en calma  
que cubre las «escaleras al cielo»  
y tu alma,  
vuela con alas de hojas de plátano  
como «el cóndor pasa»  
hasta alcanzar el techo de nubes  
donde jugaras  
con Chicorio, Joseito y Manile,  
cantaras con Carlitos,  
todos plenos de amor  
por las veredas de La Carabobo  
y terminar bailando salsa  
en el primer estacionamiento,  
en nuestra casa,  
la casa de todos,  
porque todos somos  
Romero Bermúdez,  
Suárez Chourio,  
Contreras Miranda,  
Mercado, Riveiro, Quintero, Pérez, Urdaneta... todos uno,  
porque La Pata esta de luto  
y los hermanos,  
lloramos juntos tu partida...  
Pancho,  
hoy tu inteligencia,  
verbo franco con notas marabinas  
y esa intensa sonrisa  
pernocta entre los platanales  
donde vemos pasar  
la curiara con tu sensible alma

sobre el río Chama  
que baja en silencio,  
saludando en silencio  
y desde la orilla,  
nuestro abrazo de amor en distancia  
porque hoy, de noche,  
La Carabobo,  
empieza a ser más distante  
de lo que antes viví feliz...  
mas cuando a nuestra  
Mamá Dolores,  
tiene tallada su esencia de madre,  
con la daga inoportuna  
y desgarradora  
del más profundo dolor...

## Elegía a Dioban Márquez



La tarde estaba calurosa,  
ardiente de sol,  
tumultuosa y anárquica la calle 3,  
esa que ha marcado la historia  
de mi pueblo que se volvió ciudad,  
El Vigía, esperanza urbana del Sur del Lago,  
venida a menos y arrastrando pesares  
por causa de tantas herencias frustradas  
en las promesas de algo que llaman política...  
Silencio, es mejor estar en silencio.

La tarde me abrazó en los gratos recuerdos vividos  
cuando me llenaba  
del más rancio sentido vigiense en El Tamarindo,  
y caminando, distraído y sueños a mis espaldas,  
me encontré con la obra de Dioban Márquez  
en el frente urbano del Colegio Santa Teresita  
que con la grandeza de sus pinceles revivió a Tito Salas  
para culturizar ciudadanía del buen ser bolivariano...

Cercano al tiempo actual, Dioban partió,  
y por tristeza, borró de la calle 3,  
su legado inmerecido  
por quién no apreció lo patrimonial,  
por quién no reconoció el imaginario icónico de Bolívar,  
por quién no entendió que cuando se borra una obra de arte  
se borra la memoria colectiva de lo vigiense...

Hoy la pared es muda sin la voz de *Bolívar en el Chimborazo*,  
Dioban, la desidia y el tiempo borraron tu huella indeleble,  
pero tu sencillez y genio creativo

lo seguirás plasmando con tu pintura  
sobre las hojas de plátano  
en la infinitud de la planicie sur lacustre,  
en estas horas menguadas del alma y la patria...

## La amistad, un largo patrimonio existencial...

A la Pata... mis hermanos del alma.

Venido de la espesa neblina andina del valle del Mocotíes,  
me he diluido en el húmedo calor sur lacustre  
que inunda de intensas luces de colores refulgentes,  
la dinámica perseverancia  
de cada maracucho, andino y foráneo  
que emprendieron futuro y, hacen presente,  
con su forja hecha arrojo,  
la construcción de lo que es hoy El Vigía y la *Tierra Llana*;

De sus edificadoras manos y ágiles brazadas con filosos machetes,  
emergieron extensos potreros de bosta y espumosa leche  
que amamantan las lustrosas hojas de oro de las frágiles plataneras,  
transformadas en guerreras del acechante e imprevisto chubasco  
que ennegrece, aún más, los crudos contrastes sociales  
sobre extensas tierras fértiles donde la fragua es recompensada,  
y sobre los pliegos del infortunio,  
la presencia de planificadas invasiones  
que espantaron los sudores de sus verdaderos dueños...

Territorio de frescos y verdosos pastos,  
cuyo mastranto perfuma las jugosas frutas  
que brillan sudorosas  
para saciar dolores y esperanzas de mejores tiempos;  
donde la diáspora, se desintegra en su doloroso andar por el Darién,  
o cuando navegan con las aguas del Chama y Mucujepe  
inundando plegarias en altares políticos fracasados,  
cuyas velas del drama,  
aún tienen creyentes de alabanzas bajo un frondoso samán...

Venido de la espesa neblina del frío pueblo de Mesa Bolívar,  
mi alma se perfiló en El Vigía,  
en la calle 9 del barrio La Inmaculada,  
y teñido del barrio San Isidro,  
salté a la urbanización Carabobo,

cuyas alargadas casas en fila  
e incógnitas veredas y cinco estacionamientos,  
me llamaban a su conquista en días de intenso sol;  
caminé cauteloso, me atrapó la vereda 16,  
y me abrigó en la galaxia infinita de mis sueños la casa 12;  
hogar fraccionado, de espacios por construir futuro,  
fue mi silencio, mi confidente y mis idealizaciones inciertas,  
fue mi castillo de amargos y dulces frutos existenciales,  
fue alma y expresión  
de lustrosas paredes blancas y frondosos helechos,  
donde Carmen Edicta, mi madre,  
era la emperatriz de fogosos tiempos;  
pequeña casa Inavi, blanca de espíritu, anhelos y tentaciones,  
porque la oscuridad me perseguía en una infancia  
que saltó agigantada y precoz a la adolescencia  
que buscaba las estrellas en el Olimpo de mi templo  
y guiaran mi destino a destinos seguros y de bien...ciertos,  
ciertos de sacrificios, ciertos de perseverancia,..., ciertos de no decaer.

Me asomé a la calle principal de la Carabobo,  
espina dorsal donde la moto fugaz y estruendosa de Carlos Ruíz  
amalgamaba en su circuito de juventud,  
la placidez de los vecinos  
que tenían por porche y lienzo de contemplación,  
la infinita acera hasta el caño Bubuquí,  
de cuyo silencioso y contaminado andar  
humedecía el puente del tren de El Vigía a Santa Bárbara,  
que en el imaginario del vigiense, a su paso,  
dejaba la estela de humo que teñía  
la fragua de proyectos y emprendimientos  
de todos los osados hombres y mujeres  
que vinieron a la conquista y desarrollo  
del Sur del Lago de Maracaibo...

La Carabobo hizo suya a un niño temeroso y adolorido,  
que saltó al bachillerato y universidad  
en la placidez de la democracia;  
y la trova cubana, el rock, la salsa y el humo de la marihuana

me hicieron compañero de la idealizada "revolución"  
que teñida de naranja y socialista,  
al canto de Alí Primera y Los Guaraguaos,  
me llenaron de tentadoras manipulaciones  
cuyos ídolos están plasmados  
en los grandes murales de mi imaginario arrepentido;  
vestía gorra negra con el "corazòn desangrao" de Soledad Bravo  
y pintaba mundos de prosperidad  
con "Gracias a la vida" de Mercedes Sosa;  
que grande fue la mentira  
que ignoto no tuve capacidad de percibir  
y llegó a transformarse en un monstruo  
que edifica diáspora, miseria y dolor,  
como los días negros del presente y este triste andar traicionado;  
mientras los parlanchines del verbo convincente  
viven en colosales casas ostentosas,  
y las palabras de Neruda en su "Canto a Stalingrado",  
se proyectan en mis sentidos,  
retumban en mis amargos sentidos,  
que aprecian los muros construidos  
en el suelo patrio extendido por el mundo  
de temor, hambre, destrucción y desolación;  
palabras transformadas en águilas rapaces  
que me han transformado en miseria e indignidad,  
de un claustro que vive de su historia  
y que se transformó con grandes infraestructuras  
en el otrora Seminario de San Buenaventura;  
son los tiempos de presente y pasado  
teñidos de dolientes espacios angostos  
como era angosta la larga acera de la vereda 16  
que de seguro tiene aún mis huellas marcadas,  
el driblar del balón de basquetbol a ritmo Los Ideales y el vallenato,  
que ahuyentaban el dolor de los silentes amores juveniles...

Como gato perdido en el atardecer de La Carabobo,  
regresan como galeón sin tesoros conquistados  
en las últimas luces del espacio desdibujado  
en el fragor del tiempo pasado,

y la Cruz del Sur me guió al primer estacionamiento,  
y así,  
descubrí la tierra de todos y para todos;  
donde la pelota de goma era televisada en mi mente  
como juego de las grandes ligas de beisbol;  
donde María, Nubis, Francia, Carmen, Mariela, Emilia o Fátima,  
distráían los sentidos de los enamorados a las galantes miradas  
de Miguel "Arepo" Quintero y Manuel "Manile" Pérez;  
donde la guitarra trasnochada y el canto de Samuel,  
raptó de amor a Jacqueline,  
y Gollo no dejaba de escribir  
sus hermosos poemas a su eterna "Chiquilina linda";  
donde Niobis, Nilsa y Vilma, plenaban de risas las gaitas decembrinas  
y Julio Cesar, Rodolfo "El Chino" y "Beto" Morales,  
pintaban y transfiguraban hermosos atardeceres de El Vigía;  
donde Douglas y Eudes, distantes,  
caminaban filosofando los cambios de la nueva sociedad socialista;  
y Luz Marina, Marisol, Carmen, Moraima o Milla,  
eran solidaridad que con sus sonrisas abrazaban mis soledades;  
donde Vicente, con su sonrisa y rítmico danzar,  
alegraba nuestros días y vigiliás de largas noches;  
Dionicio y Miguel Labrador,  
cultivaban café para dar continuidad de la tierra de sus ancestros;  
donde mi compadre Arnoldo,  
era infatigable conquistador e incansable jugador  
que transformaba en fulgurantes estrellas el balón de voleibol,...,  
donde, desde la dimensión astral, Adelaida Riveiro, Manuel "Manile",  
Francisco "Pancho" Romero, José y Carlos Suárez Chourio,  
con sus gracias y amores al fragor del relámpago del Catatumbo,  
nos guían y esperan para recibirnos y formar el gran parrandón  
de la hermandad y felicidad que no ha sido vencida por el tiempo...  
y que a golpe de chimbangle,  
Brando, Jesús y Segundo  
nos abrazan la infranqueable hermandad,  
mientras que Neptalí, Amilkar "El Caucho",  
Ángel Atilio "Lito", "Cocorito", Jesús Alí,  
La "Negra" Nubis, Nelda y Sarita,  
Omaira, Georgina y el fugaz "Loco" Esteban,

serán la eterna la Pata mayor...

La Carabobo era la casa de todos y para todos,  
y cada casa, era mi casa de amplias puertas abiertas,  
y al cruzar cada portal, era maracucho  
en la casa de los Romero Bermúdez,  
los Atencio, los Urdaneta, los Suárez Chourio...  
y al cruzar cada portal, era andino  
en la casa de los Urrea, los Sosa, los Quintero,  
los Velazco, los Gómez Mora, los Pérez, los Torres,  
los Morales, los Guerrero...  
y al cruzar cada portal, era colombiano  
en la casa de los Diegó...  
y al cruzar cada portal, era portugués  
en la casa de los Ribeiro...  
y al cruzar cada portal de cada casa en El Vigía, era vigiense...

La Carabobo era mi territorio descubierto y conquistado  
que abrigó  
la esencia humana del amor  
en la amistad de las pieles juveniles,  
la eterna amistad donde éramos amigos  
y ahora somos distantes hermanos...

La Carabobo es mi territorio descubierto y ahora desconocido,  
aquel de mis hermosas vivencias y de amores presentes,  
que son recuerdos de nunca olvidar...

Mi Urbanización Carabobo...

## La vida es una fortuna...

A Pedro Antonio Rondón y Samuel Morales,  
Geógrafos comprometidos con el espíritu vigiense y adrianista

El ritmo continuo de las curvas de la vida senoidal  
bajan al hombre al mismo centro del universo,  
al fondo de los océanos  
al profundo Lago de Maracaibo,  
se empapa en el lodo oscuro del río Chama  
y pasando por El Vigía,  
emergí y sobre la balsa del ser  
que va tras el inmenso espíritu Supremo,  
en la cúspide de la curva,  
entre amaneceres de sudores vigienses  
entre atardeceres de la nobleza y carácter del adrianista  
entre las estrellas que iluminan el Congo Mirador  
entre los rayos que estremecen mi andar...

Llega a mi barca,  
que flota en la sensibilidad de mis querer y haceres,  
Samuel,  
el discípulo geógrafo que abre la puerta al fortunio de Jesús;  
llega a mi barca  
Pedro Antonio,  
sensible creador, el geógrafo,  
el sabio discípulo  
que planifica y ordena territorio de prosperidad  
y se eleva sobre los drones de la sostenibilidad...

## **Por ti, quizás por mi...**

Por ti,  
quien con un bolso de dolor a cuestras  
cruza la frontera en diáspora,  
miras atrás y observas  
un paisaje patrio herido y malogrado  
que despide sus amados y mejores hijos...

Por ti,  
quien se abriga al horizonte  
en la más fría oscura mar  
sobre húmeda patera  
desterrado por miseria y expoliación...

Por ti,  
quien abraza a sus hijos  
que cantan el coro del hambre  
por la guerra en Medio Oriente,  
teje esperanzas en suelos de Europa  
y la geopolítica mundial  
juega inhumanamente con sus destinos...

Por ti,  
quien tiene la opresión del terror y el ahogo del alma,  
quién adolece y teme al COVID y lo arrastra a la oración,  
quién se acostumbró a la dictadura de los sentidos  
y de las mentiras con ofertas de navidad,  
quien tiene la mesa plena de alimentos y vinos  
opulencia a costa de la miseria de millones,  
quién puede hablar con fino verbo, recita poesía  
o exclama extraordinarios discursos,  
mientras usufructúa libertades y asesina sueños...

Por ti,..., quizás por mí,  
vaya mi abrazo de fin de año...

## **Al amor vigíense en navidad...**

A la belleza de mujer de El Vigía:  
a un eterno amor

Cuando canté por amor,  
te cante a ti en las distancias de tiempo,  
de penumbras,  
de tormentas bajo ese sol que ardía,  
de ese viento que abrazaba mi delgada alma  
que se adosaba a las diagonales del puente,  
de ese Barrio Inmaculada  
donde mi niñez fue empañada por el dolor  
y las traviesas horas se escondían  
en la oscuridad del Cinelandia  
y bajaba la empinada Calle 9  
para ahogar el fruto de mis silencios,  
y bajaba por el Barrio San Isidro  
para ver en los mangles tus risos amarillos  
y llegaba a la Urbanización Carabobo  
para cantarte y agradecer por tu amor desconocido...

Cuando canté por amor,  
tenía presente tus pliegues blancos,  
tus ojos azules que me sacaban del desastre  
y saltaba en cantos desde la tarima del Mauricio Encinosa  
y saltaba en ágiles canastas en las canchas del Alberto Adriani  
y saltaba en patines el único escalón de la Plaza Bolívar  
y esperaba que pasaras para solo verte  
y cuando te veía... no existía...

Cuando te canté por amor,  
eras el todo de lo infinito,  
y El Vigía, en tiempos de navidad,  
era la ciudad del imperio del amor...  
hasta cuando partiste...

## La calle 9 vigiense...

El Vigía,  
tus calles arden, cantan y abrazan...

La Calle 9, fue mi columna urbana:  
el principio, La Inmaculada;  
el medio, San Isidro;  
la prolongación, la Urbanización Carabobo...

Mi sol abrazador, brillaba sobre verdes plataneras,  
mi Luna encantadora, atrapaba los demonios de tragedias,  
mi viento sur lacustre, refrescaba sudores  
que al caer, formaban gotas que pintaban  
las huellas de besos sobre las espaldas de amores escondidos  
tras los pilares esbeltos del puente Chama,  
y Piroška, fue mi astro fantasioso  
que alumbró mis largas noches  
donde el miedo al futuro incierto  
quedó en cada cesta de basketball,  
en las obras de teatro en el liceo adrianista,  
las fiestas donde nunca fui invitado,  
los libros prestados que abrían horizontes de mundos distantes,  
en la forja de aquel juvenil revolucionario iluso y engañado  
con ese romanticismo de tiernas canciones  
que buscaron a la "Yolanda" justiciera,  
y el "Unicornio azul", se lo comió el hambre y la desesperación,  
mientras yo analizo "como gasto papeles"  
escribiendo como fingir  
ante los monstruos sueltos del oscuro bosque...

El Vigía,  
tiene aún sus calles que arden, cantan y abrazan...aún en la distancia.

## **Grupo *Mauricio Encinosa*, primer pilar del saber vigiense**

Eras aldea y te llamaban El Vigía,  
y tenias una escuela federal que se funda en Aroa en 1947;  
eras pueblo y te llamaban El Vigía,  
y esa escuela corre espantada del ardor de la Tierra Llana  
a la planicie donde termina el piedemonte andino,  
y como caldero de escuelas del saber primario,  
muy cerca del Tamarindo, muy cerca de la Capilla *El Carmen*,  
en la Calle 3, justo en el terreno del futuro Colegio *Santa Teresita*,  
por allá en 1959, en la distancia del espacio temporal,  
se cosecha la Escuela Nacional Graduada *Mauricio Encinosa*.

1961, es tiempo de democracia amenazada de guerrilla,  
y El Vigía, ya es una pequeña ciudad,  
el desarrollo y la prosperidad va vistiendo su trama urbana,  
la modernidad arquitectónica  
planta historia con el Grupo *Mauricio Encinosa*  
y entre las calles 8 y 9, avenidas 12 y 13 del Barrio La Inmaculada,  
mi barrio de aquel entonces,  
es la cuadra más significativa de un niño  
que mira atardeceres de colores ardientes  
sobre la extensa planicie sur lacustre bañada por el Chama  
y con las luces refulgentes del relámpago,  
que anuncia estrellas de esperanza,  
el Grupo *Maurico Encinosa* simboliza en su lugar cívico,  
la siembra y cosecha de generaciones  
con saberes que son garantía de un futuro promisor...

La gran construcción educativa y su gran patio,  
fue el patio de la sociedad vigiense,  
el encuentro de actos de bien y de la Feria del Plátano;  
la continuidad de las casas de los niños vigienses  
multi raciales, multi culturales, muti hermanos y multi plenos de vida,  
que en sus espacios abiertos, los 24 de junio,  
simularon el genio de Simón Bolívar;  
y su escenario abierto a las luces del conocimiento,

fue espacio para el canto  
 de galerón margariteño y poesía de Andrés Eloy;  
 y el amplio auditorio, espacio para las exposiciones artesanales,  
 donde el Profesor Guillermo Briceño  
 fabricó su cohete espacial de acero  
 queriendo llevarse al conquistador español  
 que pinté sobre una tabla de sueños inciertos;  
 y en cada uno de sus salones,  
 aún escucho,  
 la declamación de un poema del Profesor Delibrando Valera,  
 aún escucho,  
 la delicada y sensible voz de la Maestra Olga de Fernández,  
 aún escucho,  
 la trasmisión de la Vuelta al Táchira  
 en la ronca exposición de Arturo García,  
 aún escucho,  
 "te espero a la salida" de "Chupelo" Nava,  
 aún escucho,  
 las traviesas historias de Aníbal Ciarriochi,  
 Migelino Bucci, Julio Romero, Manuel Pérez,...,  
 y la sonrisa hermanada de Armando Di Vito,  
 quién partió a Italia con lagrimas y un abrazo del nunca más,  
 ese inmenso abrazo agradecido y sincero de la amistad...

Hoy recorro los largos pasillos del Grupo *Mauricio Encinosa*,  
 ya no es el mismo tiempo, pero es el mismo compromiso  
 que en los corazones de sus extraordinarios maestros y alumnos  
 construyen el gentilicio vigiense,  
 con sus voluntades que con trabajo pintan su exitoso devenir;  
 y el Grupo *Mauricio Encinosa*,  
 sigue siendo el corazón histórico de El Vigía,  
 el centro de sus emociones nobles...  
 mi centro que fue y es génesis de infinidad de voces,  
 ayer niños, hoy hombres y mujeres de buenaventura  
 que cantan al paso del viento de la historia  
 por la inmensidad de territorios de la positiva fragua venezolana...

## **Liceo *Alberto Adriani*, segundo pilar del saber vigiense**

El Vigía, una pequeña ciudad  
que en el umbral de los años sesenta  
apuntaba a ser la capital del eje panamericano;  
la historia de su trama creció a retazos  
sobre la tierra pedregosa del piedemonte  
y la tierra arenosa húmeda de la planicie aluvional,  
donde las manos laboriosas de recios hombres y mujeres  
desplazaron selvas y ciénagas peligrosas  
por extensos potreros y plantaciones de plátanos y frutales  
que definían el futuro de prosperidad y riqueza de su forja...

Germinan los miles de hijos del amor vigiense y sur lacustre;  
los padres requieren que sean cultivados en el saber ciudadano,  
el Grupo *Mauricio Encinosa*, es centro de aspiraciones sentidas,  
y, El Vigía, que adolecía de los niveles de educación secundaria  
hace obligada la diáspora educativa  
hacia el Liceo Militar *Jáuregui* en La Grita,  
Tovar, Mérida, Maracaibo Caracas o Bucaramanga...

La creación de liceo,  
es el canto de necesidad mancomunada de los padres  
imposibilitados y limitados por sus menguados ingresos,  
es ver crecer su prole con nuevas profesiones  
que traigan prosperidad y orgullo a sus familias, a su tierra;  
se organizan, viajan y perseveran ante el Ministerio de Educación,  
y el 01 de octubre del año 1959,  
los espacios de la otrora Escuela Nacional *Mauricio Encinosa*,  
abre puertas al Liceo *Alberto Adriani*  
como depositario de enseñar bajo luces nocturnas y estrellas  
a la juventud no exhausta, dinámica y gallarda vigiense,  
a la mirada preclara del Director Profesor Mariano de J. Santiago V.,  
y el profesor José Rafael Uzcátegui, como Subdirector.

En 1969, el Barrio San Isidro será afortunado,  
con la moderna construcción del paralelepípedo cuadrado

cuyo patio abierto al ardiente sol tropical  
 y el patio central revestido de pasillos en dos pisos  
 era la festiva algarabía juvenil de excelente enseñanza,  
 en ciencias, humanidades y mercadeo;  
 de amores, juegos y enfrentamientos entre los sueños de revolución  
 que hacían frente a los ideales de democracia y libertad...

El devenir de los esfuerzos realizados  
 a la sombra de grandes samanes y majaguas  
 fueron gratificados aquellos pioneros y visionarios,  
 el Liceo *Alberto Adriani*, es claustro construido de luces  
 que alumbran los rieles del ferrocarril histórico de la sapiencia  
 proyectada a las dimensiones foráneas  
 de los más altos reconocimientos académicos,  
 empresariales, profesionales y emprendimientos personales  
 que están pintados en las sublimes obras de arte  
 de Julio Romero, José "Chano" Rodríguez o Rafael "Chino" Urdaneta;  
 en la sensible poesía de Mateo Luna y Jesús de Luzam;  
 en la formulación matemática y cuántica de Neptalí Romero;  
 en el logro militar del General en Jefe Jesús Suarez Chourio;  
 en la música de *Los Ideales* de Humberto Velazco;  
 en la alta gerencia náutica, eléctrica y siderúrgica  
 de José Amilkar Contreras Miranda, Arnoldo Pérez,  
 Segundo Suarez Chourio y Raúl Arocha;  
 en la planificación estratégica agroalimentaria  
 de Alejandro Antonio Gutiérrez Socorro;  
 en la protección del ambiente  
 de Luis Alfonso Sandía Rondón y Marisol Urrea Salcedo;  
 y en la representatividad del cultivo del café y ganadería  
 de Dionicio Gómez Mora y Miguel Labrador...

Y es que el siglo de la sostenibilidad,  
 tiene en la saga de miles de ciudadanos  
 emergidos de los salones del Liceo *Alberto Adriani*  
 las mentes inteligentes,  
 los caracteres resilientes y emprendedores  
 que la tierra promisoría del Sur del Lago exige para su desarrollo,  
 y que se han extendido por Venezuela y los lares del mundo,

para ser reconocidos y ser orgullosos del ser vigiense...

Cada mañana,  
la histórica Ondas Panamericanas,  
sigue lanzando su voz al espacio de radio difusión  
"El Vigía, puerto terrestre de desarrollo del Sur del Lago";  
y cada mañana donde la vida trace mi rumbo  
por las calles del mundo, ahora limitado,  
mucho por que agradecer  
mucho por que recordar y reconocer,  
y en los espacios del Liceo *Alberto Adriani*  
al recorrerlos, de seguro,  
encontraré respuesta a tanto bien cosechado  
y sabré imaginarme a mis referentes  
saludándome sonrientes en los pasillos del porvenir  
por la labor cumplida y comprometida...

Cada mañana siempre se agradecer  
a esos espacios y energía acumulada  
en sus patios, sus pasillos, sus canchas...a la vida, al eterno amor...

## Largo cantar a mis referentes vigienses...

Superada la distancia  
que marca el tiempo vivido,  
los recuerdos entretejidos  
entre rayos de luz tardecina,  
los abrazos que se esfumaron  
entre extensos potreros de fiesta,  
las traviesas sonrisas  
que aún son ecos de vida en reflexión,  
los pasos dados por ardientes calles  
que aún esperan mis huellas...  
así son las remembranzas  
agradecidas de la amistad fraternal  
donde las divergencias  
no las canto para generar distancias,  
hoy canto con el respeto de escuchar,  
callar y no enjuiciar ideas,  
pero sí,  
los procesos que duelen, perturban, agrietan y separan el alma...

Mis inspiradores  
son pueblo con sabor a plátano horneado y queso fresco,  
húmedos pastizales sur lacustres  
que son de espigas de oro, sudor y trabajo,  
bailarinas de platanales  
que no se doblegaron ante el recio Chama  
y aves de libre pensamiento sobre un amanecer de esperanzas...  
son tantos  
que no caben en un mosaico de palabras de amor fraternal...

Mis ojos admiraron  
sus acciones locales que el tiempo me vale recordar,  
fueron mis super héroes  
multi dimensionales de la esencia vigiense  
eran y son  
mis Superman y Memín, Elvis y Billo's, El Ché y Pinto Salinas,  
Muhammad Alí y Magic Jhonson, Reverón y Tito Salas,

era ir tras los alargados e incansables  
pasos de "Gollo" Briceño,  
saltar sobre las colinas andinas  
con el motocross del "Pinta" Ángulo,  
escuchar la voz maestra  
del buen futbol que profesa el "Gato" Hernández,  
llore con la teatralidad de "Iguana" y Carlos Parra,  
me entristecí porque Arturo García no fue campeón mundial,  
declamé la sensible poesía de "Chucho" Sánchez y Mateo Luna,  
recorrí las plataneras pintadas por el "Chino" Urdaneta,  
admiré el andar de futuro y ejemplo profesional  
de Atilano Valero, Alberto Saavedra y mi compadre Raúl Arocha,  
me extravié por el viejo Tamarindo del lienzo de "Beto" Morales,  
y cante vallenato  
en el kiosco de Super Tamarindo de Alberto Mantilla  
y volé en los mágicos trazos abstractos de Julio Romero  
y "veo un cisne volar"  
con acordes de las guitarras de "Sam" y Eiver Vera  
y admiro la fuerza creativa de Pedro Rondón,  
que en plena oración bajo los esbeltos pilares de la catedral,  
el Maestro "Chano"  
es tan sublime en su pintura de los apóstoles  
que quieren cantar  
los "20 Años" del grande Humberto Velazco  
con el infinito y hermoso canto de Venus Parra...

Poco dado a los números,  
la Matemática hace fiesta  
en las complejas ecuaciones de Neptalí Romero,  
las que se despliegan en la bata blanca  
que da salud en Brando Suárez Chourio,  
cuya sonrisa de trueno,  
logra gestionar magistralmente José Emil Amilkar,  
y con sus retumbes de tambor y gaita zuliana,  
baila "Lito" en jurisprudencia,  
y Alejandro Gutiérrez Socorro,  
hace posible extensos cultivos agroalimentarios  
que georeferenciados extraordinariamente por Ito Vela,

son administrados por la algarabía económica de Elías Contreras,  
y donde la Arquitectura  
de Ender Ochoa, Manuel García y Belkis Fumero,  
diseñan el obelisco de la gigante Yradny Noguera,  
junto a Nubis Urdaneta, "Offier" y "Yaqui" Mercado,  
Fátima, Francia, María y Marta Diegó,  
Magaly y Carmen Velazco,  
Nilsa Sosa, Luz Marina y Marisol Urrea,  
y todas mis damas de la Carabobo,  
tallan los nombres de mis inspiradores  
donde no dejan de brillar  
los sensibles Douglas y Carlos Torres  
los ejemplares pilares vigienses Carlos y Luis Rángel Moreno,  
la filosofía de los hermanos "Sombra" Guerrero Lobo,  
quienes van tras los remates eléctricos del "Catire" Pérez Chacón  
para terminar tomándonos  
un café en la grande casa de Dionisio Gómez Mora  
para bailar con los hermosos zapatos  
que nos fabricó el fraterno Echeverry  
y "Chalo" Mora Bustamante  
reporta la hermandad de Never Hernández  
y en Coco Frío,  
rematamos con la festividad del grande "Morita",  
donde ,  
antes de cerrar el telón que cubre este dilatado cantar  
he sido espectador entre el caluroso escenario vigiense,  
muchos por nombrar,  
muchos por agradecer,  
muchos por escribir  
en la larga lista faltante de fraternos hermanos,  
que se tallarán, en el grueso tronco de laras o sámanes,  
cuyos espíritus forjan las extensivas ramas que dan techo  
al inmenso orgullo  
que se transfigura en amanecer de rocío del Sur del Lago...

## **El Vigía, matrona urbana y espacio de vida de mis madres...**

Carmen Edicta es mi madre,  
mujer hermosa, trabajadora, sencilla, solidaria,  
noble, católica y maestra que es luz en mi  
existir;  
mujer que con sus sudores han sido  
protección y sacrificio ejemplar,  
férreo carácter que no ha sido doblegado por  
la necesidad,  
digna ante la adversidad y las tormentas de la  
enfermedad,  
vida ante la muerte que le arrebató grandes  
amores  
y con disminuidas fuerzas del destino donde  
los años doblegan  
siempre se abraza a Jesús y María,  
abrazo maternal que es fuego y vida...mi vida...



Carmen Edicta es la proyección del abrazo y sonrisa  
de mis madres que en sus oraciones  
han sido células de mi existir  
entretejidas en la trama urbana vigiense...

El Vigía maternal,  
fue mi pueblo entre luz intensa y ardiente calor,  
espacio que me abrazó renacido a los seis años  
entre sus calles de tierra polvorienta,  
fue y es mi grande madre urbana  
que borró mis alientos andinos  
del pueblerino Mesa Bolívar,  
que disputa mi alma de la Mérida serrana plena de sapiencia,  
que disipa mi anhelo de vivir

en la milenaria Valencia mediterránea  
y hace que me fusione entre sus barrios con olor a plátano horneado,  
donde la alegría es sincera a ritmo de Super Tamarindo y vallenato  
que estruendoso se escapa de sus casas con puertas de par en par  
donde el fuego funde el sudor y sus techumbres de cinc  
brillantes al ardiente sol que enfría en las noches al paso del chubasco,  
y la acera o el porche son galerías contemplativas  
frente los intermitentes relámpagos del Catatumbo  
que dan luces a los hogares  
donde las familias de zulianos, andinos,  
colombianos, europeos y asiáticos  
renacieron para construir futuro  
a costa de su fragua y perseverancia;  
hogares donde El Vigía  
era la matrona de todas las grandes madres  
de honorables familias y, cuyos hijos,  
son soles que brillan transfronteras...

El Vigía, la gran matrona urbana,  
abrigó mis grandes madres vigienses,  
que fueron y son vitrinas de sus almas puras de madres  
que sin mimos me dieron amor, que con sonrisas me dieron un sol,  
que con la confianza me enclaustre en sus corazones,  
y los portones de sus palacios me hicieron hijo por demás  
en mi madre,  
Carmen de Villamizar,  
gigante de amor como ninguna abrigo  
tanto de tanto que las palabras tienen eco en el mismo río Jordán,  
en mi madre,  
María de Morales,  
reina con su eterna sonrisa,  
en mi madre,  
Libia de Guerrero,  
dama serena y solidaria,  
en mi madre,  
Rosa Contreras de Noguera, atalaya de cariño y confianza,  
en mi madre,  
Jhony de Gómez,

maestra en sus consejos del arte la pintura,  
en mi madre,  
Felipa Uribe de Castillo,  
sencilla y un torbellino de sencillez maternal,  
en mi madre,  
Lucia Salcedo de Urrea,  
de puertas abiertas a cualquier pedido,  
en mi madre,  
Josefa de Guerrero,  
hogar que extensión de mi casa,  
en mi madre,  
Eigle Torres Dugarte,  
fraterna en tiempos oscuros,  
en mi madre,  
Yolanda de Urdaneta,  
alegría zuliana que se amplificaba en cariño,  
en mi madre,  
Armonia "Maita" Urdaneta,  
festiva su hermosa energía a ritmo de los Master's,  
en mi madre,  
Isabel de Peña,  
tropical motivación y ejemplo inspirador,  
en mi madre,  
Eloisa Gómez,  
maestra que abriga esperanza con su abrazo de madre,  
en mi madre,  
Teresa García López,  
que en su silencio cristiano es pregón de pureza,  
en mi madre,  
Marina Urraya Dugarte,  
de eterna sonrisa y abrigo de nobleza a mi paso,  
en mi madre,  
Francisca "Pancha" Molina,  
mirada con algarabía cristiana a su andar,  
en mi madre,  
Rosa Quintero,  
que soportó desvelos de cantos juveniles,

en mi madre,  
Flor Chacón de Ruíz,  
ternura con viento tachireense,  
de mi madre,  
Rosa Morales Guerrero,  
donde la guitarra aún hace eco en mi alma,  
de mi madre,  
Socorro de Sosa,  
cuya alegría despuntaba en las montañas andinas,  
de mi madre,  
Elida Méndez de León,  
que regalaba bondad en mi camino de vereda,  
de mi madre,  
Trinidad "Trina" Támara de Diegó,  
cuyo abrazo es una bendición,  
de mi madre,  
Luisa Vergara de Ribeiro, de eterna y tierna sonrisa,  
de mi madre,  
Ana de Urdaneta,  
con hermoso porte wayú, vigencia y orgullo de la venezolanidad,  
de mi madre,  
Delia del Mar,  
donde refugiaba mis tristezas y las vestía de alegrías,  
de mi madre,  
Martha Gil de Velazco,  
brillo de artista en la Escuela de Labores,  
de mi madre,  
Dora Ontiveros,  
siempre presente porqué cobijó mis esperanzas,  
de mi madre,  
Carmen Parra,  
que era dicha y motivación de lucha,  
de mi madre,  
Ingrid García,  
hermandad que no supe corresponder,  
de mi madre,  
Cecilia Granadillo,  
que hacia festivo el primer estacionamiento,

de mi madre,  
María "Marucha" de Jesús Mora,  
de mirada tierna que inunda cafetales,  
de mi madre,  
Carmen Chacón de Pérez,  
de hermosa cabellera blanca  
que bendecía en pureza y fuerza inspiradora a su andar,  
de mi madre,  
Rosa Chourio de Suárez,  
que abrazaba y era tanto su amor que aún está en mí  
y es que Rosa es tan grande  
que aún su tierna voz se funde con Jesús Cristo  
con los palpitos de mi corazón  
al son del chimbangle de San Benito,  
de mi madre,  
Dolores Bermúdez de Romero,  
que aún lloro su reciente partida  
que me dio tanto,  
que no supo de su gran significado en mi andar,  
su delicada dedicación maternal,  
del libro prestado para alimentar mi silencio  
y la música que emerge  
de la armónica regalada hace cuarenta años  
donde las notas de la desesperanza del ayer  
refuerzan la desesperanza de vivir  
en este hoy tan dramático y oscuro...

Bendecido por tantas madres  
en esta vida de perseverancia  
es mi mejor herencia imborrable y agradecida  
que crece con cada despertar  
bajo el imponente trópico sur lacustre  
que brillan en cada noche de intensos relámpagos  
y es que Carmen Edicta se funde con su amor,  
en cada una de mis adoptivas madres,  
porque todo es amor,  
en Carmen Villamizar, Dolores, Rosa, Dora  
y todas mis hermosas madres,

en todas mis madres  
que están presentes en este espíritu vigiense...  
perdonen mi omisión por alguna grande mujer,  
que de seguro en mis oraciones sabré agradecer...

Carmen Edicta es mi madre,  
pero ella es feliz porque de regalo,  
la vida me dio muchas bellas madres vigienses...

El Vigía,  
la matrona urbana de mis madres,  
es donde todas son una bendición...

## José Gregorio Hernández...

Escuché de ti,  
que eras santo y que eras bueno,  
mientras veía a mi mamá arrodillada a una  
estatuilla de esperanzas  
que te alumbraba con el Relámpago del  
Catatumbo,  
mientras veía a mi papá que tenía una  
estampa en su pecho  
que galopaba con sus sueños por hermosos prados herbosos  
para así conquistar cada día de forja en el sur del lago...



Escuché de ti,  
que eras médico y curabas a los más pobres y más ricos,  
que aparecías vestido de blanco con aureola dorada,  
pero yo te veo en traje y sombrero negro  
con más luceros y estrellas en mi alma,  
que me arrodillo ante tu presencia  
que de mármol y arcilla mi fe te talló en mi propio cielo interior...

Escuché de ti,  
que curabas a un déspota y mancillador de tu pueblo,  
que ya no estás encerrado en las iglesias,  
que caminas dando esperanzas en la oscuridad de las almas  
venezolanas,  
que entras a los hospitales para dar medicinas de tu botica santa  
y escuchas mayores dolores en las calles de los espíritus exhaustos  
donde la ignominia y el terror se construyen en cada cola tras el pan...

## **La aceras de mi ciudad**

Las aceras de mi ciudad,  
son una traumática taza de cemento,  
angosto, irregular, agrietado  
abandonado, mal oliente, feo,  
sin doliente e indigno  
de querencias urbanas...  
de personas tristes  
de huesos andantes cual marionetas,  
del que te mira e invita a correr,  
de un tarantín que atraviesa el retiro con comida  
que es comprada por el sacrificio,  
de los hijos en diáspora  
de un edificio que es más horrible que noche de brujas,  
de leyes que ya no se respetan ni a ellas mismas  
y la acera se estira hasta la mano del mendigo  
que antes era maestro  
y ahora es jubilado...

## **El Vigía, final desde la forja hasta las luces...**

Años, años, años,  
donde emergí de la alta montaña pintada de neblina,  
tallado de follaje entretejido  
oloroso a café y humedecido del Mocotíes,  
y una buena tarde, con tiempo de medio siglo de distancia,  
me abrazó El Vigía,  
me atrapó la mágica y exigente Tierra Llana,  
y ya son treinta años separados tú y yo,  
y seguimos enamorados en pasión y amor,  
¿Cómo olvidarles?  
¿Cómo no amarles?  
¿Cómo no agradecerles...?

El Vigía es joven mientras inicio mi ancianidad,  
sigues muy desdibujada y perdida  
porque muchos de tus grandes amantes  
han sido tus más grandes maltratadores,  
otros desfalcaron tus arcas  
con olor a leche, queso, plátanos y parchitas  
y tus impuestos taparon con retazos de telas multicolores  
tus calles inseguras  
y las bóvedas de algunos de tus afamados personeros  
hacen que vistan de falsa honorabilidad,  
esa que el pueblo llano  
de la prospera y fértil Tierra Llana,  
no reconoce...

Pueblo que mayormente no ha sido sabio,  
por ser pueblo manipulado a base de mendrugos  
y los votos reportan las huellas  
de continua ignorancia pintada de desesperanza,  
es pueblo noble, donde el trabajo, su grande tesoro,  
es honesto y ha sido arquitecto  
que edificó un pueblo en prospera ciudad  
que de tanto amor y pasiones desenfrenadas,

su trama pintada de techos de cinc  
y tejas sus colinas y extensa planicie  
donde sus calles hacen fuego  
y los buenos espíritus construyen progreso  
y los sudores de todo el pueblo,  
son testigos amantes  
de las joyas que son sus hermosas mujeres,  
las que hacen felices a sus aguerridos y emprendedores hombres,  
que fusionadas sus manos, son formadores del gentilicio vigiense,  
donde la palabra no cumplida es sangre de por medio  
y la esperanza se ha hecho muy distante  
para vivir la ciudad que todos anhelamos,  
la ciudad que está muy distante de vivir  
los proyectos que deben ser hechos  
y las verdes plataneras, están aún más marchitas,  
y el puente Chama resiste el paso de tanta indolencia,  
y El Tamarindo sigue siendo lo primigenio en la anarquía urbana  
que desfigura los bellos atardeceres y lo buen gentil vigiense  
que toma la energía de los rayos del Relámpago del Catatumbo  
que dan luz al pliego de buenas políticas y proyectos  
solicitados al Bolívar pedestre de su plaza,  
el que cada día mira a la Catedral  
para encontrarse con la Santísima Perpetuo Socorro  
y sale desengañado  
a tanto mal ocasionado a tan grande pueblo...  
adrianista... el de la Tierra Llana... el del Sur del Lago...

Aún sueño caminar por tus calles sin agites y temores,  
dar mis pasos de amor agradecido y retomar mis huellas perdidas  
recibiendo sonrisas y dando mis abrazos de esperanza...

Fin del acto,  
cierro el telón y abro mi alma de luces  
para fundirme con las luces  
de El Vigía y del Sur del Lago de Maracaibo,  
humedecerme con sus pasiones  
y vivir su progreso pintado de siglo XXI  
con cada uno de sus mejores hombres y mujeres,

con sus trazos y retazos  
que llevo en mí...  
muy marcados...  
mis bendiciones...

Este libro terminó de editarse en formato digital  
en la ciudad de Mérida en el  
Laboratorio de Sostenibilidad y Ecodiseño ULA-UPV  
el mes de junio de 2023.  
Mérida-Venezuela